

LEYENDAS HISTORICAS

ESCRITAS

POR IRENEO PAZ

SEGUNDA SERIE

LEYENDA PRIMERA.

ANTONIO ROJAS

SEGUNDA EDICION

Propiedad reservada.

MEXICO.

IMP., LIT. Y ENCUADERNACION DE IRÉNEO PAZ:

Segunda del Relox, número 4,

—
1895

PREAMBULO.

Cuando determinamos escribir la serie de seis leyendas que comenzaron con la que lleva por título "El Lic. Verdad," y termina con la denominada "Guerrero," nos propusimos hacer una narracion clara y sencilla de los sucesos principales que se desarrollaron en los años primeros de este siglo, hasta realizarse la independendencia de México, ajustándonos rigurosamente á la historia, pero introduciendo á la vez algunos incidentes novelescos que dieran amenidad á la lectura. Esos pasajes son, sin embargo, en su mayor parte tambien completamente históricos. Se comprende bien el móvil que nos ha guiado trabajando esta clase de obras: enaltecer como se merecen los hechos heróicos de nuestros antepasados, grabar en

4

LEYENDAS HISTÓRICAS.

el corazón del pueblo los magníficos episodios de aquella terrible época, dar á conocer hasta donde es posible el carácter y las tendencias de los personajes que en ella figuraron, y contribuir dentro de la órbita de nuestras facultades, á la difusión de esta clase de conocimientos que no solo sirven para vigorizar el ánimo con los recuerdos patrióticos, sino que forman así mismo la experiencia de las naciones.

No solo no estamos seguros de haber llenado bien nuestros propósitos, sino que lejos de creerlo así, lamentamos que no nos hayan favorecido una multitud de circunstancias para lograrlo. Las diversas y complicadas tareas que hemos tenido á nuestro cargo; los largos viajes que hicimos en los últimos años, ya con la obligación, ya con la curiosidad de estudiar otros asuntos; el haberse hecho la publicación por capítulos, que muchas veces no tuvimos tiempo de corregir y el apresuramiento con que en otras ocasiones hemos tenido que hacer el trabajo, fueron causas que conspiraron para no dejarnos limar el estilo, lo cual unido á nuestra natural rudeza y á la falta de buenas dotes literarias, concurrió, sin fingida modestia lo confesamos, á que no resultara, como de ningún modo debía resultar, algo que sirviera para inmortalizar nuestro nombre.

Pero en el fondo, ateniéndonos á los resultados prácticos que hemos obtenido y á la aprobación que se han servido significarnos personas cuyo concepto altamente respetamos, sí estamos contentos de haber publicado nuestras leyendas y la prueba mejor sobre

LEYENDAS HISTÓRICAS.

5

esto es que seguimos ahora publicando otras, respecto de cuyo plan hablaremos más adelante. Y, estamos contentos también, porque hemos podido dar á la estampa relativamente en pocos años, dadas las multiplicadas atenciones á que hemos hecho referencia, seis tomos voluminosos, para cuya labor hemos tenido que consultar letra á letra, una docena cuando menos de obras históricas, todas muy extensas, esto es, cuanto se ha escrito relativo á nuestra independencia, con el fin de hacer figurar en esos seis tomos todos los notables episodios que con motivo de aquel hecho trascendental se verificaron.

Ya se comprende pues cual ha sido el servicio, grande ó pequeño, como se quiera calificar, que hemos intentado hacer á nuestra patria: popularizar los hechos históricos que dieron por resultado nuestra independencia, no solo dando á conocer éstos detalladamente, sino procurando delinear aquellos sucesos como si los hubiéramos presenciado, á cuyo fin hemos hecho los esfuerzos posibles para empaparnos en la época, para identificarnos con nuestros héroes y presentarlos en palabras, obras y pensamientos como deben haber sido, con su misma sencillez, su mismo valor, su misma audacia, sus mismas inquietudes, sus mismos afanes, sus mismas abnegaciones y su mismo amor por la libertad de América.

Este, al menos, fué el plan que nos propusimos, y si no pudimos llevarlo á cabo según nuestro deseo, porque nuestro deseo era amplísimo y muy difícil de satisfacerse, sí podemos ahora darlo por terminado

con las seis leyendas que están publicadas, y pasar á otros asuntos de los qué nos proponemos tratar en estas líneas.

Al formalizar nuestros estudios para escribir las seis leyendas que están ya publicadas, acumulamos algun material, del que nos quedó algo sobrante, que añadido á algunos otros que teníamos antes y á los que nuevamente podamos proporcionarnos, aprovecharemos para la nueva serie de leyendas de menores dimensiones que hoy inauguramos, las que desde luego podemos decir que están sujetas á un método muy distinto de las anteriores: Nos proponemos tratar los acontecimientos en un trabajo de igual índole histórica, pero sin sujetarnos al orden cronológico que traíamos y sin engolfarnos en grandes dimensiones, de modo que esta segunda serie va á componerse de leyendas mas cortas, á cuyo fin entresacaremos de aquí y allá los asuntos para aprovechar primero los que merezcan nuestra preferencia, por si no nos alcanzaren los alientos para tratarlos todos.

En esta vez no podremos decir por lo mismo cuál será el número de leyendas que vamos á publicar, ni sus títulos, ni las épocas que abarcaremos, pues que queremos conservar la libertad posible en todos respectos, lo cual redundará en beneficio de la variedad así como en el de la baratura, pues que siendo cada leyenda mucho mas corta que cualquiera de las anteriores, podrá venderse á precios insignificantes y separadamente, con tanto mas motivo, cuanto que no llevamos en esto interés, ó para que se nos crea

LEYENDAS HISTÓRICAS.

7

jomer, si algun interés llevamos es tan pequeño que se reduce á los mas estrechos límites: lo que queremos, lo que deseamos, lo que nos proponemos es, que el conocimiento de nuestra historia patria se difunda por medio de impresos baratos y de lectura fácil, ya que nos faltan los monumentos públicos, los museos, los cuadros y todas aquellas reseñas que en otras naciones están á la vista del público y tanto ayudan á formar el criterio histórico y que aquí entre nosotros tenemos que suplir con esta clase de obritas puestas al alcance de todas las clases de la sociedad y que se buscan y se adquieren como materia de entretenimiento.

Una vez explicados los puntos anteriores en la parte que nos ha parecido mas indispensable, una vez referidos nuestros modestos propósitos, una vez marcada la separacion entre la série de leyendas terminada, que fueron las relativas á la independéncia nacional, abarcando una epoca de catorce años, y cuyas leyendas llevaron los títulos de "El Lic. Verdad," "La Corregidora," "Hidalgo," "Morelos," "Mina" y "Guerrero" y la nueva série á que hoy damos principio, séanos permitido solicitar tambien para estas nuevas leyendas una indulgencia siquiera igual á la que hasta el presente se nos ha dispensado, para la cual no podemos presentar más títulos que el patriótico fin que nos mueve, que hemos indicado ya y que repetiremos por ser el único objeto de estas líneas: el de vulgarizar, concédásenos el uso de esta palabra, el de vul-

8

LEYENDAS HISTÓRICAS.

garizar en forma novelesca nuestros mas brillantes episodios históricos, empeñándonos hasta donde nos alcancen nuestras fuerzas, en hacer la lectura atractiva.

El caudal de que disponemos es abundante, variado y lleno de interés, ¡Ojalá que podamos y sepamos aprovecharlo en cuanto sea útil á nuestros lectores!

Manifestados ya nuestros anhelos y nuestros propósitos, damos principio á la 2^a Serie con la leyenda primera que tiene por título: "ANTONIO ROJAS" nombre de uno de los guerrilleros mas notables que hubo en Jalisco en los tiempos revolucionarios y que estuvo mezclado en los principales sucesos de aquel Estado durante la guerra de Reforma lo mismo que en la de la época terrible de la intervencion y el imperio. Algunos de los episodios de la última son los que vamos á bosquejar y á ese relato remitimos á los lectores que no los conozcan para que se puedan formar concepto de aquel extraño personaje, lo mismo que de los demas que vamos á presentar en escena, en solo diez y seis capítulos, para los cuales reclamamos una vez mas, como se dice en todos los prólogos, la benevolencia del paciente lector,

CAPITULO I.

EL DIA TERRIBLE.



La ciudad de Guadalajara presentaba un aspecto de desolacion. Desde por la mañana habia salido del palacio de gobierno la noticia de que una Division de seis mil hombres del ejército francés al mando del general Douay, cuya retaguardia cubria Bazaine con 30,000 hombres, se encontraba á siete leguas de distancia en el Puente de Tololotlan, y del mismo palacio habian partido las órdenes á los cuerpos de la guarnicion para que se pusieran en marcha hácia el Sur, rumbo casi opuesto al que traía el enemigo. No era esto una novedad: desde algunos dias antes se sabia que los invasores iban avanzando, y se tenian noticias seguras de sus marchas; la novedad era la evacuacion de la plaza por las fuerzas republicanas, pues se contaba con unos cinco mil hombres bien ar-

ROJAS.—2

mados y organizados, con unas treinta piezas de artillería bien dotadas, y con los elementos de una población acostumbrada á sostener sitios, y por lo mismo, impuesta también á improvisar fortificaciones y á dar sus recursos á los sitiados. Pero no se trataba ahora de hacer resistencia porque no se tenía confianza en los soldados que estaban desmoralizados con la gran fama de que venían precedidos los franceses, ni se tenía fé en el pueblo que estaba fanatizado por los imperialistas, y se juzgó mas cuerdo retirarse á los terrenos quebrados del Sur, que siempre habían sido propicios para los liberales, con objeto de cobrar ya allí algun ánimo y poder maniobrar en un teatro que ofrecía grandes ventajas para la pequeña guerra de montañas, en el evento de un fracaso.

Don José María Arteaga, que era el general en jefe de aquel cuerpo de Ejército, llamado entonces la 4.ª División, no tuvo tiempo de explicar esto, ni necesitó explicarlo, pero fueron en esa vez muy transparentes sus intenciones.

Los cuerpos de la guarnición empezaron á evacuar la plaza á las 7 de la mañana, y á eso de las 12 del día en que estaban saliendo ya los últimos, en medio de un desorden muy marcado, fué cuando cundió el mayor pánico entre los empleados y las demás personas pacíficas afectas á la República. Este pánico fué producido por una noticia de las más alarmantes en aquellos momentos: fué esta: con el jefe francés venía el general don Leonardo Márquez mandando unos dos mil hombres del ejército que se llamaba de auxiliares

LEYENDAS HISTÓRICAS.

71

(auxiliares de los franceses) y el nombre de Márquez causaba tal terror entre los republicanos, como el nombre de Rojas entre los de la opinión contraria, así es que aquella noticia cundiendo como el relámpago puso lívidos todos los semblantes de los que por cualquier circunstancia se consideraban en peligro, y hasta familias enteras empezaron á hacer sus equipajes para salir apresuradamente de la ciudad. Se armaban grupos de todos aquellos que habian desempeñado un empleo por insignificante que fuera, y se lanzaban por todos lados haciendo requisición de caballos, de coches y hasta de carretones, viéndose durante todo el día el camino del arenal lleno de caravanas de viajeros, como si la ciudad entera estuviera vaciándose por aquel conducto.

A las tres de la tarde se veían las calles desiertas: solo de cuando en cuando aparecía uno que otro caballero de levita llevando al hombro un fusil viejo ó una escopeta, que se encaminaba con grandes precauciones al portal de frente á la plaza, en donde se estaba reuniendo la guardia del comercio que había de cuidar del orden, luego que salieran los últimos republicanos y mientras comenzaba á hacer su entrada triunfal el ejército francés. Si no entraba antes del oscurecer, lo cual era todavía problemático, todos temían una noche pavorosa, sin policía, sin serenos y hasta sin alumbrado, considerándose insuficientes las patrullas de los comerciantes para impedir que se cometieran robos en los barrios apartados, lo cual hacía que se oyeran ruidos sordos como de puertas que se atrancaban

y de objetos que se escondían hasta debajo de tierra, buscándoles alguna seguridad.

A la misma hora de las tres de la tarde en que solamente á lo lejos se veían rodar los pesados carruajes de los que seguían saliendo, estaban las calles solas de transeuntes, pero llenas de papeles, de basuras y escombros, como si la ciudad hubiera sufrido un sitio de varios meses, y no se hubiera barrido en mucho tiempo, á la vez que una que otra ráfaga de viento echaba la multitud de papeles de envoltura sobre las banquetas y se derramaba sobre aquel informe conjunto un sol reverberante. Hasta las tiendas más insignificantes estaban cerradas, y á lo más había una que otra botica con una hoja de la puerta abierta, lo mismo que algunas tabernas y fondas, cuyos dueños con el ánimo y los brazos listos, tenían á un lado las pesadas trancas para cerrar por completo á la primera alarma.

Algunos de los comprometidos, ó que aunque no lo estuvieran, por tales se tenían, y no habían podido conseguir una cabalgadura, ó que por más tímidos no habían tenido resolución de seguir al ejército, salían de sus casas con pasos furtivos y, recatándose el semblante con bufandas y con pañuelos, se dirigían á la casa de algún sacerdote pariente ó de unas amigas íntimas, nada sospechosas, para escapar allí en los primeros momentos de la persecución que se imaginaban iba á ser formidable.

Un barbero que tenía su establecimiento en la calle de la Merced, desde cuya puerta se divisaba el mercado, llamado entonces Plaza de Venegas, que por

LEYENDAS HISTÓRICAS.

13

el momento se veía escueto, sin ningún comprador y con muy escasos vendedores, cuyo rapista se había reservado hasta entonces sus opiniones y ahora quería hacer alarde de profesar las intervencionistas, tenía, no solo abierta su oficina, sino que además salía de cuando en cuando con un manojo de cohetes en la mano, deseando que pasaran muchos y lo vieran, sin duda con el propósito de prestigiarse para conquistar una gran clientela, que mucha falta le hacía, entre los nuevos dominadores que se aproximaban.

A eso de las cinco de la tarde se oyeron tres tiros de fusil por la parte opuesta de la ciudad, como por el rumbo de San Agustín, y entonces fué cuando nuestro barbero tuvo una pequeña oportunidad de desatar la lengua que ya se le hacía nudos, de puras ganas de ponerse en juego, pues el ruido alarmante de los disparos hizo que un vecino algo viejo y de cabeza amarrada apareciera en el balcón de enfrente, al mismo tiempo que otro sacó también la cabeza entreabriendo la puerta de abajo perteneciente á una zapatería. Todo fué verlos y decirles nuestro rapista:

—No tengan cuidado, vecinos, aquí estoy yo.

—¿Qué fué? preguntó el de arriba.

—¿Qué sucede por ahí? interrogó el de abajo.

El barbero que quería darse por informado, sin embargo de que no sabía nada, se apresuró á contestar:

—Unos léperos quisieron robar una jarciería de San Agustín y los recibieron á balazos.

Pero como su objeto era hablar mucho, prosiguió diciendo:

—Poco les durará su jaja á los escandalosos y

ladrones, porque ya salió una comisión, del comercio mandada por don Juan Alatorre, para decir al general Márquez, jefe que viene mandando todo el ejército, que se apresure á enviar una brigada de las tres armas que ponga en respeto á la plebe, porque los *hacheros* no dejaron ni un policía y aun la guardia de la cárcel la están dando los dependientes, mañana muy temprano entrará el grueso del Ejército, se cantará el *Te Deum* en la Catedral y luego se establecerán las autoridades imperialistas, y al día siguiente, es decir, pasado mañana, saldrá el general Márquez á perseguir á Arteaga que seguramente se debe reunir con Uruga una vez que este fué derrotado en Morelia y después de todo eso ya quedará establecido el nuevo gobierno del orden, por lo que todos los patriotas estamos prevenidos para recibir al Ejército libertador con cohetes y otras manifestaciones de simpatía.

Todo esto lo dijo el barbero de un tiron, sin hacer la menor pausa, y los vecinos, en vez de contestarle, volvieron á cerrar, el de abajo su puerta y el de arriba su balcón, sin siquiera tomarse la molestia de rectificar tales noticias, aunque con seguridad las tenían mejores.

Estaba ya oscureciendo cuando se oyó un tropel de caballos como por el Seminario y el barbero tomando aquel ruido por la entrada de la vanguardia francesa, cogió un tison que tenía prevenido y se puso los cohetes debajo del brazo listo para prenderlos.

Aquella escolta era muy pequeña, era como de quince hombres que parecían pertenecer á una fuerza

LEYENDAS HISTÓRICAS.

I

regular porque estaban bien montados y bien armados: hicieron alto en la esquina de la calle de la Merced y el oficial avanzó solo seguido de un dragon, al cual entregó las riendas del caballo al apearse aquel muy cerca de la barbería.

—¿Será bueno dar ya un grito de ¡viva el imperio! se preguntó en su interior el Fígaro imperialista?

Y tal vez iba á dar el grito cuando oyó una voz de mujer que exclamaba con un tono á la vez que dulce, desconsolado:

—¿Eres tú, Daniel? yo creía que te habías ido sin verme.

—No, vida mia, te ofrecí que vendría y solo muerto no te hubiera cumplido mi palabra.

—Pues ¿y qué hacías?

—Me pusieron de avanzada hasta cerca del Puente y he venido batiéndome en retirada hasta San Pedro, en donde se encuentra ya la vanguardia de los franceses, compuesta de un cuerpo de argelinos. Todas las demas fuerzas están tendidas hasta Atequiza y entrarán probablemente mañana á la plaza, á no ser que la caballería reciba orden de avanzar hoy mismo hasta la ciudad, como lo ha pedido el comercio.

—¿De manera que tú estás corriendo ahora un gran peligro?

—Creo que aquí no, pero tal vez en el camino, si es que ha avanzado alguna fuerza de los traidores para cortarnos.

—¡Qué infamia fué esa de haberlos dejado á ustedes tan pocos y aislados!

—Siempre las avanzadas son las últimas que se re-

tiran y las que están mas expuestas á caer en manos del enemigo. . . . Pero dejemos ya nimiedades, Aurora, y vamos hablando de nosotros.

—Sí, Daniel, aunque no quisiera verte ir tan pronto, es preciso que nos separemos luego. Vete, vete ya, amado mio. Me espanta considerar que aquí mismo pueda sucederte algo.

—No debia haber entrado á Guadalajara, es la verdad: mi coronel me previno que tomara una travesía arriba de San Pedro; pero te juré volver á despedirme de tí y he cumplido. Ahora, mi vida, pedazo de mi alma, júrame serme fiel, júrame no olvidarme nunca, júrame que mientras no sepas que he muerto....

—No, Daniel, no morirás, Dios te conservará para mí.

—¡Quién sabe! . . . júrame lo que te digo.

—Bien sabes que te amo con todo mi corazón.

—¿Qué te cuesta entonces jurarme que no me olvidarás?

—Te lo juro, Daniel, ser tuya ó de nadie.

—Gracias. Ahora ya puedo marcharme menos desesperado, ahora tu recuerdo, el recuerdo de este gran instante me dará mas firmeza, mas resignación y mas esperanzas de ser un día feliz.

—¡Adios, Daniel, adios! Mis padres pueden buscarme y tú además no debes estar exponiendo tu vida sin necesidad.

—Adios, mi Aurora, adios mi adorada. ¡Adios! mi dulce bien.

Sé oyó el leve chasquido de un beso, la jóven cerró la puerta y el oficial se dirigió arrastrando la es-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

17

pada y sonando las espuelas á donde estaba su caballo, montó en él y se incorporó á su escolta seguido de su asistente.

El barbero volvió á sacar la cabeza y oyendo resonar las herraduras de los caballos de la escolta en el empedrado, murmuró:

—¿Con que era el teniente Daniel Ruiz! Buena la hubiera hecho si grito ¡viva el imperio!

A los cinco minutos se oyeron muchos tiros. Era que Daniel se abría paso por entre una guerrilla imperialista.



CAPITULO II



EL SUR DE JALISCO

Eran los primeros días del mes de Enero de 1863.

Habia caído una lluvia de cuarenta y ocho horas, el cielo se había despejado y la inmensa montaña llamada el Volcan de Colima estaba cubierta de nieve, no solo en su cima sino que cobijaba con su manto blanco algunas de sus faldas. Esto hacía que hiciera un frío glacial en sus alrededores donde se habían amontonado catorce mil defensores de la Patria.

En efecto, el general Uraga había llegado á Ciudad Guzman con unos seis mil hombres y la poca artillería que había salvado despues de su brusco y desgraciado ataque á Morelia: el general Arteaga se encontraba en el mismo punto, aunque ya había distribuido en los pueblos los cinco mil hombres que sin una apremiante necesidad había sacado de Guadajara: entre Rojas, Simon Gutierrez, Rochin y otros guerrilleros podían reunir dos mil hombres diseminados desde Mascota hasta Cocula y el gobernador de

LEYENDAS HISTORICAS.

19

Colima contaba con unos mil doscientos hombres bien equipados y con regular organizacion.

Esto era lo que decian los boletines para abultar las cosas, como sucede siempre que hay partidos y hay luchas; pero en realidad Uraga habia sido destrozado completamente tanto en Morelia como en Zamora, no logrando salvar una sola pieza de artilleria y habia llegado al Sur de Jalisco con dos mil hombres en estado completo de desmoralizacion, sin municiones y sin recursos.

Arteaga, que tenia cuatro mil hombres en Guadalajara, y que habia salido de allí con mas de cinco mil hombres con los agregados, habia tenido una desercion espantosa en los cuerpos de línea, de modo que para un caso ofrecido apenas podria contar con unos dos mil hombres de combate en su Division. Con Rojas y los demas guerrilleros no habia que contar, porque su regla de conducta era subalternarse lo menos posible á los gefes del ejército y merodear por su propia cuenta.

La situacion la veremos luego pintada por nuestros mismos personajes, entretanto diremos que el Ejército del Centro, denominacion que tenia el que mandaba Uraga por orden de Juarez y al cual debian estar sujetos los Estados de Occidente, tenia un Cuartel General, situado en la casa mas grande que daba frente á la plaza principal, en la que el general en jefe tenia ademas su alojamiento.

El general Arteaga se habia alojado por de pronto allí mismo, mientras que volvia á Zacoalco en donde estaba el gobierno de Jalisco en su periodo de orga-

nización, así como el núcleo de sus fuerzas diseminadas hasta Aqualulco.

De todas las personas salidas de Guadalajara, unas acompañando á Arteaga y otras en pos de él para acogerse á su proteccion, no quedaban sino unos cuantos, y estos se habian quedado allí ya porque su falta de recursos no les permitiera seguir adelante, ya porque esperaban que se les ocupara ó ya porque en efecto hubieran sido utilizados. De estos eran el menor número, pues en aquellos momentos aun los oficiales sobraban y lo que mas se necesitaba eran soldados que supieran disparar un fusil y artilleros que conocieran aunque fuera medianamente el manejo de los cañones.

Habia convocado Uraga en su alojamiento á los jefes principales de ambas divisiones entre los cuales se hallaban los generales Echegaray, Arteaga, Salazar, Herrera y Cairo, Toro Manuel, Ornelas y Neri y los coroneles Corona, Martinez, Hernandez y otros que mandaban cuerpos ó pertenecian á la Plana Mayor. Todos reunidos pasaban de cuarenta y se encontraban ocupando sus asientos en una sala baja que tenia ventanas para la calle, cuando se presentó Uraga apoyado en su pierna de palo y sostenido ademas en su baston, cosas ambas que no lograban impedirle cojear. El saludó sin dar á nadie la mano y pasó entre las filas de los gefes puestos de pié á ocupar un asiento vacio que se encontraba en la cabecera de la sala cerca de una mesa, llena de planos, expedientes, anteojos y otros varios objetos.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

21

—He citado á ustedes, señores, les dijo luego, para manifestarles cual es la situación que guardamos y para ver si en unión de ustedes puedo resolverla en algun sentido favorable. El gobierno del Señor Juárez que es bastante exigente, y los partidarios de la República diseminados en el país que lo son más, deben estar haciéndonos cargos, tanto porque no supimos defender á todo trance la plaza de Guadalajara, contando con sobrados elementos para hacerlo, como porque ahora mismo con doce ó catorce mil hombres y sesenta bocas de fuego dejamos que permanezcan allí muy tranquilos Bazaine y Douay que no tienen arriba de cuatro mil hombres.

—Pido la palabra, dijo el general Arteaga.

—Después hablará el distinguido jefe que ha pedido la palabra, y entretanto le ruego que me deje concluir.

Uraga se acarició su piocha blanca, paseó una mirada altiva por la concurrencia y continuó hablando así:

—Quizás muchos de ustedes están creyendo que contamos con doce mil hombres cuando menos, porque es difícil hacer cálculos sobre tropas que no se ven reunidas en un solo punto; sin embargo yo puedo demostrarles con los estados que tengo aquí, muy imperfectos si ustedes quieren, porque todavía no tenemos una organización conveniente, pero que sirven para hacer una apreciación aproximada, que conforme á ellos no tenemos cuatro mil hombres que puedan abrir una campaña formal. Hablo así en el concepto de que no podemos contar con la Brigada de Colima que

está ocupando sus posiciones, ni con la Brigada Rojas que se compone de guerrillas inútiles para el asedio de una plaza.

Herrera y Cairo hizo un movimiento para pedir la palabra, pero se contuvo haciéndose violencia visiblemente y Uraga continuó:

—Yo traje conmigo mas de dos mil hombres, todos fogueados, todos veteranos, pero todos piquetes de distintos cuerpos que no tienen aún ni siquiera una regular organizacion. Necesito refundir esos treinta ó cuarenta piquetes en cuatro ó cinco cuerpos bajo la direccion de cuadros de oficiales que estoy ya escogiendo á mi satisfaccion. Supongo que el general Arteaga podrá presentarnos una Division de tres ó cuatro mil hombres; pero esa será la que sirva para apoyarnos en el caso probable de que el enemigo se mueva sobre nosotros luego que Márquez se reponga de la herida que recibió en Morelia, que es segun se me informa, el que ha de dar datos á los franceses en esta campaña como conocedor del terreno. Puede ser muy bien que se mueva el enemigo antes, si es que no ha empezado ya á moverse, mis noticias son las de que espera considerables refuerzos, ¿qué es lo mejor que podemos hacer en nuestra situacion, que debemos considerar no solo grave sino fatal y peligrosa estando completamente sin recursos para pagar aunque sea medio haber á la oficialidad y á la tropa? Diga el Señor general Arteaga lo que queria decir cuando comencé á usar de la palabra.

Arteaga que era extremadamente gordo y muy fácil de impresionarse, se puso rojo de mortificación

porque tenía que hablar delante de tanta gente y pronunció con gran dificultad las siguientes palabras:

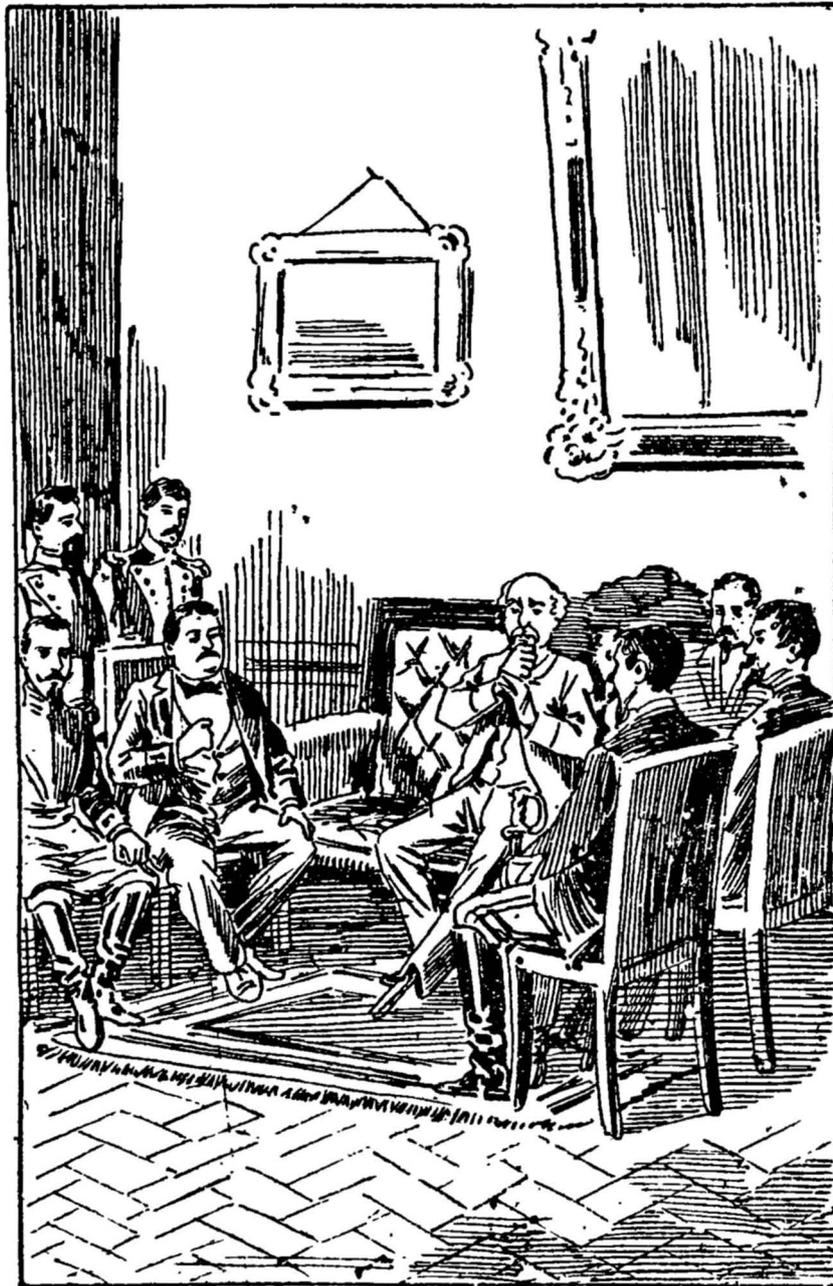
—Con todo respeto quería decir ahora al señor general en jefe, como ya había tenido el honor de decirselo en particular al darle cuenta de mis operaciones militares, que mi salida de Guadalajara obedeció en primer lugar á órdenes superiores que tenía de evacuar la plaza si no contaba con un ejército en el exterior que pudiera protegerme una vez sitiado, y en segundo lugar, á la opinión de todas las personas que me rodeaban, las cuales me decían que era una insensatez resistir en la ciudad al ejército francés que traía todos los elementos para bombardearla, sin tener por nuestra parte ni artillería ni proyectiles capaces de contrarrestar sus fuegos. La opinión de los habitantes de la población en lo general nos era hostil, no teníamos acopiados víveres, ni con qué comprarlos, todo se nos negaba, la tropa carecía de entusiasmo y antes bien estaba sobrado medrosa y fueron todas esas causas más que poderosas para evitar á Guadalajara los horrores de un sitio que no presentaba ni una sola perspectiva favorable.

Herrera y Cairo por su parte dijo lo que quería decir: que había sido nombrado gobernador y comandante militar de Jalisco y que con ese carácter había expedido ya algunas órdenes tanto para que se solicitaran recursos de las poblaciones que pudieran darlos, por medio de los comisionados que había nombrado, como para que las fuerzas que mandaban algunos jefes como Rojas, Simón Gutierrez, Ortiz, Suro, etc., etc., fueran reconcentrándose en caso de no tener em-

prendidas operaciones militares de importancia, pudiendo responder de todas ellas para el caso de que se necesitara su cooperacion, no solo en campo abierto sino en el asedio de cualquiera plaza, puesto que habian demostrado infinitas veces que no carecian de pericia, de valor, ni de subordinacion.

Uraga se hizo desentendido respecto de aquellas susceptibilidades que se habian despertado con sus apreciaciones un poco brutales, principalmente teniendo en cuenta que por el momento era el más debil de todos despues de las dos soberanas derrotas que acababa de sufrir y suplicó á los presentes manifestaran su opinion respecto del temperamento que debia adoptarse, conocidos ya la situacion tal cual era y los recursos con que contaban.

Echegaray dijo entonces que en su concepto lo primero á que tenia que atenderse era á dar á las tropas la mejor organizacion que se pudiera, recomponiendo el armamento que lo necesitara, construyendo municiones, reponiendo el vestuario, estableciendo ejercicios diarios de batallones y academias de oficiales, poniendo los cuerpos en alta fuerza y fundiendo algunos cañones y granadas, pues artilleria era lo que mas se necesitaba, para lo cual habia que aprovechar las semanas, ó dias, ú horas aunque fuera, que les dejara libres el enemigo, una vez que no habia que contar con que aquel se quedara en la inaccion, sino con la seguridad de que de todas maneras tenia que librarse mas pronto ó mas tarde una terrible batalla de muy sérias consecuencias para cualquiera de los beligerantes que sufriera una derrota.



Uraga se acarició su blanca piocha y pasando una atenta mirada por la concurrencia, continuó:

LEYENDAS HISTÓRICAS.

25

Todos estuvieron conformes con esta opinión del general Echegaray, quien quedó nombrado desde luego segundo en jefe del Ejército del Centro para encargarse de aquella organización, mientras que Uraga se consagraba á discurrir la manera de sacar recursos, para lo cual puso su mirada en las casas extranjeras de Colima, que podrían quizás dar una buena suma á cuenta de los derechos anticipados por las mercancías que tuvieran que desembarcar mas tarde por el puerto de Manzanillo.

Salvo las pequeñas nubecillas que empañaron por un momento la exquisita sensibilidad de los generales Arteaga y Herrera y Cairo, se puede decir que reinó una harmonía relativa en la reunión y que los jefes que estuvieron en ella salieron más animosos para afrontar el presente y mas tranquilos respecto del porvenir que no dibujaba antes ninguna buena perspectiva.

En aquel mismo día Uraga salió para Colima acompañado de una buena escolta y de un lucido Estado Mayor y al siguiente se fueron para Zacoalco y Cocula respectivamente los generales Arteaga y Herrera y Cairo con las instrucciones bien detalladas del Cuartel General, el primero para disciplinar su División, aumentarla y dotarla bien de municiones, y el segundo para advertir á sus guerrilleros que debían estar listos para reconcentrarse al primer aviso y sobre todo para vigilar sin descanso los movimientos del enemigo, pues de conocer bien sus elementos y de tener

entre él mismo quien pudiera informar sobre sus intenciones con oportunidad, dependia el buen éxito de aquella campaña. Quedando así las cosas en el Sur de Jalisco, que como se ve, no dejaban de estar entre azul y buenas noches, volvamos ahora á Guadalajara.

CAPÍTULO III.

APLASTONES.

Todo el mundo esperaba que Bazaine hiciera una entrada estrepitosa á Guadalajara, en que tomarian una parte muy activa el clero, los partidarios del imperio y las autoridades municipales; pero los que tal se figuraron, quedaron chasqueados, porque solo cuando recibieron los franceses avisos repetidos de que la plaza estaba desocupada, y eso despues de tres dias de acefalía completa de autoridades, fué cuando entró el coronel Garnier con unas cuantas tropas de infantería y caballería para establecer algun orden y para arreglar un punto esencial, que era el de los alojamientos. Se nombró Alcalde Mayor al general Mariano Morett que fué uno de los pocos que salieron á encontrar á los franceses, y éste dictó algunas disposiciones para formar un resguardo nocturno, pues que todavia por muchas noches permanecieron oscuras las calles, tanto

por falta de recursos para el aceite de los faroles, como por falta de serenos, una vez que los antiguos no pudieron encontrarse, y nuevos no lograron de pronto conseguirse, porque todas las gentes estaban como aturcidas con lo que pasaba y no sabían si aceptar con resignación ú oponerse aunque fuera pasivamente al nuevo órden de cosas. Por lo mismo, lo primero que pudieron notar los franceses al ocupar la segunda ciudad de la República, fué la indiferencia mas glacial tanto de parte de las personas distinguidas como de las clases humildes.

Las primeras temían mas que todo comprometerse. Sabían que habia en el Sur un ejército republicano, se figuraban que pronto tal vez iba á librarse una batalla, que esta podía ser desfavorable á las armas francesas, porque se adulteraban mucho los elementos con que contaba el general Uraga, y no querían naturalmente exponerse aun á consecuencias desastrosas. Las segundas tenían el instinto de que lo que iban á sufrir era una dominacion extranjera de la que tal vez no tardarian en empezar á experimentar los resultados, y veían todo aquello con muy marcada antipatía.

Solamente nuestro barbero de la calle de la Merced se unió á una docena de pobres diablos, de esos que aplauden, sin comprenderlo, todo lo nuevo, cualquiera cosa que sea, y á tres ó cuatro mas que por algun motivo tenían mala voluntad á los liberales; y estas quincé personas grandes, destrozadas de la ropa, seguidas de otras dos docenas de muchachos, tambien andrajosos, recorrieron las calles quemando

LEYENDAS HISTÓRICAS.

29

cohetes, prorrumpiendo en gritos de ¡viva la religión! y acabando por subirse á las torres á dar un tísico repique con las campanas, repique que el Alcalde Mayor mandó suspender temeroso de que causara algún alboroto.

Es necesario tener presente también que el alto clero de Guadalajara había protestado enérgicamente contra la intervención extranjera, desde luego que vió que venía resuelta á contrariar los intereses clericales, y esto hizo que la población juiciosa en quien dicho clero ejercía una gran influencia, se manifestara muy reservada.

Había que dar unos trescientos alojamientos cuando menos á otros tantos jefes, oficiales y sargentos, y este fué uno de los trabajos del Alcalde Mayor y de sus consejeros, quienes naturalmente prefirieron para causar semejantes molestias las casas de las familias marcadamente liberales que tenían á los jefes de ellas en campaña, luego las de los que de cualquier modo habían prestado su cooperación á aquellos, y después se entendieron con los que de entre los mismos suyos, que eran pocos, manifestaban deseos de alojar algún jefe distinguido y con los que tenían casas mejores y más bien situadas. Este fué un golpe, para los agraciados con tal servidumbre, de los más rudos, porque era la primera vez que iban á tener personas extrañas en el seno de sus familias contra su voluntad y con el cual no podían ver en perspectiva más que calamidades y desgracias. ¿Cómo iban á tener gusto las primeras en dar de comer á los que odiaban sin conocerlos porque eran quienes les mataban

á sus padres, maridos y hermanos? ¿Cómo los segundos iban á tener satisfaccion en abrir las puertas de sus casas á hombres desconocidos que seguramente iban á entrar en ellas con todas las arrogancias del conquistador? Así es que esta disposicion levantó un clamor sordo de disgusto; pero como vieron que á los primeros que se rehusaron se les impusieron fuertes multas y que las casas de otros se abrieron á hachazos ó fueron allanadas brutalmente, tuvieron todos que ceder á la fuerza y poner la mejor cara que pudieron á tamaña exigencia, porque así les fué ordenado, so pena de hacerse acreedores á un desagrado que podia serles de fatales consecuencias cuando llegara el general Bazaine con mayor número de tropas.

Arreglado este punto importante, entró el resto del ejército compuesto de mas de cuatro mil hombres, pues aunque el que estaba bajo el mando de Bazaine constaba de mas de cuarenta mil hombres, todos estaban haciendo una campaña simultánea y activa sobre los republicanos que ora retrocedían á las fronteras ó se refugiaban en las montañas ó se abrían en alas para quedar otra vez ocupando la retaguardia del enemigo en las poblaciones en que habia dejado poca ó ninguna guarnición. La batida habia sido soberana, las fuerzas republicanas habian sucumbido hasta entonces en todos los encuentros, y habian sucumbido sin ceder el campo, pues como no se libraban combates decisivos, quedaban en pié de guerra y en actitud mas ó menos amenazadora. El ejército mas numeroso era el que estaba en el Sur de Jalisco, pero sin embargo,

no llamaba tanto la atención como las fuerzas diseminadas por el Centro, Norte y Oriente que eran las que habían merecido la preferencia para hacerles una tenaz persecución.

Se dedicó el general en jefe expedicionario á organizar desde luego el gobierno y como lo que mas le urgía era reunir adhesiones en favor de Maximiliano, convocó una Junta de doscientos notables á la cual no concurrieron ni el 20 por ciento, excusándose los demas por diferentes indisposiciones.

Apenas un canónigo, el conónigo Caserta, apenas una docena de antiguos militares, todos inútiles, apenas otra docena de viejos entusiastas y el resto hasta unos 38, de propietarios de segunda fila, fueron los que se le presentaron y sobre estos descargó su mal humor el general Bazaine, el verdadero general en jefe que acababa de llegar sin anunciarse, quien se desahogó con una exclamacion brutal, primero, y luego diciéndoles:

—Señores: he querido ser benigno con esta importante ciudad, pero temo mucho que se agote mi paciencia. Anoche han sido asesinados cinco soldados franceses y no he mandado hacer un castigo ejemplar en los barrios en que eso ha sucedido, mandándolos arrasar por de pronto, en consideracion únicamente á las clases cultas con las que contaba tener un grande apoyo para el conocido proyecto de la monarquía. Ahora veo ó que me equivoqué en la opinion que tenia formada de esta sociedad ó que ésta no ha comprendido aún que realmente no venimos á intervenir

en sus asuntos políticos, sino solo á ayudar á la mayoría ilustrada librándola de una minoría opresora á fin de constituir un gobierno nacional. Mientras que en Guanajuato y en todas las poblaciones del interior que he visitado se me ha recibido con palmas y se han anticipado todos á mis deseos dándome sus votos en favor del archiduque Maximiliano, aquí se han tenido que conquistar los alojamientos á la fuerza; quizás tendré que obligar á las personas de mas notoriedad á venir á estas juntas para arrancarles á bayonetazos una adhesion que no quieren dar espontáneamente. Señores: vamos á disolvernó por ahora para volver á reunirnos dentro de tres dias, encargándoles hagan presente á los que se han rehusado á concurrir, que estoy resuelto á obligarlos de cualquiera manera á que hagan luego lo que han de hacer mas tarde, protestándoles que no me iré de aquí sin obtener una aclamacion entusiasta en favor del monarca que ha sido designado ya para regir los destinos de esta nacion."

Los 38 ó 40 notables salieron de allí bastante encogidos é intimidados, esparciéndose por todos lados para dar idea de las pretensiones, de las exigencias y del corage del nuevo señor, que parecia hombre de pocas pulgas y no muy dispuesto á sufrir la menor burla.

Sucedió que la víspera del dia designado para que se verificara la nueva Junta llegó el general Miramon con sesenta oficiales que debian servirle de pié para organizar una Division y esta circunstancia vino á dar cierto ánimo y cierta confianza á los recelosos que ahora ya veían á uno de los suyos, á uno de los verda-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

33

ros suyos tomando parte activa en la causa imperialista, y ya se resolvieron á concurrir á la Junta aun algunos de los que hacian sus maletas para escaparse con rumbo á la capital ó al extranjero. Bazaine no tenia para ellos tanta significación política ni militar como Miramon, quien les inspiraba la doble confianza de ser un caudillo sagaz y un jefe que sabia con su solo nombre desbaratar todas las estrategias de sus contrarios.

Se reunieron, pues, y aclamaron á Maximiliano de Hapsburgo emperador del pueblo mexicano.

El barbero de la calle de la Merced que ya habia tenido tiempo de hacerse parroquianos entre los argelinos y los oficiales desarrapados de la infidencia, supo con toda oportunidad lo de la declaracion de los notables y salió otra vez con su docena de vagos á gritar vivas al archiduque y á repicar anémicamente las campanas.

Si bien el voto de los notables sirvió para dar pasto á las conversaciones, como era cosa que ya se esperaba, una vez que en todas partes por bien ó por fuerza sucedia lo mismo, no fué cosa que impresionara tanto á la poblacion como saber al dia siguiente que el gefe francés habia mandado demoler una iglesia contigua al Cármen que cerraba una calle, cuya calle se necesitaba entera para facilitar el paso á la Penitenciaría en donde se iba á establecer una Ciudadela, y algunas señoras quisieron reunir firmas para elevar una representacion á fin de que no se cometiera tal desacato, pues sabian que los zuavos estaban sacando á los santos mas milagrosos con pocos mira-

mientos; pero el mismo Miramon les dijo á las más respetables que le consultaron el caso:

—No se metan ustedes en tal cosa, porque este gefe francés les contestará con una grosería.

En efecto, el general francés habia ordenado que se fortificara científicamente la Penitenciaría para que se abrigaran allí los cuerpos franceses en prevision de que la ciudad pudiera ser atacada más tarde ó más temprano por los republicanos y habia que sacrificar aquella iglesia, *parvedad de materia*, para que la Ciudadela quedara comunicada con la plaza.

No tuvo el pueblo de Guadalajara ningun gozo, pero si alguno tuvo se le cayó en el pozo á la llegada de Miramon, puesto que el denodado gefe imperialista ordenó desde luego una leva furiosa para dar empleo justificado á sus sesenta oficiales y ya se sabe que la leva era entonces el único sistema de hacer soldados, de manera que esta calamidad vino á aumentar las muchas que ya habia, tales como la carestía de víveres, la escasez de trabajo y la paralización de todos los negocios, calamidad que hacia que vivieran de milagro la clase media, así como la ínfima, que es la que recibe siempre los mayores porrazos.

Las negocios militares en el interior no marchaban á satisfaccion de Bazaine, ni menos los del gobierno de la capital, en donde la regencia acaudillada por Almonte y en pugna ya con el arzobispo Labastida, creyéndose soberana, estaba dictando medidas contrarias á la política francesa, cosas ambas que hicieron desistir á aquel, de esperar tropas para em-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

35

prender operaciones sobre Uraga, máxime cuando ya se le había venido á las manos un plan de que hablaríamos despues para destruir á este sin necesidad de atacarlo, y entonces anunció su marcha, cuando apenas contaba veinte dias de hallarse en Guadalajara.

En esta oportunidad, Miramon creyó conveniente decirle:

—Estoy formando una Division y dentro de poco podré salir á campaña sobre los del Sur.

—Señor Miramon, le contestó Bazaine, cuando sea tiempo recibirá usted órdenes del coronel Garnier, comandante de la plaza.

Miramon se puso lívido y agregó desde luego:

—Yo he sido Presidente de la República, soy ahora general de Division y no podré subalternarme á un coronel. Prefiero entregar á otro gefe las fuerzas que estoy organizando.

—Pues entréguelas usted, le contestó Bazaine encogiéndose de hombros.

Tras esto Miramon refirió lo que le pasaba á los gefes Don Carlos Rivas de Tapic, Don Remigio Tovar de Mascota y á otros que mandaban pequeñas fuerzas, quienes convinieron en que por de pronto su causa estaba perdida. Entretanto Bazaine dijo á Garnier señalándolos:

—Esos son los enemigos que debe usted vigilar, esos por ahora son más enemigos nuestros que Uraga,

CAPITULO IV

ROJAS

Todos los habitantes de la legendaria población de Tequila, unas ocho ó diez mil personas pacíficas, estaban con los semblantes desencajados, las mujeres rezando en la iglesia y los hombres ocultando sus objetos de valor, parapetándose en sus casas ó escondiéndose, porque había caído como bomba la funesta noticia de que iban á tener allí mismo ó muy cerca un encuentro los *galeanos*, nombre que llevaban las gentes de Rojas, con las chusmas de Lozada acaudilladas por Don Carlos Rivas, García, Montenegro y otros gefecillos que se habían hecho tan notables por sus fechorías como los primeros. D. Carlos Rivas que era el hombre de las confianzas de Lozada, había acudido á Guadalajara á ponerse de acuerdo con Miramon y con Bazaine y ahora regresaba llevando las instrucciones para la campaña y el reconocimiento en favor del tigre de Alica, de general imperialista. Llevaba

LEYENDAS HISTÓRICAS.

37

á lo mas unos cuatrocientos hombres de infanteria y caballería con muy irregular organizacion. Era solo una escolta, pues las tropas que se podian poner sobre las armas desahogadamente en Tepic no bajaban de cinco mil hombres.

Rojas habia hecho la campaña de Mascota y de Cuale contra Don Remigio Tovar con unos quinientos hombres, logrando no solo desalojar á aquel bravo é indomable caudillo clerical de todas sus posiciones, sino incendiárselas y destruirlo completamente. No obstante, Tovar que era una de los más incansables reaccionarios, no se quiso dar por vencido y todavía logró reunir unas chusmas para presentarse de los primeros á saludar á Bazaine en Guadalajara. Esperaba hacer gran papel en el nuevo gobierno si lo veian poderoso, pero Rojas se encargó de destruir sus planes y desvanecer sus ilusiones mandando al guerrillero Simon Gutierrez á que lo alcanzara en Cuisillos en donde lo derrotó juntamente con un fraile Cabrera, feroz guerrillero imperialista. Ambos facciosos entraron á la ciudad á escape con unos cuantos hombres que les sobraron. Simon Gutierrez recogió un buen botin de barras de plata y se dió el placer, que mucho se usaba entonces, de fusilar á todos los prisioneros. En aquella guerra, principalmente cuando peleaban invasores contra mexicanos, conservadores contra liberales, guerrilleros contra guerrilleros, no se daba cuartel. Cada cual sabia lo que jugaba.

Pues bien, luego que Rojas terminó con el enemi-

go que había ido á combatir por el rumbo de Mascota, así que hubo castigado á las ya bastante castigadas poblaciones, arrancándoles el correspondiente tributo de dinero, armas, mujeres y caballos, regresó con su botín para Ahualulco en donde recibió pliegos con las últimas noticias de lo que pasaba por Ciudad Guzman y con las instrucciones correspondientes del gobernador Herrera y Cairo sobre la manera con que había de observar al enemigo y obrar sobre él en caso necesario.

Rojas no sabía leer, pero había aprendido á firmar poniendo en la rúbrica una especie de calavera que siempre se tuvo como de mal agüero y que á muchas gentes hizo temblar. El que recibía una nota ó una simple boleta con una calavera de aquellas, principalmente en las poblaciones pequeñas en donde no había á quien clamar mas que á Dios, ya sabía que tenía que dar algo, ó que sufrir una gran humillación, ó morir. Una pequeña resistencia á las órdenes, una leve discrepancia en las cantidades de dinero, un insignificante retraso en presentarse, ó un ademán que se interpretara como un acto de rebelión, era más que sobrado motivo para merecer ser fusilado. La sentencia era así de lacónica: "fusilen á ese;" ó si no: "despachen á esos."

No sabiendo leer y escribir y pudiendo apenas firmar con una calavera, aquel nuestro héroe que estamos presentando á nuestros lectores, tenía por precisión que llevar consigo siempre un secretario, y no un secretario como quiera, sino uno que además de ser de suyo inteligente para manejar una oficina anima-

LEYENDAS HISTORICAS.

39

da, fuera todo lo perverso posible para aprobar y defender lo malo, así como para combatir lo bueno, que sin ser directamente responsable ni de robos, ni de pillajes, ni de violaciones, ni de crímenes, supiera cerrar los ojos sin sacar de todo ello provecho ninguno. Durante la guerra de Reforma que fué cuando empezó á figurar Rojas; muy protegido y sostenido por los corifeos de Jalisco Ogazon y Vallarta, en atencion seguro á los buenos y no á los malos servicios, tuvo de secretario á uno que parecia haber sido hecho de encargo. Era un hombre casi viejo, enjuto, sin mirada porque usaba unos espejuelos oscuros, valiente y malo como todos los diablos. A la vez que llevaba en campaña útiles de escribir para contestar cartas con pulida letra y mala ortografía, mandaba una guerrilla y era el primero en entrar al combate y pelear como un tigre sediento de sangre. Ganaba poco sueldo, era desinteresado en el reparto del pillaje, pero avaro para dejar á otros participar de las venganzas y de las crueldades. Murió despellejado, sufriendo los tormentos que él no habia sabido aplicar, á manos del indio Lozada, en una de las campañas de la Sierra de Alica en que le tocó caer prisionero, y ya se sabe que Lozada era el rey de los mónstruos en el partido conservador. A tal secretario le llamaban Rojas y todos los suyos con mucho respeto, Don Pedro Leos.

Despues, cuando ya Rojas tuvo categoria, cuando mandó cuerpos organizados, que sitió y tomó plazas, que realizó verdaderas hazañas, algunas veces poniendo en fuga á tropas veteranas al solo grito de "Aquí

está Rojas," que se oía como la trompeta del juicio final, cuando llevó sus armas á la misma capital de la República y tuvo el mando de brigadas y se le dió la investidura de general, ya tuvo que buscarse un secretario de ciertos tamaños y se lo encontró en Aristeo Moreno, que si bien no era una lumbrera, tenia algo de estudios, algo de malicia, algo de perversidad, algo de ilustracion y todas las dotes para servir á un gefe que tenia sus arranques de patriota, sus momentos de disciplinado y sus largas temporadas de fascineroso.

Este secretario fué el que le leyó todos los pliegos recibidos en la mañana de aquel día en la salita de la casa que habia sido de Don Tomás Lazo, que tomaron sin pedir permiso á nadie, segun la costumbre, por alojamiento. El primer pliego decia que por disposicion de Juarez se debia reconocer á Uraga como general en gefe del ejército, debiendo estar sometidas á sus disposiciones militares todas las fuerzas de Jalisco.

—Ese general Uraga es mocho, dijo Rojas, y bien me cuidaré de ponerme á sus órdenes.

—Ahora tenemos pues tres amos, agregó el secretario insidiosamente: el gobernador y comandante militar del Estado general Herrera y Cairo, el gefe de la Division de Jalisco general Arteaga, y el general en jefe del Ejército del Centro, general Uraga.

—Tanto á Anacleto como al gordo Arteaga les ayudaremos y harémos como que les obedecemos, siempre que nos convenga, pero al mocho Uraga,



ANTONIO ROJAS.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

41

nunca, porque solo ha de querer ponernos donde nos acaben.

El secretario leyó la orden general que se refería á la nueva organización del Ejército.

—¿El general Echegaray es el segundo en jefe? preguntó Rojas.

—Sí, señor.

—¡Ese es otro mocho!

—La brigada Rojas, continuó leyendo el secretario, queda como brigada volante y sujeta directamente á las órdenes del Cuartel General.

Rojas dió un salto en su silla y las ojeras que tanto acentuaban su fisonomía, se agrandaron desmesuradamente, signo de cólera en las grandes ocasiones.

—Desgraciado del primero que se presente por aquí con cualquier motivo, dijo para sus adentros el secretario.

—Eso quiere decir que me ponen sujeto directamente á los mochos Uruga y Echegaray? preguntó Rojas, como hemos dicho, con el semblante desencajado.

—Exactamente.

—¿Pero cómo han podido convenir en ello Arteaga y Herrera y Cairo, conociéndome?

—Aquí hay algunas cartas que pueden explicarnos el enigma.

En efecto, Moreno siguió abriendo otros pliegos, dándoles una simple ojeada y haciéndolos á un lado, hasta que tropezó con la carta de Herrera y Cairo, que esperaba.

“Mi querido don Antonio, decia en ella, despues

ROJAS.—5

de habernos reunido en Zapotlán, quedó acordado en la Junta de oficiales superiores que tuvimos en el alojamiento del general Uraga, que el general Echegaray daría al Ejército una nueva organización para emprender operaciones militares y en virtud de esa autorización se dictó la orden general que usted recibirá juntamente con esta, en la cual le llamaré la atención que quede vd. con su brigada á las órdenes directas del Cuartel General. Aunque esa determinación es honrosa para vd. porque se tiene la creencia de que sólo su brigada podrá acercarse á Guadalajara para observar al enemigo y hostilizarle, y esa será probablemente la primera orden que usted reciba del Cuartel General, puede manifestarme si no le agrada para pedir que la revoquen, porque deseo que en todo y por todo, procedamos usted y yo de acuerdo.”

—Bien decía yo que Anacleto no me había de dejar en la estacada.

—¿Le contestamos entonces que se cambie en ese punto la orden general?

—¿Para qué? Si me vienen órdenes directas de Echegaray ó de Uraga, no les hago caso, y asunto concluido.

Iban á continuar el despacho de aquellos asuntos, cuando se presentó un ayudante anunciando:

—Un oficial de caballería.

—¿De qué caballería? preguntó Rojas.

—De las avanzadas del general Arteaga.

—Que pase.

Entró Daniel Ruiz, nuestro antiguo conocido de Guadalajara.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

43

—Mi general, dijo cuadrándose, la fuerza de Tepic que estaba en Guadalajara á las órdenes de don Carlos Rivas, ha salido de esa ciudad de regreso para la sierra de Alica.

—¿Cuándo?

—Anoche á las doce, segun informes de un explorador, pero segun otro, no habia llegado aún á las seis de la mañana á Tesistan.

—Es imposible alcanzarlo, murmuró Rojas con desaliento.

—Me habian dicho que el coronel Simon Gutierrez estaba en Ameca.....

Los ojos de Rojas brillaron y exclamó:

—Hace tres dias que salió de Ameca y por orden mia debe haberse situado en la sierra de Tequila para esperar un conyoy de Tepic.

—En ese caso él puede atacar á Rivas.

—No tiene mas que 200 hombres, murmuró Rojas, pero debe hacer lo posible para darles un golpe. Luego agregó dirigiéndose al ayudante:—Que ensille toda la caballería y esté lista para marchar.

Volviéndose al oficial y clavándole los ojos le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Daniel Ruiz.

—¿De qué regimiento?

—Del tercero de Hidalgo y ahora en comision como jefe de guerrillas exploradoras.

—¿Cuántos hombres tiene usted?

—Sesenta, extendidos desde Zapotlan hasta Guadalajara y solo diez á una legua de aquí.

—¿Están bien montados?

—No señor, solo hay tres caballos buenos.

—Pues va usted con su escolta, toma caballos de donde los encuentre de orden mía y aunque solo usted sea el que llegue á donde está Simon Gutierrez, dígame de mi parte, con esta contraseña, que ataque á los lozadeños en las cercanías de Tequila y que yo procuraré llegar á tiempo.

Recibió Daniel las órdenes escritas y partió al galope, llegando en la noche al campamento de Simon Gutierrez.

Aunque todo habia sido rápido, en Tequila se supo con horas de anticipacion, por el instinto que tenían entonces los pueblos para adivinar los peligros, que iba á haber por allí un encuentro y era el motivo del pánico de que hemos hablado al principio.

Simon Gutierrez sin tomar en cuenta la superioridad numérica del enemigo, luego que recibió la orden de Rojas, comunicada por Daniel, que llegó solo á su presencia matando el caballo que montaba, descendió de la montaña á la llanura y cargó vigorosamente contra sus contrarios que ya lo esperaban parapetados en las cercas. El ataque fué brusco y logró dispersar los doscientos caballos de Rivas que pretendieron tomarle de flanco, pero se estrelló contra la infantería que le hizo un fuego mortífero poniéndolo á su vez en derrota. Entre los heridos prisioneros quedó Daniel Ruiz, que fué de los primeros en entrar al reñido combate.

No se daba cuartel. Mientras la columna se organizaba y se ponía en marcha, un peloton de cincuen-

LEYENDAS HISTORICAS.

45

ta hombres se quedó con el encargo de levantar el campo y de fusilar á los prisioneros heridos.

Una fagina se encargó de recoger el botin, que era bien escaso, consistente en caballos y armas, y la otra de llevar á los prisioneros, que eran nueve, á una cerca de piedras, que era donde debía ejecutárseles. Iba ya á hacérseles fuego, cuando se oyó el terrible grito: "Aquí está Rojas," apareciendo una nube de ginetes con la espada desenvainada, que en dos minutos pusieron en completa fuga á los cincuenta lozadeños. Rojas personalmente quitó las ligaduras á Daniel, diciéndole:

—En esta vez no le tocó morir, amigo, yo mismo le curaré ese agujero.

—Gracias, general, gracias..... murmuró Daniel, y la sangre que habia perdido, lo mismo que tantas y tan terribles emociones, le hicieron caer sin conocimiento.

CAPITULO V.



RASGOS DE ROJAS.

El mismo general de Brigada don Antonio Rojas, cosa en él nunca vista, vendó la herida que tenia Daniel en el antebrazo derecho, interesándole algo profundamente la tetilla del mismo lado, y dispuso que se le improvisara una camilla para que fuera llevado á Tequila con objeto de que se le atendiera prontamente. Hizo más todavía: se fué paso á paso, refrenando su impaciente alazan, detrás de los hombres que llevaban la camilla, sirviendo de jefe de la fuerza que escoltaba al subalterno á quien todos los otros envidiaban por distincion tan extraordinaria.

Entraron á Tequila; Simon Gutierrez llegó mas tarde con sus dispersos, y la poblacion, despues de haber sufrido los robos de los lozadeños en sus dos pasadas por allí, en que los dejaron temblando, tu-

LEYENDAS HISTORICAS

47

vieron que sufrir tambien las vejaciones de la *simona*, como llamaban los franceses á los bandidos de Simón Gutierrez y de los *rojeños* y *galeanos*, como les llamaban todos á las chusmas de Rojas.

No nos detendremos á pintar aquel cuadro de desolacion, lo mismo que los que presentaban los pueblos en general cuando entraban en ellos esa clase de beligerantes, que mas se preocupaban de pillar que de dar brillo á la causa nacional ó de defenderla honrada y patrióticamente, sino que procuraremos echar un velo sobre aquellos repetidos desmanes que en esta vez duraron tres mortales días, cuyo horror se comprenderá sabiéndose que con tres horas era ya un martirio muy prolongado para las gentes pacíficas y trabajadoras, y seguiremos al ejército de Rojas, otra vez para el rumbo de Ameca y Ahualulco, que era en donde por lo comun tenía aquel jefe republicano sus madrigueras y le veremos ya en el segundo de estos pueblos, despues de haber instalado bien al herido que iba muy mejorado, en la habitacion principal de su alojamiento, dictando órdenes muy precisas á sus subalternos, ya para que la tropa fuera bien atendida con su rancho y escasos haberes, ya para que salieran en todas direcciones escoltas, guerrillas, avanzadas y exploradores, designando á cada cual muy detalladamente sus obligaciones.

Arreglado todo el servicio militar de fuera, que se refería no solo á vigilar los caminos para tener á su brigada á cubierto de una sorpresa, sino á expiar los movimientos del enemigo que se encontraba en Guadalajara, el único que por el momento podia te-

merse, dispuso también todo lo relativo al servicio que había de hacerse en la población, el cual quedaba reducido á poner dos ó tres retenes en las alturas por vía de precaución extraordinaria, á designar los cuerpos que debían permanecer acuartelados, y á las demás pequeñeces de una fuerza en campaña.

Cuando hubo concluido de dictar todas esas disposiciones que le eran tan familiares, no solo por la costumbre sino por sus disposiciones naturales para el mando, hizo que entrara el pagador general, que desde hacia dos horas estaba esperando.

—¿Cómo está su caja, amigo? le preguntó.

—Señor, contestó el pagador, que era un charro un poco mejor vestido que los demás, pues tenía buen sombrero galoneado y buena pistola con empuñadura de marfil y guarniciones de plata, no tengo ahora más que doce mil pesos.

—¿No se pudieron completar en Tequila los veinte mil que nos proponíamos?

—No, señor: los principales propietarios se escondieron ó se fueron para Guadalajara.

—Ya me la pagarán.

—Tenemos también dos mil pesos en libranzas.

—Esos papeles se guardan para cuando puedan cobrarse. Por ahora harémos tres partes de ese dinero: cuatro mil pesos se reparten entre la tropa y los oficiales, hasta donde alcancen; cuatro mil se guardan bien guardados para cuando tengamos algún apuro gordo, y los otros cuatro mil también se guardan, pero cambiados de manera que hagan poco bullo.

—Solo en oro, mi general.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

49

—En oro, se entiende.

—Aquí no encontraremos oro en esa cantidad.

—Se pide de buen modo, y si no quieren dar, se les saca por la fuerza. Dígales antes que yo soy quien lo quiere, quien lo necesita luego luego, y esto bastará para que lo suelten antes que yo se los haga vomitar.

—¿No se ofrece otra cosa, mi general?

—Nada mas. Puede usted marcharse.

Apenas salió el pagador, gritó Rojas con voz ronca.

—Dominguez.

Entró otro charro con chaqueta de cuero, sombrero galoneado y pistolon al cinto, y sin quitarse el sombrero, dijo:

—Aquí estoy, general. Este era el jefe de su Estado Mayor.

—¿Cuántos presos tienes? le preguntó Rojas.

—Tengo cinco de los de Simon, que fueron encontrados robando pollos y gallinas, y tres de los nuestros que huyeron al frente del enemigo en Tequila y fueron alcanzados por el capitán Ampudia.

Rojas se quedó por un momento meditabundo, poco á poco le fueron creciendo las ojeras negras que le singularizaban, parecieron dilatársele las pupilas, crecerle los pómulos y haciéndosele la voz mas cavernosa, que de ordinario, dijo:

—Será conveniente que los fusilemos á todos.

—Yo te diré, general, que los de Simon todos son buenos muchachos.

ROJAS.—6

—¿Y por qué van á robar á los pobres? ¿cuándo aprenderán á robar á los ricos que nada les hace falta y no á esos desgraciados que los hacen mas infelices robándoles una gallina? Yo no puedo consentir en que nuestros soldados se cojan baratijas cuando donde quiera tienen campo sobrado para alcanzar caballos, alhajas, dinero, armas, géneros y cuanto hay en los almacenes. Pero robar á un gañan lo único que tiene, esto no puede tolerarse, Dominguez, esto me *repatea* el alma.

—Bueno, los mataremos si quieres, pero van á hacer falta esos muchachos en la primera ocasion, porque entran bien al combate. Como macheteros no tienen *cuate*.

—Ahora ya dije que se fusilen y sabes que no me gusta volverme atrás. Te diré, aunque no necesito dar cuenta á nadie de mis determinaciones, que son indispensables algunos escarmientos tanto para el mejor orden de la tropa, como para que los pueblos vean que se sabe aquí castigar y sus habitantes no resistan mis órdenes constándoles que uso de severidad hasta con los mismos míos.

El gefe charro giró sobre sus talones y fué con la mayor frescura á ordenar la ejecucion de aquellos ocho desgraciados que á las dos horas fueron decapitados en la plaza, con asombro y horror de los vecinos que presenciaron aquella hecatombe.

Rojas no habia sabido ó no habia querido expresarse bien: lo que queria era que sonaran por todas partes aquellas crueldades, con los mismos suyos, para inspirar terror no solo á los pueblos, sino al enemigo.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

51

que podía estar seguro de que no tendría con él ninguna clase de consideraciones. Por lo demás, la suerte de aquellos hombres no volvió á preocuparle ni antes ni después del fusilamiento, pues para él la vida de las otras gentes era lo que menos le importaba. Así fué que después de seguir tratando de otros asuntos militares y de acordar el despacho de su correspondencia con el secretario, se dirigió á una habitación interior en donde se encontraba el herido Daniel, al cual le dijo:

—¿Cómo va, comandante?

—Señor, solo soy capitán, le contestó el enfermo incorporándose.

—No se mueva usted, no vaya eso á hacerle daño. Pues bien, agregó sentándose al borde de la cama, ya he hecho á usted comandante, he dado cuenta de ello al Cuartel General y en el primer combate que tengamos, luego que usted sane, voy á hacerlo teniente coronel.

—Demasiado agradecido estoy ya por todas las bondades de que ha hecho uso para conmigo, señor general, aún curándome personalmente y todo eso junto me impide encontrar palabras suficientes para expresárselo. Ahora lo que más deseo es ponerme en pié y que se presenten oportunidades de probarle mi adhesión y mi cariño, sacrificándole mi vida si fuere necesario.

Aquel hombre endurecido en las crueldades se conmovió con las palabras y con la actitud de Daniel, le estrechó con fiereza la mano y se apresuró á reti-

rarse diciéndole al salir con voz que procuró hacer brusca.

—Vamos á ver si podemos permanecer aquí mientras usted queda bueno.

¿Qué misterio habia en esa afeccion tan tierna y tan inusitada que á todos y particularmente á Daniel llamaba la atencion? ¿Por que un hombre que despreciaba la vida de todos y con la mayor facilidad hacia el mal á cualquiera, se interesaba tanto por la salud de aquel oficial? Tal vez le traía un recuerdo de otros tiempos, tal vez le encontraba semejanza con algun hijo suyo que hubiera perdido, el caso era que á nadie habia manifestado nunca iguales simpatías ni la mitad de aquellas consideraciones.

Cuando volvió á su despacho se encontró con unas cinco personas acompañadas del abogado Arreola que iban á solicitar recibos de efectos que se les habian embargado ó devolucion de animales como mulas, caballos y bueyes que les hacian mucha falta para su trabajo.

—Todos estos propietarios son liberales republicanos, son amigos de la causa que usted defiende con las armas, señor general, y no es justo que los partidarios sean los que sufran, le dijo el abogado.

—¿Estos señores son partidarios de la causa? preguntó Rojas, frunciendo el ceño.

—Sí, señor general.

—¿Y de qué manera ayudan á la causa? Ellos no traen las armas en la mano, ni exponen su vida en los combates: ellos no quieren tampoco contribuir con

LEYENDAS HISTÓRICAS.

53

algo de lo que tienen, entonces, ¿qué jaez de partidarios son?

—Pagan sus contribuciones y figuran en préstamos extraordinarios.

—Eso lo hacen también los desafectos.

—Sí, señor general, pero los amigos deben ser considerados de los amigos.

—Yo entiendo que los amigos deben serlo por completo ó no son amigos sino de labios para afuera. Ahora el país está dividido en dos campos: de un lado los republicanos, que dan, no solo sus intereses, sino su misma vida en defensa de la patria: del otro lado están los intervencionistas que se unen á los franceses, ya sea militando á su lado, ya sea dándose el nombre de pacíficos, y que son los que más les ayudan, porque los franceses ya se hubieran ido, si no hubieran encontrado en las poblaciones tantos pacíficos. No, señor licenciado, por vida suya no me traiga de esa clase de amigos que les duele ayudar á su santa causa con dos mulas ó con una carga de frijoles.

—Son republicanos, señor general, todo el mundo sabe que son republicanos y que no podrán quedarse en sus casas el día que vengan por aquí los franceses; pero no todas las personas tienen aptitudes para la guerra y sería en perjuicio de la fuerza armada que todos lo fueran, porque perecería la agricultura y en ninguna parte se encontrarían elementos de víveres y de numerario para los defensores de la autonomía nacional.

—¿Y de qué nos sirve que tengan dinero, semillas

y animales, si todo lo esconden, ó lo niegan ó lo reclaman si se les toma?

—El caso es que las tropas se mantienen.

—Sí, vaya usted á preguntar cómo están de miserables y hambrientos los soldados de Uruga, de Arteaga, y Herrera y Cairo, porque son de orden y tienen que estarse esperando á que les caigan los recursos por la buena. Los míos como son de *chinaca*, cogen lo que encuentran y por eso me siguen de buena voluntad, porque tengo que hacerme de la *vista gorda* y darles manos libres. Además, unos y otros viven de lo que puede cogerse á los enemigos, porque los amigos pacíficos que tienen algo, en lo general no nos sirven para nada. Ya, ya vendrá tiempo en que todos nos ayuden ó se vayan con los franceses, porque está guerra es nacional y no admito que se nade entre dos aguas. Por lo que respecta á devolver, no se devuelve un camino: que se dé recibo de todo, y ya se pagará cuando haya con qué.

Diciendo esto les volvió la espalda á los reclamantes porque lo esperaba su secretario que habia entrado con un correo. Era de Arteaga: le decia en los pliegos que se tenia la noticia de que habia salido Bazaine de Guadalajara para el interior con tres mil hombres, habiendo dejado una guarnicion de solo mil quinientos y le preguntaba si no habia recibido órdenes del Cuartel General para hostilizar al enemigo. En efecto, no habia recibido ningunas.

En el resto del dia se confirmó la noticia por los exploradores: Bazaine habia salido precipitadamente abandonando la campaña que se proponia hacer en el

LEYENDAS HISTÓRICAS.

55

Sur, según unos, porque Uraga estaba arreglándose y ya no podía temérsele; según otros, porque los asuntos en México se habían descompuesto y hacían progresos los republicanos de Oriente.

Rojas entonces exclamó:

—Pues aunque sea sin órdenes, debemos aproximarnos á Guadalajara, para que vean que no todos somos traidores.

Y mandó que saliera Simon Gutierrez con su gente aquella noche mientras él podía seguirle con el resto de la Brigada.

Y ya que delineamos en este capítulo algunos de los rasgos de Rojas, pondremos el siguiente para cerrarlo, aunque pertenece á otra faz de su vida muy interesante, que fué en la época de la guerra de Reforma,

Habia tomado D. Santos Degollado á Guadalajara, la plebe habia ahorcado en la plaza á Monayo y en un balcon del obispado á Piélagos, que se habian hecho odiosos en todo Jalisco por sus crímenes, y en la casa de un particular estaba oculto, pero con garantía de la vida, otorgada por el general en jefe, D. Jose María Blacarte general de las filas reaccionarias y con quien Rojas tenia cuentas pendientes. Supo este donde se encontraba, se introdujo en la casa con sus gentes y lo asesinó disparándole á quemarropa los tiros de su pistola.

Degollado no pudo sufrir aquel crimen, mandó aprehender á Rojas, pero este se puso en salvo saliéndose de la ciudad con sus fuerzas. Entonces el

primero expidió un decreto terrible poniéndolo fuera de la ley.

Cuando le llevaron á Rojas el decreto, exclamó riéndose á carcajada tendida:

—¿Con que estoy puesto fuera de la ley? ¡Ah qué Don Santitos este! ¿pero cuándo he estado yo dentro de ella?

Volvamos ahora al Cuartel General del Ejército del Centro.

—

CAPITULO VI

EL TRUENO GORDO

El 22 de Enero de 1864 á las nueve de la noche, despues de haberse retirado del palacio de gobierno de Colima todos los visitantes, se quedaron solos en el salon principal, alumbrado por unas tres lámparas, el general Uraga y el gobernador del Estado coronel entonces Don Julio García. En una antesala distante estaban los hijos de ambos que eran sus ayudantes respectivos y otros oficiales. El dia anterior se habia dado el gran baile en los salones del colegio al general en gefe y en ese mismo dia como en los ya transcurridos, se le habia agasajado con banquetes y otras demostraciones, de manera que ya estaba despachado, segun él mismo lo dijo en la conversacion siguiente:

—Ahora sí, Julio, exclamó luego que salió la última persona y dada la orden de que no se les inte-

ROJAS:—7

rrumpiera, ya estamos al fin solos y podemos hablar un momento en la intimidad: mañana me marchó.

—Tan pronto!

—Es preciso, para ir á poner en órden toda aquella gente que está muy indisciplinada y para atender á mil cosas pendientes. Aunque no se ha podido sacar el dinero que queria, no puedo quedarme mas.

—Está bien, general, déjeme usted sus órdenes.

Uruga se quedó unos instantes mirando fijamente al gobernador y luego le dijo:

—Voy á confirmar el estado de sitio de Colima; pero usted seguirá al frente del gobierno, no obstante las órdenes de Juarez que tengo para hacer un cambio en el personal, y no solo lo dejaré á usted de gobernador, sino que le mandaré el despacho de general y aumentaré sus fuerzas porque necesito aquí un jefe de toda mi confianza.

—Gracias, general, yo procuraré corresponder con mi lealtad á esas distinciones.

—Después de eso, Julio, necesito poner á usted en ciertos antecedentes para que nadie pueda sorprenderle con chismes. Sabrá usted, ó se lo han de contar, que desde que me puse al frente del Ejército han estado empeñándose las gentes de mas influencia de la administracion intervencionista en atraerme, haciéndome los ofrecimientos mas halagadores y aun me urgieron para que les mandara un comisionado, á lo cual accedí para ganar tiempo. He mandado en efecto á uno de los Gomez Farias á hablar con Bazaine y me avisan que va á volver acompañado del canónigo

LEYENDAS HISTÓRICAS.

59

Caserta para convencerme de lo necesario que es que trabajemos por el aseguramiento de la paz para que todos unidos establezcamos un gobierno sólido y duradero. Yo á nada me he comprometido ni me comprometeré, sino es cuando sepa lo que sucede al fin con el Presidente fugitivo y obrando de acuerdo con todos ustedes. Quizás nos convenga desconocer á Juarez y dar nuestra adhesion á Gonzalez Ortega ó á cualquiera otro gefe enérgico y capaz, que sepa dirigir las operaciones de la guerra, si el país se pronuncia por ella. Como quiera que sea, yo voy á dar organizacion á mis tropas y estoy seguro de que con doce mil hombres bien disciplinados y treinta cañones, con otros treinta mas que están en fundicion, ó hemos de imponernos ó hemos de sacar las mayores ventajas de la situacion, si no somos muy torpes. ¿Le parece á usted bien, Julio?

Aunque Don Julio estaba bien frio en su interior, contestó fingiendo entusiasmo por mas que nada hubiera entendido de todo aquello:

—¿No lo he de aprobar, señor general, si esas son mis mismas ideas?

—¿De manera, Julio, que puedo contar con usted para cualquiera combinacion militar ó política que nos traiga las ventajas debidas en la posicion magnífica en que estamos colocados?

—Seguramente.

—Entonces no hay que hablar mas. Guarde usted absoluta reserva sobre lo que hemos tratado y á su tiempo recibirá instrucciones.

Se retiró Uraga satisfecho, se quedó el gobernador preocupado y siguieron desarrollándose los sucesos que apenas vamos á apuntar en seguida por no ser estos mas que puntos secundarios de nuestro relato.

Haremos previamente un pequeño resumen de los anteriores.

El 7 de Enero entró Bazaine á Guadalajara.

El 8 del mismo se reunieron solo treinta y un notables de los doscientos cincuenta que fueron citados.

El dia 13 se reunieron ya ciento y tantos, completándose el número con personas muy insignificantes, y se hizo la votacion en favor de Maximiliano, levantándose el acta respectiva.

En el mismo dia fueron repartidos los cargos entre los adictos al sistema monárquico, ocupando los más culminantes el general Morett, los licenciados Mallen, Estévan Alatorre, Agustin Villa, Dionisio Castillo y un delator de oficio llamado Don Modesto Guzman.

El 14 de Enero salió Bazaine de Guadalajara dejando con el mando de la plaza al coronel Garnier. Al salir de allí habia dado principio á sus negociaciones con Uraga.

El 16 de Enero celebró Uraga la junta de oficiales principales, acordándose la nueva organizacion del ejército.

Del 18 al 23 de Enero estuvo Uraga en Colima agenciándose recursos y trabajando en favor de sus planes ulteriores aunque ignoraba aún en realidad cuáles serian.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

61

Ahora entran los nuevos sucesos.

El día 30 de Enero trasladó Uruga su Cuartel General de C. Guzman á Sayula para estar mas en el centro de todas sus tropas. El mismo día 30 de Enero derrotó Simon Gutierrez á Tovar y al fraile Cabrera en Ahualulco.

El día 1^o de Febrero viendo Uruga que su comisionado no volvia de Guadalajara porque habia tenido que seguir á Bazaine y urgido para dar color definido entre sus subalternos que comenzaban á desconfiarle, expidió la siguiente proclama:

El General en Jefe del Ejército de operaciones á la division de Jalisco.

Mis amigos: Las operaciones de la campaña me vuelven al Estado en donde he derramado mi sangre por la Reforma y la civilizacion, y otra vez á vuestro frente combatiré por la Independencia y soberanía de la República.

Nuestra causa hoy no puede ser mas sagrada; nuestros esfuerzos y sacrificios no pueden ser mas gloriosos. Hoy no combatimos por diferencias de opiniones políticas, ni por mezquinos intereses de partido: hoy no tenemos mas que un fin: conservar nuestra Independencia y defender nuestra libertad.

Valientes de Jalisco: con vosotros se puede todo, por que sois soldados de corazon, hombres libres por conviccion y bravos por naturaleza.

Nada necesitamos, amigos míos, si contamos con el pueblo de este Estado ilustrado y rico, y nada nos faltará si á este pueblo le damos orden y garantias. Este es nues-

tro deber, y deber que estoy resuelto á cumplir, sea cual fuere la clase y categoria de quien falte á él.

La tropa reglada, la fuerza disciplinada y de órden, no sufre el odio y la desconfianza que inspira esa gente que, bajo la sagrada bandera de la Independencia, encubre sus desmanes y atentados. A semejantes hombres los desconoce el Ejército Independiente. Creedme, compañeros: la subordinacion, la disciplina y el órden, son las cualidades primeras que afianzan la victoria y sin estas no seremos mas que el azote de la sociedad é indignos de pertenecer á un pueblo libre.

Mis amigos: pronto delante del enemigo os anunciaré la victoria: y en el combate os acompañará vuestro general y amigo.

Sayula, Febrero 1^o de 1864.—José L. Uraga.

Se pasaron quince dias en la mas completa inaccion.

El dia 15 expidió Uraga una circular tronantísima contra los guerrilleros que se dejaban sorprender por los franceses.

Sucedió que Rojas, sin consultar al Cuartel General, habia destacado á sus guerrilleros para que rodearan á Guadalajara y hostilizaran al enemigo una vez que este parecia mostrarse impotente para salir de la plaza, y sucedió que los franceses, bien dirigidos por hombres conocedores del terreno, empezaron á dar sus sorpresas haciendo movimientos rápidos que se consideraban imposibles, logrando con esta táctica asegurar esos pequeños así como otros muchos golpes en grande y entonces Uraga, enojado no tanto por tales albazos sino porque se hostilizaba al enemi-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

63

go sin su orden, expidió la terrible circular mencionada.

Las cosas no marchaban, sin embargo, pues ni aparecía el comisionado, ni Juárez era destruido, ni el Ejército se moralizaba, ni los recursos llegaban, ni nada se hacía, y entonces se le ocurrió fusilar á tres guerrilleros por ladrones, y dictar una orden dirigida especialmente contra Rojas, la cual debe conocerse íntegra, y es la siguiente:

“Ejército Republicano.—Mayoría General:—Con esta fecha me dice el C. General en jefe del Ejército, lo que sigue:

Hará vd. saber al Ejército por orden general extraordinaria, que han sido pasados por las armas, los Jefes de guerrillas, N. Delgado, llamado el Chino, Ramón Cortés, [á] el Mocho y Rudecindo Valdés, y desarmados y presos sus oficiales y tropa, satisfaciendo con esta ejecucion á la vindicta pública y al honor del Ejército que ultrajaban con sus crímenes.

Los asesinatos y robos cometidos en Cajititlan y Santa Maria, quedan castigados, y estos pueblos, como cualquiera otro, garantizados por las armas republicanas.

He dicho una vez, que ni la clase, ni las circunstancias de la guerra, ni consideracion alguna, me harian tolerar en las filas del Ejército independiente, esta clase de gente, para la cual el robo es un fin y la causa un pretexto: he dicho que los pueblos y los C. C. entre nosotros, tienen sus garantías y sus derechos afianzados, y lo debo cumplir por que soy responsable con mi firmeza, del honor, la moralidad y la existencia del Ejército.

Váyanse estos hombres en buena hora, á abrigar bajo las banderas de la intervencion y del imperio; los que quedemos seremos mas fuertes con el apoyo del pueblo y de la opinion, y con la fuerza que dan la disciplina y el honor bien comprendidos.

Prevenga usted que se lea por tres veces distintas, esta órden general á los cuerpos con la oficialidad reunida, dispondrá usted que se imprima, y la hará fijar por las autoridades, en todos los pueblos y rancherías, para que los CC. vean, que no se les ultraja impunemente; pero la garantía que se les dá, les impondrá tambien el deber de concurrir á su defensa, de aprehender á los malhechores y de perseguir á los criminales; pues el pueblo, autoridad ó ciudadano que los ampare, sufrirá la misma pena que el delincuente."

Y lo digo á usted para su cumplimiento en la Brigada de su digno mando, y á fin de que se sirva disponer se impriman quinientos ejemplares de esta órden, ademas hacerla publicar en el periódico oficial.

Independencia y Libertad. Sayula, Abril 17 de 1864.
—P. Rioseco.—C. Coronel en Jefe de la Brigada de Colima."

Rojas se apresuró á contestar de conformidad, diciendo;

Ejército Republicano.—Division de Jalisco.—Brigada Rojas.—General en Jefe.—Con satisfaccion he leído su comunicacion, fecha 17 del actual en la que me transcribe la órden general, que en la misma fecha le ha comunicado el cuartel general para su cumplimiento, y obsequiando lo prevenido en ella, he mandado que se

LEYENDAS HISTÓRICAS.

65

lea á los Cuerpos que componen la Brigada de mi mando, por tres veces distintas; con la oficialidad reunida y he encargado se haga saber á mis subalternos, que todo lo dispuesto en la órden referida, está de conformidad con mis ideas, puesto que se trata de la moralidad del Ejército y de hacer efectivas las garantías que hemos prometido á los pueblos, y que por consiguiente, seré el Gefe que mas trabaje por que se cumpla con lo dispuesto en la repetida órden.

Si el C. General en Gefe sigue con la misma energía, castigando el crimen y haciendo efectiva la responsabilidad que le resulte al Gefe que no cumpla con los deberes á que se ha consagrado como soldado de la Patria, estoy seguro de que muy pronto nuestro Ejército quedará completamente moralizado y entonces adquiriremos grandes ventajas sobre el enemigo, porque el pueblo nos ayudará gustoso; unidos á él, conseguiremos derrocar con violencia el trono y la tiranía, establecidos en México por la intervencion.

Lo que digo á usted en contestacion á su nota ya citada y á fin de que se sirva ponerlo en el superior conocimiento del C. General en Gefe para su satisfaccion.

Independencia y Libertad. Atoyac, Abril 18 1864.—
A. Rojas. — C. Mayor General del Ejército Republicano
— Sayula.”

Y por fin, llegó el comisionado de Uraga con carta de Bazaine el día 1.º de Marzo. Indudablemente las noticias fueron buenas, porque el día 6 aparecieron dos decretos en el “Boletin del Ejército,” uno sobre el estado de sitio de Colima, que no habia sido dado

en forma y otro nombrando gobernador y comandante militar al Coronel Julio García. A los dos días le mandó su despacho de general, y en carta privada le decía: "Cumpló mi palabra, Julio, cumpló mis compromisos, ciegamente confío en que cumplirá vd. los suyos tan pronto como yo le avise que se desenlaza la situación."

Hubo entonces un incidente que estuvo á punto de echar á rodar todas las combinaciones: llegaron tropas de refuerzo á Guadalajara y se organizó una expedición de dos ó tres mil hombres, mientras que se supo de cierto que Márquez restablecido de sus heridas se movía también de Morelia con dos mil hombres.

Uraga se apresuró á mandar comisionados á los jefes de las expediciones diciéndoles: "Si me atacan tendré que defenderme, ¿cómo es que vienen sobre mí cuando estamos en negociaciones? Entonces los dos Gomez Farías, Caserta, Modesto Guzman y otros ahondaban los caminos trayendo y llevando recados, hasta llegar al arreglo definitivo. Quien mas estuvo entreteniéndolo esto, fué el mismo Uraga que no sabía si desconocer á Juárez y proclamarse jefe de la República ó pasarse con todos sus elementos al imperio para ocupar un lugar en primera fila.

Así, en medio de vacilaciones y de intrigas, dejó pasar el mes de Junio sin haberse movido de su cuartel general de Sayula, haciendo sufrir á las tropas la mayor miseria y provocando entre los subalternos las más agrias murmuraciones,

LEYENDAS HISTORICAS.

67

Entonces instigado por sus consejeros se resolvió á dar un golpe atrevido. Reunió á todos los generales y jefes del Ejército citándolos para una junta que debería verificarse el 10 de Junio. Todos estuvieron listos á presentarse porque deseaban vivamente los unos hacerle reproches, los otros apurarle á que se hiciera algo y los más que se aclarara la incógnita.

Uraga les manifestó que tenia los mas vivos deseos de atacar á Guadalajara, pero que el ejército estaba impotente aún por falta de recursos, por falta de parque y por falta de piezas de sitio, pero que todo eso estaba á punto de proporcionárselo y que luego se emprendería la marcha sin perder un momento. Que si habia estado en relaciones con el enemigo, nada habia en ellas que fuera misterioso, pues que su objeto era ganar tiempo y ver claro en la política que se proponian desarrollar los franceses. Que si eso ó la poca fé en sus disposiciones era motivo para que le retiraran su confianza, que estaba dispuesto á ceder el mando al jefe que quisiera tomarlo y cargar con la inmensa responsabilidad que pesaba sobre sus hombros.

Ante esta salida inesperada todos retrocedieron en los propósitos que llevaban y entonces él exigió un voto de confianza para que la oficialidad, la tropa y los pueblos vieran que no se había alterado la armonía entre ellos y para que el enemigo se espantara ante esta actitud. El voto fué acordado, y se publicó el acta respectiva con toda pompa.

En esa misma noche desaparecieron del campo Co-

roña, Martínez y otros oficiales que vieron ya muy clara la traición del general en jefe, el cual había confesado explícitamente que mantenía inteligencias con el enemigo. Los demás estuvieron vacilando sobre si continuarían bajo aquellas banderas manchadas, si se cometerían un acto de rebelión procediendo contra el culpable, ó sobre si se quedarían esperando á que se aclarara mas la situación.

Pero no necesitaban saber mas cuando vieron enmudecer al "Boletín," cuando vieron llegar á los comisionados y cuando el mismo Uraga comenzó á decir reservadamente sus proyectos á los que juzgaba más pusilánimes ó mas adictos. Entonces se extendió el malestar, se multiplicaron las hablillas y empezó á cundir la conspiración. Todos los jefes de Jalisco se comprometieron á aprehender al infiel y á hacer con él un terrible escarmiento.

Uraga lo supo y á la media noche del 13, momentos antes de que se le pusiera la mano encima, salió fugitivo con sus ayudantes y una pequeña escolta, dejando acéfalo el Cuartel General.

CAPITULO VII



LA FIERA HERIDA.

Dejamos á Don Antonio Rojas en Ameca cuidando á su herido, mientras mandaba diferentes guerrillas que fueran á hostilizar al enemigo á las goteras mismas de Guadalajara, lo cual hizo que el comandante francés reflexionara un poco sobre que aquello podia ser causa de que se propagaran noticias desfavorables y de que estas fueran á hacer mella en la capital y en Francia, y desde luego dictó medidas enérgicas para corresponder á aquella provocacion debidamente, nombró otras guerrillas y contra-guerrillas que salieran á limpiar las inmediaciones de la ciudad de aquella gente, con instrucciones á los gefes de que no se alejaran todavia mas de veinte leguas y que siempre marcharan á una altura y en combina-

ción para que pudieran protegerse mutuamente en caso ofrecido. De estas guerrillas una compuesta de cien hombres muy bien montados y armados fué confiada al capitán Berthelin que pidió aquella campaña, ofreciendo que él solo, si no moría en las primeras escaramuzas, había de acabar con todos los chinacos que mandaban Rojas, Hermenegildo Gomez (a) Rochin y Simon Gutierrez, que eran los guerrilleros más temibles en el Sur de Jalisco. La consecuencia inmediata de la salida de aquellas guerrillas intervencionistas, fué, según hemos dicho, que se sorprendiera hoy una partida de veinte, mañana otra de cincuenta y así sucesivamente en muy poco tiempo con movimientos rápidos á que no estaban acostumbrados aquellos guerrilleros que tenían la creencia de que los soldados franceses no sabían hacer grandes jornadas y consideraban como cosa imposible que pudieran andar doce y catorce leguas en una sola noche, para amanecer en donde se proponían, y menos podían darse cuenta de que se les presentaran cuando no o pensaban, sin sentirlos, no obstante tener bien vigilados los caminos, hasta que poco á poco empezaron á comprender su táctica, que consistía en tomar la línea recta sobre el plano, venciendo las grandes dificultades de esa clase de travesías á fuerza de tomar los mejores informes de las personas conocedoras del terreno, cuyos prácticos eran pagados con muy buen dinero, que ellos á su vez sacaban de las multas que imponían y de donde lo encontraban.

Entonces fué cuando comenzó á hacerse notable Berthelin no solo por su valor y su astucia, sino más

LEYENDAS HISTÓRICAS.

71

aún por sus enormes crueldades, por sus robos y por sus villanías.

—Todas las gentes, decía, les tiemblan por aquí á Rojas, á Tovar, á Lozada y á Simon Gutierrez, yo les probaré pronto que puedo hacer mas que todos ellos juntos.

Y en efecto, sus primeras hazañas fueron encerrar á los prisioneros en trojes llenas de paja á las que prendia fuego, acabando de matar á sablazos á los que querian escaparse, sin perdonar ni á los ancianos, á las mujeres y los niños en donde quiera que entraba á la fuerza, entregando al saqueo de sus soldados los pueblos, las haciendas y las rancherías, dejando ruinas y desolacion por donde quiera que pasaba.

Llegaron á Rojas las noticias de los estragos que iban haciendo las contra-guerrillas, recibió la tronante circular de Uraga, dictada ostensiblemente para poner punto á las sorpresas repetidas que sufrían los republicanos, supo que habia aparecido un tal Berthelin que trataba de ofuscar á todos con sus barbaridades y además sus exploradores le avisaron que tenían sospechas de que se trataba de darle á él mismo un golpe combinado por ese mismo guerrillero con fuerzas mixtas que habian salido ya de Guadalajara, y dictó sus disposiciones para que la Brigada se moviera al dia siguiente de aquel en que le fueron confirmadas tales noticias. La brigada de Rojas se componia á la sazón de doscientos infantes y quinientos caballos, sin contar las fuerzas de Simon Gutierrez y de Rochín, que reunidas hacían unos seiscientos

hombres, de los que podía disponer por amistad de aquellos cuando se le ofreciera. Por fortuna á esta sazón ya habían pasado veintidos días y el herido Daniel estaba completamente bueno, quedándole solo una gran debilidad, de la que se repondría en la campaña, como lo afirmaba él lleno de alborozo cuando se le dijo que ya iba á moverse toda la Brigada.

Rojas le dijo la víspera de que salieran cuando estaban cenando:

—Amigo, ahora no vamos á pelear con los *lozadas* ni con los *tovares*, sino con los franceses que traen caballos grandes, fuertes y corredores, armas de primera clase y guías muy expertos, así es que tenemos que hacer nuestras marchas, que atacar y retirarnos con mas cautela.

—Mi general, le contestó Daniel, ya conozco á ese enemigo, porque fuí el único que vine molestándolo desde el Puente de Tololotlan hasta Guadalajara. En estos momentos lo que me preocupa un poco es que haya entrado en nuestra gente el convencimiento de que los franceses no pueden ser derrotados, solo porque se dan á sí mismos el título de primeros soldados del mundo.

—Al fin que estamos aquí solos y podemos decirlo, le contestó Rojas, la verdad es que tienen mejor táctica y saben pelear mejor que nosotros.

—Hay pues que estudiar su táctica,

—Y hay que madrugarles.

—Yo por mi parte quisiera que ya tuviéramos con ellos un encuentro.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

73

—Lo que me carga es que nuestro ejército no se mueva. ¿Qué diablos estarán esperando esos generales?

Debemos advertir á nuestros lectores que esta conversacion la tenian Rojas y Ruiz en el mes de Abril, cuando todavia no pasaban los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior, pues hemos tenido que retrotraernos para que no quede incompleto el relato.

—Se dicen muchas cosas del general en jefe.

—Yo nunca he tenido confianza á ese general Uraga que cambia de opiniones como de chaquetas y que es demasiado déspota para ser liberal. Yo en lugar de Don Benito, despues de que no quiso pelear en Puebla, produciendo la desmoralizacion del Ejército á la hora mas comprometida, ya no hubiera vuelto á ocuparlo nunca.

El resto de la noche hasta las dos de la mañana en que se puso la tropa en movimiento, lo que menos reinó fué la tranquilidad. Los caballos estuvieron siempre ensillados y Rojas tuvo que salir personalmente á las orillas de la poblacion para observar por sí mismo si se percibia algun rumor lejano de ginetes, pues que con frecuencia habian venido los exploradores trayendo noticias contradictorias. Ninguno sabia á punto fijo en donde estaban los franceses, pero todos convenian en que ya andaban muy cerca de la posicion y que sus propósitos eran caer por sorpresa sobre la Brigada. Así es que Rojas ya no quiso es-

perar más allá y prefirió salir á esperarlos en campo abierto.

Tomó por un camino de travesía para ir á situarse bajo de un cerro que abrigaba su retaguardia, sabiendo que en el otro extremo, camino para Zaccoalco habia acampada una tropa de la division de Arteaga. Su flanco izquierdo lo cubria Simon Gutierrez que andaba cerca de Cocula, así es que desde allí podia arreglar su plan de operaciones muy tranquilamente, poniéndose de acuerdo con sus amigos.

Habia recibido órden terminante del Cuartel General de no comprometer ninguna accion seria, pero si se le presentaba ocasion de combatir con ventaja estaba resuelto á hacer á un lado la prevencion del superior. Si el resultado era favorable, quedaria disculpado con el éxito; si le iba mal, lo que se perdía era lo mismo suyo, que le habia costado su trabajo organizarlo, y ya se retiraria para reponerse á donde no le alcanzaran ni el amigo ni el enemigo, que para el caso los ponía en la misma línea.

Iba entretenido en esta conversacion con su secretario y con Daniel que habia querido fuera á su lado, cuando percibió tiros de fusil en la descubierta. ¡Eran los franceses! El encuentro habia sido enteramente casual, habiéndose sorprendido las columnas sobre la marcha. Naturalmente, los guerrilleros mexicanos sufrieron la peor parte en el primer choque; pero luego Rojas y Daniel á la cabeza de 200 lanceros se precipi-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

75

taron al galope sobre el enemigo que huyó dejando dos muertos sobre el campo y cinco prisioneros. Estos fueron en el acto fusilados.

Entonces Rojas en vez de detenerse forzó la marcha, y fué á sorprender en Cuisillos á otra fuerza de intervencionistas, compuesta de 300 ginetes que venia formando parte de la combinacion, con lo cual esta quedó completamente desbaratada, pues que tambien tomó algunos hombres prisioneros, haciendo replegarse al enemigo mas que de prisa, posesionándose de Atoyac el 16 de Abril, despues de haber limpiado de bandas intervencionistas un trayecto de cincuenta leguas, frustrando con su astucia y su actividad todos los planes que se pusieron en ejecucion para darle una sorpresa ó para rodearlo en alguna posicion en que tuviera cogidas todas las retiradas.

En Atoyac fué donde Daniel recibió la primera carta de su Aurora, enviada con un hombre del pueblo que con doscientos mil trabajos habia logrado salir de Guadalajara para ir á prestar sus servicios en las fuerzas liberales. Aquel fué todo un acontecimiento, en primer lugar porque la vigilancia que se ejercia en los caminos era muy rigurosa, y se aprehendia y fusilaba á todos los sospechosos. En segundo lugar, porque los bonos republicanos habian bajado extraordinariamente y nadie queria ir á sacrificarse en una causa que se consideraba ya perdida.

Pero el hombre aquel habia tenido una reyerta con

un francés, se le perseguía, y consideró que la única manera de escaparse de ser matado como un perro, era refugiarse en el Sur, ocupado todo por fuerzas republicanas, á lo cual acabó de decidirlo Aurora ayudándolo con algunos recursos. ¿Cómo hizo ella para encontrar esa oportunidad? El instinto del amor que nunca se engaña en sus propósitos, la hizo adivinar en aquel hombre un mensajero seguro y le confió su misiva muy corta y muchas expresiones de palabra.

La carta decía: Mi amado Daniel.—El día 8 de Julio estaré con mi familia en Cocula.—TU AURORA.”

No necesitaba decirle mas: ¿para qué? En cambio de palabra el hombre llevó noticias de las locuras del barbero, de lo que habian hecho los vecinos, de quienes habian entrado con el imperio, cómo se comentaba la conducta de Uraga, qué fuerzas habia en la ciudad y cuales se esperaban con objeto de reforzar la guarnicion que no llegaba á tres mil hombres, cuando salió de allí el emisario. ¡Y el ejército del Sur constaba de diez ó doce mil hombres que vivian sobre el país y permanecia inactivo!

Daniel confió á Rojas su secreto gustosísimo, y este jefe le dijo:—Siga usted á mi lado y yo le ofrezco estar en Cocula el 8 de Julio.

En el mes de Mayo hubo varios combates, que mas bien podian tener el nombre de escaramuzas, haciendo las guerrillas de unos y otros frecuentes movimientos estratégicos. En la primera quincena de Junio hubo una poca de mas actividad en los imperialistas, que la acentuaron mas en la segunda, en que

empezaron á salir de Guadalajara gruesos trozos de infantería y caballería hasta Santa Ana Acatlan, Tescistan, Atoyac y Cuquio.

En Julio, que era cuando debia estallar la traicion de Uraga, salieron las demas tropas, hasta cuatro mil hombres, que eran los que habia pedido para que se apoyara su movimiento, en caso que fuera necesario.

Por supuesto que Cocula fué una de las poblaciones ocupadas por destacamentos franceses.

Pero Rojas habia ofrecido estar allí el 8 de Julio, y emprendió su marcha desde Autlan de la Grana. El enemigo lo supo, porque entonces sabia todo lo que pasaba entre los republicanos, y Douai, que era el jefe de las fuerzas, mandó á Berthelin con 600 hombres, para poner á aquel una emboscada.

Rojas la descubrió cuando ya no era tiempo de retroceder. Peleó como un leon, estaba venciendo, cuando cayó herido de una pierna, quedando encima de él el caballo muerto. Berthelin lleno de júbilo se precipitó sobre él para cogerlo prisionero; pero allí estaba Daniel con cincuenta galeanos, que á la vez que detenía al enemigo en combate cuerpo á cuerpo, hacía que fuera sacado el general de debajo del caballo.

—Estamos á mano, le dijo Rojas, vida por vida.

—Nunca estará saldada mi deuda, general, y mientras yo tenga alientos, ¡desgraciado de aquel que le toque un pelo!

La noche vino á favorecer la retirada de los republicanos.

CAPITULO VIII.

PERSECUCION FRUSTRADA.

El general Moret, alcalde mayor, denominacion que tenian entonces los jefes políticos, estaba acordando con su secretario, el Lic. Castillo, en su oficina, cuando fué anunciado don Modesto Guzman.

—¿Qué querrá aquí ese panadero? preguntó el señor Alcalde Mayor.

—Ha de venir á hacer alguna denuncia.

—Como no le hacen mucho caso el Prefecto don Domingo Llamas, ni su secretario el Lic. don Joaquin Castañeda, se nos carga á nosotros.

—Y el caso es que tenemos recomendacion del comandante militar de la plaza para atenderlo.

—Le pagará algo el coronel Garnier porque le sirva de policía?

—No le paga nada, ni lo necesita: lo hace don Modesto por aficion.

—Vaya una aficion que merece una paliza.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

79

El general Moret que era buena persona y que tenía bastante mala voluntad al denunciante, dijo sin embargo al portero que lo había anunciado:

—Diga usted al señor Guzman que entre.

Don Modesto entró de puntillas para no hacer ruido, con el sombrero en la mano y con la mirada baja.

Viendo el Alcalde Mayor que no decía palabra, le preguntó:

—¿Y bien?

Don Modesto alzó la cabeza, fijó una mirada hipócrita en los funcionarios y contestó con voz meliflua:

—Se me ha encomendado que busque á los conspiradores, á los enemigos de nuestra santa causa, á todos los que de cualquiera manera se opongan al establecimiento del gobierno salvador, digo, del gobierno imperial, y traigo una lista de personas que pueden ser aprehendidas por la autoridad con los ojos cerrados.

—¿Qué personas son?

Don Modesto desdobló el papel y empezó á leer los nombres, los domicilios y las circunstancias que concurrían para que aquellas personas pudieran ser tenidas ó como delincuentes ó como sospechosas. En la lista estaban: un general que marchaba de incógnito á Sinaloa con instrucciones de Juárez, un coronel procedente de Sayula que estaba oculto en casa de un canónigo, un capitán de los dispersos de Morelia, tres ó cuatro liberales muy conocidos que estaban ocultos desde que llegaron los franceses, varios oficiales que se ha-

bían acogido al indulto, dos ó tres militares retirados que conspiraban, otros dos ó tres políticos de cierta importancia que mantenían relaciones con el enemigo, y por fin una familia completa que estaba haciendo preparativos de viage para irse á reunir con Rojas y al que tenía que llevarle algunos elementos de guerra.

Cuando llegó á este punto Moret no pudo menos que preguntar:

—¿Qué familia es esa?

—Es la de don Emeterio Ayala.

—¿Don Emeterio Ayala? ¿No es ese un rancherito que puso su comercio de semillas por la Merced?

—Aunque tiene él unos terrenos por Cocula, las semillas que vende pertenecen á Rojas y á Simon Gutierrez.

El Alcalde Mayor dió un pequeño salto en su asiento y exclamó luego:

—Deme vd. la lista para mandar hacer las aprehensiones que juzgue convenientes.

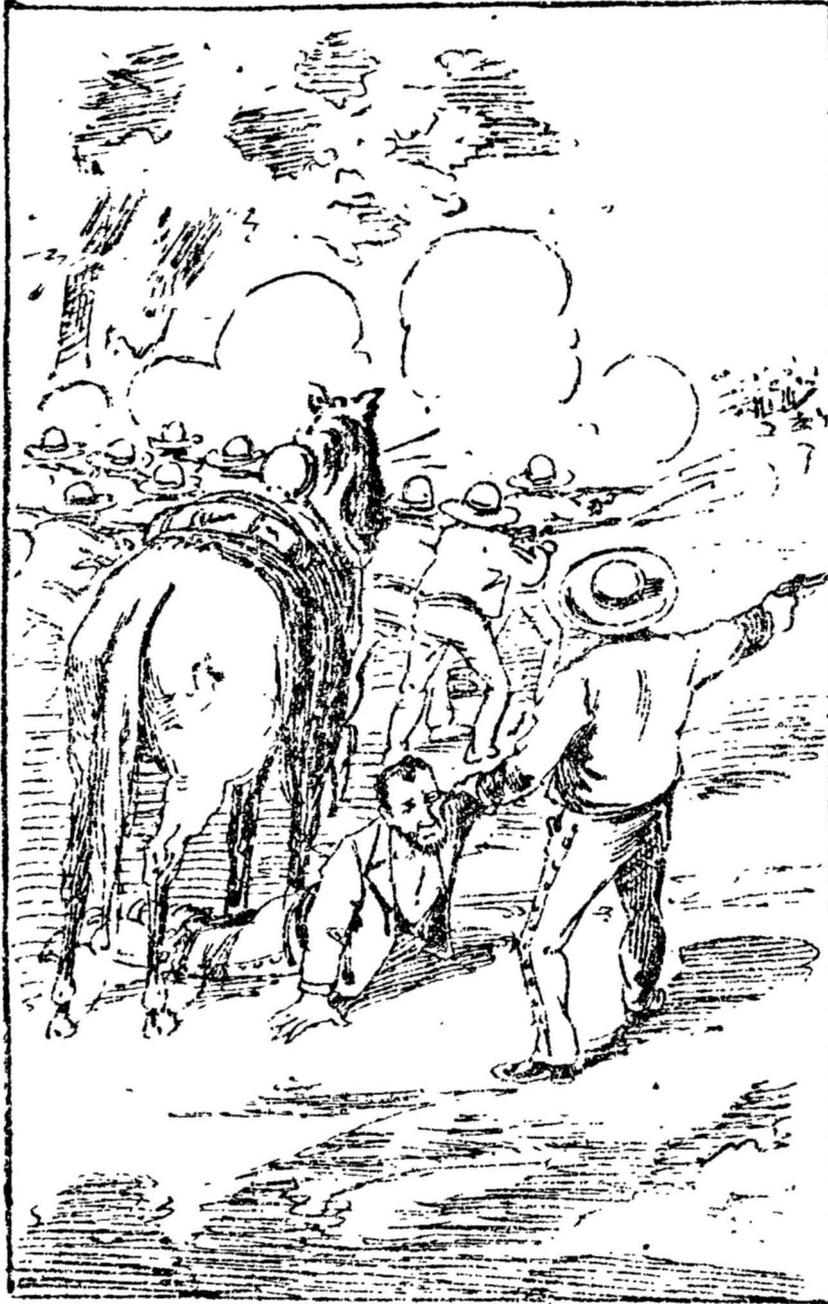
—Señor general: tendré que ir yo con los aprehensores para indicarles lo que han de hacer, á fin de que nadie se les escape.

—No hay necesidad: á mí es al que corresponde tomar las medidas que sean necesarias.

—Si vd. lo tiene á bien, señor general, insistió imperturbable Guzmán echándose la lista á la bolsa, sírvase decirme con cual persona debo hacer estas aprehensiones.

Moret se puso pálido de ira, y exclamó furioso:

LEYENDAS HISTÓRICAS.



Estamos á mane, le dijo Rojas, vida por vida.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

81

—Usted no tiene que mezclarse en los asuntos de esta oficina, entréguese esa lista y márchese.

Guzman con toda calma metió otra vez la mano en el bolsillo y sacó otro papel de una cubierta que alargó al Alcalde Mayor, el cual leyó:

“Facíltense á don Modesto Guzman los auxilios que necesite para hacer unas aprehensiones.—*Garnier.*”

Moret se levantó casi lívido y dijo á Castillo con la voz trémula:

—Tengo que ir á ver al señor Llamas que me ha llamado; entiéndase usted con este señor,

Aquel á quien llamaba *este señor* se inclinó á su paso humildemente, pero siempre se quedó allí como clavado esperando que se le dijeran *aches ó erres* para dar cuenta al comandante frances. Castillo entonces le dijo con tranquilidad y con menos malos modos que el Alcalde.

—Vuelva usted dentro de dos horas y estará todo listo.

Guzman salió llevando en los labios una sonrisita burlona. Afuera le esperaba el barberillo de la Merced:

—¿Qué hubo, señor don Modesto, le preguntó, en dónde está la tropa?

—Dentro de un rato.

—¿Y el dinero?

—¡Qué dinero, ni qué ojo de hacha! Vd. y yo trabajamos solo por patriotismo: nosotros no ganamos nada en esto, ó mejor dicho, sí ganamos: trabajar en favor de nuestra opinion y de nuestro partido.

ROJAS.—IO.

—¿De modo que no hay *mus* como vd. me había ofrecido?

—Ni *esto*.—Ya se comprende cual sería la señita que le hizo.

—Vámonos entonces

—Yo aquí me quedo: Vd. sí puede retirarse, amigo Tirso.

Tirso, esto es, Tirso se llamaba el barberillo, el cual se fué á su barbería, diciendo para su capote:

—¡Bonito, muy bonito! Ahora que ya me creía yo metido en la política y que ya iba á comenzar á recoger el fruto de mis entusiasmos, vamos resultando con que nada me toca y que solo trabajo por amor al arte... ¡Zambombita! eso no estaba en mi libro. Yo me ingiero..... yo me meto por aquí y por allá averiguando cosas para que don Modesto las especule..... ¡Tanainas! Yo de qué me he de echar odiosidades sin utilidad ninguna..... y menos cuando he salido chasqueado, pues los tales franceses no son nuestros amigos, ni nada, no son mas que unos déspotas que quieren tratarnos con la punta del pié..... No, yo no les ayudo, y menos *gratis et amore*.

Y llegando, llegando, fué y le dijo á don Emeterio Ayala:

—Está vd. denunciado por don Modesto Guzman, como agente de Rojas, y no tardan en venir por vd.... escápese.

Dicho esto, se salió de allí á la carrera.

Aurora, la hija de don Emeterio que estaba en la pieza inmediata y que oyó lo que había dicho el bar-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

83

bero, salió luego á poner fin á las vacilaciones de Ayala, y le dijo:

—No hay que perder un momento, vámonos.

—Eso es, vámonos, ¿pero cómo.....?

—Aquí tengo pasaporte para los cuatro, el coche está en lugar seguro, cerca de la garita, todo lo tenía calculado, y no fué por temor á don Modesto Guzman sino al barbero que es muy imperialista y que nunca deja de estarnos observando. Vámonos luego.

Los cuatro eran, además de don Emeterio y Aurora, la madre y un hermanito de doce años.

La intrépida jóven les dió un grito á los últimos para que la siguieran y tomando al paso un bulto de ropa, con la otra mano arrastró casi á su padre que se había quedado perplejo y en el quicio de la escalera dió instrucciones de prisa á la criada: reunidos abajo los cuatro, salieron á la calle y los hizo tomar el rumbo de la garita de la Leña por donde tenía desde la antevíspera prevenido el coche de viaje.

A las doce del día salieron al camino y á la una en punto se presentó en la casa don Modesto con ocho soldados para hacer la aprehension del terrible cómplice de Rojas, pero el pájaro había volado.

—¿Y la hija? preguntó lleno de rabia el aficionado á corchete.

—Toda la familia se fué, contestó la vieja que se quedó cuidando la casa.

Don Modesto ordenó el cateo, pero no se encontraron ni gentes, ni cosas sospechosas. Al salir murmuró:

—Tirso les avisó; pero ya me la pagará el condenado barbero.

Por de pronto no pudo ni siquiera dirigirle una mirada rencorosa porque la barbería estaba cerrada.

Errado este primer golpe, que era el que consideraba como principal don Modesto, ya no se ocupó en seguir buscando á los demas sospechosos sino en indagar cual era el camino que llevaban los prófugos. ¿Cuál habian de llevar? El de Cocula seguramente.

Entonces fué á ver al comandante frances, fué á ver al Prefecto, fué á remover cielo y tierra para conseguir que le dieran una fuerza de caballería bien montada y un nombramiento de autoridad en Cocula, todo lo cual fué conseguido en el resto del dia, pudiendo salir á las oraciones de la noche con ciento cincuenta dragones mandados por un teniente coronel de su confianza que él mismo designó.

Tomó informes cuando estuvo en Guadalajara, y supo á poco en las primeras ventas que los fugitivos le llevaban seis horas de delantera en un carruaje bastante pesado llevado por cuatro mulas que no podrian resistir una jornada de más de ocho leguas.

—¡Son míos! exclamó don Modesto alborozado, por fuerza se quedan en la noche en alguna parte y allí los atrapo en la madrugada.

En seguida se dirigió en voz alta al teniente coronel, al lado del cual marchaba al frente de la pequeña columna, diciéndole:

—Tendremos que caminar toda la noche.

—Traigo instrucciones especiales de no maltatar la

LEYENDAS HISTORICAS.

85

caballada, de no caminar por la noche sino en casos muy precisos y de no hacer jornadas de mas de seis leguas. Ahora pernoctaremos en el primer rancho, deteniéndonos á cosa de las nueve.

—Entonces déme vd. solamente cinco hombres bien montados para adelantarme, porque de otra manera se nos escapa la importante presa que venimos persiguiendo.

El militar se defendió un poco, pero al fin, para quitárselo de encima, le prestó dos soldados. Don Modesto llevaba un mozo, de manera que fueron cuatro hombres armados los que se adelantaron á la escolta, siguiendo el camino á buen trote.

A eso de las diez de la noche don Modesto encontró un correo que se dirigia á Guadalajara llevando la noticia de que Rojas habia sido derrotado y herido gravemente. La columna imperialista compuesta de cerca de unos trescientos franceses y buen número de auxiliares continuaba al dia siguiente para Cocula en donde tal vez encontraria algun enemigo.

—¡Magnífico! ¡soberbio! exclamó el terrible Guzman, todo se presenta á medida de mis deseos. Ahora ya casi es inútil que matemos los caballos y podemos dormir un poco en cualquiera parte.

La verdad era que don Modesto no tenia costumbre de andar á caballo, que hasta allí solo la energia y el deseo de apoderarse de Aurora lo habian sostenido, pero que ya se sentia horrorosamente aporreado. Así es que ordenó se hiciera alto en el meson de Santa Cruz que estaba á un lado del camino. Habia

allí varias gentes y no quiso de pronto preguntar nada sobre la familia que iba persiguiendo para no imprimir sospechas reservándose para hablar después con el mesonero. De lo que sí se informó fué de que allí no había nada que cenar, de que solo en un tienducho que estaba cerca era donde podían encontrar algo y allá se dirigieron todos juntos luego que desensillaron y echaron de comer á los caballos.

—He reconocido la voz de don Modesto Guzman! dijo Aurora toda azorada á su familia que ocupaba un cuarto en el mismo pequeño meson, ¿qué haremos?

Y como era intrépida y de rápidas resoluciones hizo que el mozo de confianza que servía de cochero, llevara el carruaje á engancharlo á distancia y entre tanto, acompañada de su hermanito desató los caballos de sus perseguidores que estaban en el pesebre, los sacó al campo abriendo la cerca de piedra del corral y entre ambos los ahuyentaron, cerrando á gran prisa el portillo que habían abierto.

Dos horas se tardó don Modesto en volver y esas tomaron los fugitivos de ventaja para la marcha que en esta vez la emprendieron con mas precauciones.

Ya se comprenderá el berrinche que pasaria don Modesto luego que supo todo y comprendió la burla de que habia sido objeto. A la madrugada, que fué cuando pudo salir, ya no pensó sino en reunirse á la columna francesa que se dirigía á atacar á Cocula, poblacion que tenia ocupada el general Antonio Neri con unos cuatrocientos hombres.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

87

La columna de ataque al mando de Berthelin se componía de trescientos franceses y de unos seiscientos auxiliares con Tovar, Cabrera, Venegas y otros guerrilleros. El ataque fué brusco y sostenido, lo mismo que la resistencia tenaz, y ya empezaba á ceder ésta, cuando se presentaron trescientos galeanos de los de Rojas que hicieron retroceder al enemigo con pérdidas. El que se veía al frente de una guerrilla de veinte hombres bien montados era Daniel Ruiz, que se multiplicaba haciendo prodigios de valor.

Fuó un pequeño triunfo para los republicanos, pero siempre fué un triunfo, el último por aquellos días. Todavía no sonaba la hora fatal para el Ejército del Centro.

Cuando Daniel volvió lleno de polvo y de cansancio á Cocula, fué recibido en los brazos de la bella Aurora, quien le dijo de pronto:

—Los dos hemos hecho hasta lo imposible por vernos aquí y estamos juntos, ¡gracias á Dios!

Don Modesto Guzman regresó mordiéndose los puños de rabia á Guadalajara, y fuerza es agregar que llegó con las asentaderas hechas pedazos.

CAPITULO IX.



EN CAMPAÑA.

Rojas no perdió la pierna herida, según dijimos anteriormente, pero su curación aunque hecha con esmero no fué completa por dos razones: la una porque tenía horror á los médicos y no consintió en que la ciencia interviniera; la otra, porque no se estuvo en reposo el tiempo necesario, sino que se levantó y montó á caballo varias veces con motivo de alarmas falsas y verdaderas que le llegaban, cicatrizando la herida en falso, lo cual fué de terribles consecuencias para muchas personas, como después veremos.

De todas maneras, mientras estuvo enfermo pudo permanecer en Autlan y esa población siguió siendo su Cuartel General desde donde dirigía pequeñas expediciones que tenían mas bien por objeto proporcionarse recursos en las haciendas y pueblos, sin emprender ninguna campaña en forma.

LEYENDAS HISTORICAS.

89

Cuando salió la expedición francesa de Guadalajara, se le llamó repetidas veces por el Cuartel General para que se incorporara al Ejército, pero él con su perspicacia natural comprendió que allí no había cabeza que supiera dar buena dirección á las operaciones militares y prefirió seguir obrando por su cuenta, á cuyo efecto contestó al llamamiento que se le hizo, diciendo que consideraba de mas importancia quedarse á la retaguardia de las fuerzas francesas, tanto para cortar la comunicacion de aquellas con Guadalajara, como para hostilizarlas y completar su derrota, despues del primer fracaso que tuvieran en las Barrancas, de cuyo fracaso respondian las cartas con que se le llamaba.

—Tiene razon, dijeron entonces á una, tanto el gobernador de Jalisco como el general en jefe, Rojas nos servirá mejor á la retaguardia del Ejército frances.

Y entonces se limitaron á recomendarle que cumpliera fielmente con aquella mision que él mismo se imponia, la cual se consideraba de resultados eficacisimos si operaba con su viveza acostumbrada.

Entonces Rojas dió orden para que se reunieran todas las partidas que estaban bajo su mando y salió de Autlan con ochocientos hombres, infantería y caballería, siendo el mayor número de esta última arma: entre todos habria á lo mas unos doscientos de combate bien municionados.

Estando fuera ya de la poblacion dió sus órdenes para que continuara la columna su marcha para la

ROJAS.— I I.

Union de Tula, y él regresó á la poblacion con una escolta de 25 hombres mandada por Daniel. En el camino le dijo:

—Volvemos á Autlan para que almorcemos y tambien para que te despidas en forma de tu Aurora que se ha quedado llorando.

—Gracias, mi general. Efectivamente, fué tan rápida la órden de marcha, que el servicio me impidió decirla ¡Adios! y arreglar algun medio para que se ponga en salvo con su familia.

—Eso, eso tambien me propongo que arreglemos ahora y en seguida iremos á toda prisa á incorporarnos con la Brigada.

Los vecinos no vieron sin cierta inquietud aquel regreso, atreviéndose á asomar apenas las narices por las ventanas, pero sin abrir las puertas, ofreciendo la poblacion un aspecto de los mas tristes con su silencio y su soledad.

Rojas habia tenido el cuidado de dar aviso en su casa-alojamiento de que volveria á almorzar, así es que todo estaba listo á su regreso, habiendo una mesa dispuesta para él y diez ó doce de sus acompañantes, comprendidos su secretario, su jefe de Estado Mayor, el jefe de su escolta Daniel y otros oficiales. El almuerzo fué frugal, porque principalmente desde que sufría de su herida comía bastante poco nuestro héroe: en consecuencia muy pronto fué aquel despachado, sin que durante él hubiera ninguna conversacion de interes, por estar reducido lo que se decia á las operaciones de la guerra y al poco éxito

LEYENDAS HISTÓRICAS.

que se esperaba de parte de Arteaga en aquella contienda. Cuando estaban tomando el café dijo Rojas clavando los codos sobre la mesa:

—El traidor Uraga nos hizo gran perjuicio porque nos trajo la desunión y la desconfianza, pero el general Arteaga nos lo hará mucho mayor porque acabará con nuestro ejército.

—¿Cómo? exclamó el jefe de su Estado Mayor, que según antes hemos visto era el hombre de todas sus confianzas y el único tal vez que se permitía hablarle sin temor, ¿por qué te figuras eso?

—Es una opinión que yo tengo porque conozco bien á las gentes.

—Pues yo, dijo el secretario, creo que si nuestro Ejército es derrotado, se debe á Uraga que lo desorganizó.

Rojas lanzó una carcajada y se apresuró á replicar:

—¡Buena! ¿y si Arteaga tuviera tamaños no lo habría vuelto á organizar en cuatro meses que ha tenido á su disposición para hacer primores?

—Tal vez no ha tenido recursos, tal vez no le han ayudado los otros..... se aventuró á decir otro de los circunstantes.

—No me digan ustedes eso, cuando todos sabemos como se improvisa en la guerra todo lo que uno quiere teniendo voluntad; pero no es esa la principal nulidad que yo veo en Arteaga, sino otras muchas. En primer lugar está muy gordo y un hombre que pesa tantas arrobas tiene tan pesada la cabeza para discurrir como el cuerpo para moverse, de modo que por eso se ha quedado allí hecho una peña. Ura-

ga no se movió porque meditaba su traición; éste no se ha movido tampoco porque no lo ha dejado la grasa. No me digan ustedes que un hombre gordo está bueno para pelear y mucho menos para mandar en jefe porque su valentía, si la tiene, ha de ser destruida por la flojera. Además de ese inconveniente que es el principal, Arteaga no tiene malicia, no conoce el terreno, no ha visto en campaña á sus subalternos para emplearlos según convenga, ni sabe como se trata á las gentes de Jalisco que no saben humillarse jamás. ¡Es lástima que el señor Juárez no esté por acá con nosotros para no dejar perder ese ejército que sería su principal apoyo!

Rojas tenía gran veneración á Juárez, aunque ya lo había visto de cerca y conocía algunos de sus grandes defectos.

Después de la comida durmió el general un rato de siesta durante la cual no se apartó Daniel de su lado y al despertarse dijo á este:

—Ahora vamos á despedirnos de Aurora.

Se encaminaron los dos á pié, seguidos de sus asistentes que llevaban estirando sus caballos, á las afueras de la población casi en donde ocupaba una humilde casita la familia de D. Emeterio Ayala, la cual salió toda reunida á la puerta cuando fueron anunciadas las visitas por los ladridos de los perros.

—Aunque sabíamos que se habían ido en esta mañana, el corazón me anunciaba que habían de volver, dijo Aurora alborozada, tendiendo una mano al general y otra á su Daniel.

Rojas saludó bruscamente y entró á la salita se-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

93

guido de D. Emeterio, mientras que los demás se quedaron en el corredor.

—¿Qué piensan vdes. hacer ahora que nos vamos lejos? preguntó Daniel á su novia.

—Tenemos caballos listos para irnos de aquí á cualquiera parte en caso de que no sean franceses los que vengan primero á la poblacion.

—Eso me tenia muy inquieto, murmuró Daniel, porque ahora vamos á alejarnos tanto que de seguro no podremos protegerlos. El general ha sido tan bueno, que solamente por arreglar este punto y por darme la oportunidad de que nos viésemos por última vez, contra su costumbre se ha separado de la Brigada y hemos vuelto á almorzar aquí.

—Yo se lo agradezco mucho, mucho, ahora se lo diré, y tú se lo repetirás siempre.

—Bueno, vamos entrando para que sepamos lo que opina.

Cuando entraron ya Rojas había dado sus instrucciones á D. Emeterio.

Era seguro que en la poblacion habia espías y de seguro tenian enemigos que se apresurarían á denunciarlos como que llevaban con ellos estrecha amistad y de seguro que los perseguirian, principalmente si eran traidores los que llegaban á Autlan, de manera que lo que le parecia mas conveniente era que salieran aquella misma noche ó cuando mas tarde en la madrugada siguiente para Tapalpa en donde estarían mas al abrigo de las persecuciones de los imperialis-

queña población y aun cuando llegaran tenían facilidad de refugiarse pronto en las selvas inmediatas. Además, aunque Rojas iba á entrar en combate con su brigada, no tenía intenciones de exponerla á un desastre, sino que haría todo lo posible por conservarla siempre. La lanzaría á la refriega cuando hubiera grandes seguridades de alcanzar un triunfo, pero esquivaría aquella aunque veinte generales en jefe le mandaran lo contrario cuando tuviera en contra las menores probabilidades y en todo caso, no saldría de aquellos contornos en donde se proponía seguir merodeando, cualquiera que fuera el número de enemigos que pretendieran combatirlo, pues conocía el terreno, á todos sabría burlarlos y se sostendría cayendo y levantando, mientras se aclaraba si el país todo optaba al final de la lucha por la República ó por el imperio. Él creía que la primera tenía muchos y buenos defensores, pero también sabía que la Francia, la Bélgica y el Austria que favorecían á Maximiliano eran naciones muy grandes que á la larga á fuerza habían de acabar con los mexicanos, con cuyo nombre no llamaba á los traidores.

Después de explicado así su juicio sobre la situación, dijo:

—Ahora tenemos que salir cuanto antes á incorporarnos con la tropa; si dentro de algunos meses nos sopla buen viento y entramos á Guadalajara, yo mismo seré padrino de estos muchachos en su casamiento y haremos una boda en grande.

Aurora se ruborizó, Daniel hizo un movimiento en signo de aprobación y D. Emeterio contestó:

LEYENDAS HISTÓRICAS.

95

—El general es el que ha de disponer lo que guste cuando le parezca.

—Vamos, Daniel, abraza á tu novia, y en marcha.

Daniel no se hizo repetir la orden, atrajo hacia sí á Aurora, y la estrechó fuertemente contra su corazón mientras ella derramaba lágrimas.

—¡Adiós!

—¡Adiós Daniel! Toma este rosario que te salvará de todos los peligros. Ya no te volverán á herir si cuando entres al combate lo llevas contigo y lo besas con toda devoción.

Rojas se sonrió con sorna, porque no creía ni en Dios ni en el diablo.

—Adiós, D. Emeterio.

Daniel estrechó la mano á sus futuros suegros, á su futuro cuñadito, dió otro apretón de manos á Aurora y partió detrás de Rojas que ya iba sonando las espuelas por el zaguán. Es fuerza agregar que desde luego besó el rosario de su Aurora con superstición y se lo colocó respetuosamente en el cuello.

Ya en la calle cogieron los caballos de manos de sus asistentes, montaron y partieron al galope entre una nube de polvo.

Aurora desde la puerta les dijo el último adiós con el pañuelo al tiempo que al dar vuelta por la esquina volvieron la cabeza los guerrilleros, despidiéndose con los sombreros jaranos.

—¡Pobrecitos! murmuró llorando la joven á pesar de su gran fortaleza, Dios sabe la suerte que les co-

rrerá en esta guerra que es tan diferente de todas las otras.

La población estaba sombría, desierta, hasta las puertas de las tiendas permanecían cerradas; de las autoridades liberales unas se habían ido con las fuerzas de Rojas y otras habían huido para distintos rumbos, lo mismo que las gentes acomodadas con sus familias, pues que todos estaban seguros de que ya fuera Berthelin, ya fuera Tovar ó cualquiera otro guerrillero el que entrara á Autlan, tendría que arrasarlo considerándolo como la guarida de los cabecillas que acababan de abandonarlo, para no volver mas, probablemente, según iban indicando los acontecimientos.

Aquella misma noche salió D. Emeterio con su familia para un rancho inmediato en donde se encontraban otros comprometidos que también estaban con el ojo alerta.

Cuando Rojas y Daniel llegaron á incorporarse con los suyos ya estos habían formado su campamento al borde de un arroyo y abrigados por unos árboles: desde la loma inmediata se dominaban todos los alrededores que eran llanuras, de modo que no era fácil que pudieran sufrir allí una sorpresa.

Rojas dió una vuelta á caballo reconociendo el campo y quedó satisfecho de la situación.

—Aunque no hay noticia de que venga nadie, dijo al jefe de su Estado Mayor, los franceses son amigos de los albazos, y es fuerza estar siempre prevenidos. ¿Hay avanzadas por todos los caminos?

—Sí, mi general.

LEYENDAS HISTÓRICAS



—Los dos hemos hecho hasta lo imposible por vernos
¡y estamos juntos, ¡gracias á Dios!

LEYENDAS HISTÓRICAS.

97

—¿Se han mandado exploradores á los puntos que designé?

—Sí, mi general.

—Pues que sólo desencille la mitad de la fuerza y puede permitirse por la última vez que se hagan lumbradas para asar la carne. Ahora que descansen bien los que no estén de servicio porque desde mañana estaremos ya entre el enemigo.



CAPÍTULO X.

EL DESASTRE.

Uraga habia contado con que podria pasarse al enemigo con un ejército, y tal vez así lo habia ofrecido por medio de sus emisarios, contando con el prestigio que creia ejercer entre los suyos, ó figurándose que todavia corrian los tiempos en que los militares faltos de convicciones cambiaban con facilidad de bandera; pero casi todos los gefes que lo rodeaban eran incapaces de someterse al yugo extranjero, ni de traicionar á su patria, y apenas pudo arrastrar consigo á su secretario Don Emilio Rey, á los dos Gomez Farias, Don Fermin y don Benito, y á una docena de subalternos, yéndose violentamente y con grandes temores de ser alcanzado, por el camino de Zapotiltic á salir á Zamora, cerca de cuya poblacion conferenció con Don Leonardo Márquez, que fué el primero que salió á recibirlo, como un funesto presagio del mal paso que habia dado manchando su gloriosa carrera militar.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

99

Esta huida de Uraga produjo naturalmente en todo el Ejército una impresión deplorable, porque cada uno de los jefes que se quedaron creía ver en los demás un cómplice de la traición y todos andaban allí como sobre áscuas ardiendo; pero más se empeoró esta situación cuando aquel desde Leon escribió cartas apremiantísimas á todos sus compañeros para que se pasaran al imperio ponderándoles las distinciones con que había sido recibido. "Antes, decía, cuando andaba con tropas desorganizadas y con bandidos por auxiliares, todo el mundo me cerraba sus puertas, y hoy que vengo solo se me recibe con flores."

Entonces la desconfianza fué general. Escribió cartas á los generales Salazar, Neri, Ortiz, Ornelas, Garcia, á todos, menos á Herrera y Cairo y á Arteaga, y en todas las cartas se refería á la que había escrito á Echegaray, mas extensa, diciéndoles que la leyeran y que se dejaran aconsejar de ese jefe que había sido conservador y que por lo mismo era el mas llamado á ocupar un puesto entre los suyos. Por fortuna Echegaray había tenido ya la abnegación de ceder el mando al general Arteaga, y seguía procurando con su comportamiento, digno y recto, alejar de sí hasta la mas insignificante sospecha. Despues siempre llegó á servir al imperio, pero fué cuando perdió en la campaña hasta el último de sus soldados.

Otra circunstancia agravó la situación: el gobernador de Colima que mandaba casi dos mil hombres y que disponia de un Estado, negó que hubiera recibido la carta de Uraga cuando todo el mundo sabía

que sí la había recibido y que en ella le recordaba sus compromisos diciéndole que sí lo había hecho, general era bajo la condición de que había de seguirle.

Si los jefes principales se miraban todos con recelo, con temor, con duda, ¿cómo andarían los oficiales y los soldados? La defección de Uraga, pues, de que tan poco provecho personal pudo sacar, y principalmente sus cartas á los jefes, invitándolos á seguirlo, equivalieron á una derrota en aquel cuerpo de Ejército tan desmoralizado. Solo habiéndolo visto, como lo vió el autor de este trabajo, pudiera hoy tenerse idea de las tristísimas condiciones en que se encontraba y de lo poco que había que esperar de él para que hiciera algo de provecho.

Para mayor desdicha se encomendó su dirección al general Don José María Arteaga que era muy patriota y muy valiente, pero que carecía por completo de buenas dotes militares, siendo su capacidad limitada, su carácter iracundo y su obesidad misma obstáculos insuperables para que pudiera sacar el menor partido de la difícilísima situación en que se había colocado.

La misma inacción en que se mantuvo el Ejército durante seis meses que lo mandó Uraga, que solo estuvo haciendo tiempo, para poder consumir su defección con alguna ventaja, la misma siguió en los meses desde mediados de Junio hasta principios de Octubre en que no se dió el menor paso que fuera provechoso para la causa de la República. Las guerrillas cada vez mas desordenadas, inquietaban muy

LEYENDAS HISTÓRICAS.

105

poco al enemigo posesionado ya de Guadalajara y de las poblaciones principales, y de lo que más se ocupaban era del pillaje ejercido en una escala vergonzosa, pareciendo que la principal misión que tenían encomendada era destruir la propiedad. Los cuerpos de línea ocupaban C. Guzman, Sayula y otros pueblos hasta Colima, de los cuales vivían muy miserablemente porque los propietarios ya no tenían que darles. Uruga había agotado los recursos y Arteaga con muchos esfuerzos barría con las migajas.

Inmediatamente después de la defección de Uruga y seguramente para aprovecharse las circunstancias de confusión en que se sospechaba que habían quedado las tropas republicanas, se organizó una expedición de tres mil hombres, mandados por el general Douay, el cual anduvo hasta unas quince leguas fuera de Guadalajara; pero supo que Arteaga había movido á su vez la cuarta División para hacerle frente, vió el jefe francés que no llevaba suficientes municiones por falta de mulas de carga y regresó otra vez á la ciudad sufriendo la tenaz persecución de Simón Gutierrez y otros guerrilleros.

Después de esta salida fué cuando empezaron á organizarse contraguerrillas y cuando Rojas y Neri fueron atacados, quedando, según hemos dicho, herido gravemente el primero de una pierna.

Rojas se retiró con la mayor parte de su brigada á la población de Autlan, casi metida en la sierra y cercana á la costa, de modo que no podía ser allí atacado mientras no fuera destruido el Ejército, y dejó

sóloamente á sus escuadrones de caballería directamente mandados por sus subalternos de confianza con órdenes de ayudar á Neri ó á cualquiera otro jefe republicano, pero manteniéndose siempre libres para que se le incorporaran luego que fuera necesario. De esta manera fué como con tanta oportunidad se presentaron en Cocola causando un descalabro al enemigo.

Después de esta función de armas, el comandante Daniel Ruiz solo permaneció en la población tres días, y como la Brigada de Neri había recibido órdenes de reconcentrarse en Sayula, porque se sabía que los franceses estaban organizando una expedición en forma y como por otra parte Daniel tenía una deuda de gratitud con Rojas al cual debía ir á cuidar en su enfermedad como él había sido atendido por aquel jefe, dijo á la bella Aurora después de ponerla al corriente de lo sucedido:

—Como comprenderás, yo debo volar á donde está el general Rojas para vigilar su curación.

—Sí, debes pagarle esa deuda, Daniel, le contestó la jóven, pero prométeme separarte de su lado en seguida.

—Sin embargo, Rojas es amigo de tu padre. ¿por qué no lo quieres?

—También lo puede ser tuyo, pero desde lejos. No me gusta que andes con ese hombre porque estimo en mucho tu reputación.

—Si lo conocieras bien, si lo trataras..... es todo

LEYENDAS HISTÓRICAS.

103

un patriota y no es tan vulgar como se lo suponen las gentes.

—Lo he tratado y por eso lo conozco desgraciadamente.

—¿Cómo? ¿que es lo que dices?

—Que no sin ningún interés ha tomado á mi padre bajo su protección. Es cierto que no permite á los suyos que toquen nuestras tierras y nuestros animales, que le ha proporcionado mercancías para que se las venda en Guadalajara ganando en ellas, pero ya nos ha indicado y con mucha desenvoltura, que tiene que pedir un precio á sus favores.

—¿Qué confianza me haces! y esta cuando lo principal que iba á pedirles á tí y á tu padre era que se vinieran con nosotros á Autlan, porque esta plaza va pronto á ser ocupada por los franceses.

—Y por don Modesto Guzman que vendrá aquí de autoridad política, ¿no lo crees así?

—¿Pues qué haremos, Aurora?

—Mientras tenga á mi lado á ustedes, mientras esté yo entre tu y mi padre, no le temo á Rojas ni á nadie.

—Bueno, despues arreglaremos todo eso: yo solo dije á Rojas que venia mi novia á Cocula, sin decirle tu nombre, y me ofreció quererte y respetarte. Entre esta fiera y aquella serpiente que se arrastra para morder, prefiero luchar con la fiera que acomete á la luz del dia.

—Entonces nos iremos para Autlan, suceda lo que suceda.

—No sucederá nada, Aurora; creo que ese hombre me ha cobrado grandísimo afecto, no sé por qué motivo y confío en que será bueno con nosotros.

Acordaron el plan del viaje y lo demás que debía de hacerse en materia de precauciones y se separaron para marchar al día siguiente, reunidos.

Para no volver después á retroceder en los sucesos una vez que tenemos que seguir refiriendo los que corresponden al Ejército del Centro, diremos que nuestros jóvenes, una vez en Autlan se las arreglaron de modo que entre los dos atendieron al herido hasta lograr ponerlo en pié y salvarle la pierna de ser amputada, lo cual aquel les agradeció tanto que lloraba de ternura con ellos, jurando no sólo que respetaría en lo de adelante á la bella y bondadosa Aurora, sino que la protegería y defendería contra todo el mundo, de modo que ya fueron dos en lugar de uno sus cariños filiales! Ya hemos visto en el capítulo anterior como cumplió lealmente sus promesas.

En el mes de Octubre, después de que Maximiliano no sólo había tomado posesión de la corona imperial, apoyado en las actas de adhesión levantadas bajo la presión de las armas, sino que aún había hecho un viaje al interior llegando hasta la hacienda de Buenavista de la propiedad de don Francisco Velarde [a] *Burro de Oro*, se dispuso que se hiciera la cam-

LEYENDAS HISTÓRICAS,

1951

pañá del Sur de Jalisco, saliendo al efecto cinco mil franceses de Guadalajara al mando de Obuay, y tres mil auxiliares de Morelia al mando de Márquez, haciendo replegarse al Ejército mexicano á las barrancas de Beltran, camino de Colima, adonde con grandes trabajos se habia transportado la artillería con anticipación. Arteaga estableció su Cuartel General en la Hacienda de San Marcos.

Rojas, Simon Gutierrez, Rochin y otros guerrilleros, se quedaron con mas de mil quinientos hombres en partidas por su cuenta, á retaguardia de los franceses; pero no pudieron hacer á estos el menor daño, porque les destacaron á las contraguerrillas para entretenerlos con diarias escaramuzas, causando entre unos y otros la ruina de los pueblos y haciendas.

El general Neri defendió con quinientos hombres y durante tres dias el paso de Atenquique, replegándose á Beltran, luego que se sintió flanqueado por el enemigo que habia encontrado otros á largas distancias completamente espeditos.

La barranca de Beltran la encontraron los franceses inexpugnable: el punto principal estaba defendido por treinta piezas que les hacían un fuego mortífero y todo el bordé de la barranca en una gran extension estaba fortificado de tal modo que para ocupar á viva fuerza cualquiera posicion, necesitaban perder la mitad de su gente. Emprendieron no obstante algunos ataques y en todos fueron facilmente rechazados. Arteaga todas las mañanas luego que empezaba el cañoneo montaba en una mula de grande alzada, que era

la única que podía resistir su peso de doce arrobas, y volvía por la tarde fatigadísimo después de haberse encontrado en los puntos de mayor peligro. Era un león para pelear, pero era á la vez un niño para dictar disposiciones militares, así es que nunca supo aprovechar las ventajas que le proporcionaron las peripecias del combate. Tampoco se ocupó en vigilar los movimientos de Márquez que por traición ó por astucia logró pasar por los Pericos con toda su División.

Arteaga entonces en vez de batirlo en detall para lo cual le sobraban elementos, se aturdió con la noticia y ordenó la retirada tomando en desorden el camino, que no era camino, sino terreno escabroso de las faldas del volcán de Colima y fué alcanzado por el grueso del enemigo ya reunido en el punto llamado la Albarrada. La mayor parte de sus piezas las tomó ya el enemigo adquiriéndolas sin combatir. Sobre la marcha ordenó que se ocuparan las posiciones que le parecieron mas ventajosas y presentó una batalla campal para la cual no tenía elementos, dejando inactivas muchas fuerzas diseminadas, y entre otras, mil hombres que se hallaban en Colima.

Sucedió lo que tenía que suceder después de aquella torpe retirada: en media hora sufrió la derrota mas completa acabando allí casi el infortunado Ejército del Centro, pues que no quedaron de él mas que grupos que con grandes esfuerzos fueron organizando los jefes mas entendidos en medio de la dispersion.

CAPITULO XI

FATALIDADES.

Para los generales franceses que mandaban la expedición del Sur de Jalisco, tanto el paso de las inexugnables barrancas cercanas á Colima, como la captura de las 30 piezas de artillería del enemigo, como la fácil dispersion del poderoso Ejército del Centro, fué no de los triunfos mas inesperados y considerado como una de las mas grandes empresas consumadas en quella época, por cuyo motivo la noticia se solemnizó en Guadalajara con extraordinario estrépito, produciendo tambien en la corte del Emperador uno de los mas espontáneos regocijos, pues que destruida la fuerza principal que habia en todo el pais perteneciente á los republicanos, se consideró que la pacificación completa era ya solo cuestión de unos cuantos pascos militares.

Las grandes torpezas cometidas por aquellos produjeron de pronto un bien, pues que las fuerzas disemi-

nadas que había en los diferentes pasos de las barrancas, así como otras que no habían entrado en combate pertenecientes al mismo Ejército, componían un total de más de dos mil hombres que sirvieron á los generales Arteaga y Echegaray como de una fuerte escolta para tomar el camino de Autlan, buscando el apoyo de la Brigada de Rojas que estaba todavía intacta, lo mismo que el de las partidas de Guadarrama, Ortiz, Topete, Gutierrez y otros, con las que podían reunirse unos cuatro mil hombres, fuera de los mil de muy buena tropa que tenía á sus órdenes el gobernador de Colima general Julio García.

Para este jefe sí fué una verdadera sorpresa saber que Márquez con dos mil quinientos auxiliares había llegado ya á una jornada de Colima, pues sabiendo que estaban cubiertos todos los pasos de las barrancas, en cada uno de los cuales con cien hombres había para contener á un Ejército, no pudo menos que exclamar:

—¡Nos han traicionado! Márquez no ha podido pasar sino favorecido por una traición!

Mandó formar sus tropas en la plaza á las órdenes del general Merino, las cuales apenas llegaron al número de setecientos hombres, pues las otras que pertenecían á la Brigada y estaban cubriendo también los pasos de las barrancas, no habían podido incorporarse; y después de dictar las disposiciones que le parecieron oportunas para que la ciudad quedara bajo un buen pie de orden, salió en la tarde del 30 de Octubre, yendo á pernoctar á tres leguas con rumbo á la costa suroeste.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

109

Al día siguiente la retaguardia de aquella fuerza republicana fué atacada por una caballería de Márquez que se había avanzado, muriendo en la refriega el coronel Calvillo y perdiéndose todos los equipajes correspondientes á cincuenta políticos de los que estaban refugiados en Colima, que habían preferido salir con la brigada espuestos á los peligros de los combates y á las necesidades de la campaña, á tener que entenderse con Márquez, á quien llamaban en uno y en otro bando la *Pantera*.

A los tres días entró en la ciudad el Ejército francés al mando del general Douay, y despues de un corto descanso, que aprovechó en recibir ovaciones y medio organizar la administracion pública en sentido imperialista, salió en persecucion de un enemigo que consideraba aun fuerte en caso de que consiguiera reunir sus elementos para dar un golpe á Guadalajara que estaba desmantelada, pues solo tenía de guarnicion unos quinientos hombres al mando de Neigre.

Y efectivamente, otro gefe mas perspicaz, mas diligente, mas popular y mas entendido que Arteaga, aun despues de los fracasos que acababa de sufrir perdiendo su artilleria y ocho mil hombres, en su mayor parte dispersos, hubiera podido concentrar en un punto dado todas las fuerzas que andaban diseminadas y con esos cuatro ó cinco mil hombres ocupar á Guadalajara que no le habria opuesto resistencia, como se puede juzgar por la gran alarma que hubo allí cuando se supo que á muy pocas leguas había sido sorprendido por un grueso cuerpo de republicanos un destacamento de ochenta franceses, cayendo to-

dos prisioneros, alarma que llegó a determinar la resolución de evacuar la ciudad. Pero las cosas siguieron de mal en peor, según la regla de que lo que mal comienza mal acaba, hasta el desenlace trágico que muy pronto tendremos que mencionar.

Reanudando nuestro relato anterior y á fin de hacer mas clara la situación que ofrecía en tales momentos la guerra por aquellos rumbos, diremos que por su parte Rojas sin ánimo de entrar resueltamente en combate y reservándose para ocasión mas propicia, habia continuado sus marchas con lentitud, tanto porque temia ser envuelto por diversas secciones del enemigo que al parecer sin plan determinado, pero en realidad con el ánimo de darle un golpe, se movían desde Tepic hasta Guadalajara y desde esta ciudad hasta las barrancas, como porque estaba cierto de que que no se le dejaría aproximarse al campo de las operaciones sin hacerle sufrir un combate sério y porque estaba cierto también de que no sería Arteaga con su ejército desmoralizado el que atajaría el torrente, el caso fué que luego que se vió algo retirado de sus madrigueras, empezó á hacer movimientos rápidos, desandando frecuentemente el camino que habia andado, para desorientar al enemigo que á todo trance quería sacarlo de sus terrenos para rodearlo y destruirlo, pasándose varios días en escaramuzas, hasta que por fin le llegó la noticia de que los franceses habian pasado las barrancas arrollando al Ejército de Arteaga.

—¡Qué brutos! exclamó, como se los dejaron meter cuando con la mitad de la gente que tenían habia para cubrir bien todos los pasos.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

■ ■ ■

—Señor, le dijo el disperso, porque un disperso de las tropas de Jalisco que regresaba á sus hogares, era el que le daba la noticia, allí en Beltrán se dijo mucho que una tropa de Colima era la que habia entregado el punto de los Naranjos.

—Puede ser, porque estamos rodeados de traidores, pero de todos modos es una vergüenza que cinco mil hombres escasos hayan acabado con catorce mil.

—Todavía quedaron muchos cuerpos sin pelear, mi general, dijo el disperso.

—Pero á estas horas ya habrán peleado, si han podido, ó se habrán disuelto. Lo que siento, agregó dirigiéndose á sus gentes, es que ahora se nos van á echar todos encima.

—¿Qué seria lo mejor ahora, le preguntó al jefe de su Estado Mayor, retirarnos ó avanzar?

—Vámonos á nuestros puntos y despues veremos.

Y de allí se volvieron para Autlan que todavía no habia llegado á ser ocupado por ninguna fuerza enemiga.

Al dia siguiente de estar Rojas en Autlan, comenzaron á llegar pelotones de soldados del ex-Ejército de Arteaga, llevando desde la punta de los cabellos hasta las plantas de los piés las señales de la derrota.

Parecia que al darse el grito de "¡sálvese quien pueda!" se habia dado tambien el de "la reunion ha de ser en Autlan," segun fueron llegando oficiales sueltos, soldados de á pié y de á caballo, grupos de mujeres que habian perdido á sus maridos, mulas cargadas de parque y uno que otro jefe de categoría seguido de dos ó tres oficiales de su Estado Mayor.

Y siguieron llegando hombres despedazados y hambrientos, y algunos de los que antes habían sido llamados valientes, en tal estado de desmoralización, que todavía al penetrar á las calles de Aulán, volvían la cabeza azorados como si les viniera picando la retaguardia el enemigo.

La procesión aquella de restos bastante maltratados de uno que había sido florido ejército, comenzó á las cuatro de la mañana, formando un hilé de personas abatidas por el cansancio y el hambre, hasta las seis de la tarde en que al fin llegó el pesado Arteaga que parecía haber engordado más con la fatiga, en su gran mula jadeante que ya no podía con él, entrando en seguida unos cuatro cuerpos de infantería al mando de Ornelas y Rioseco, que fueron los dos generales que con mas serenidad habían podido organizar algo que se pareciera á una retirada al frente del enemigo; esto es, de un enemigo que apenas se había visto y que mas bien parecía fantástico.

A las nueve de la noche llegó Echegaray con la extrema retaguardia compuesta de unos quinientos hombres de caballería é infantería que eran los que parecían venir con mejor disciplina, como fuerza escogida para batirse, en el caso de que fuera preciso, en retirada.

A Rojas, que era el dueño de la población, le correspondió hacer los honores de la casa, y aunque de mal modo, recibió en su propio alojamiento al general en jefe y á sus ayudantes; dando órdenes á sus gentes para que acomodaran á los demas en la población como pudieran.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

113

—¡Uf! exclamó Arteaga después que se hubo apeado de la mula, siendo llevádo casi en peso por sus ordenanzas á la pieza principal, en donde se dejó caer en un sofá antiguo que crujió y estuvo á punto de hacerse pedazos bajo la presión de aquellas doce arrobas de grasa, no es posible que los hombres leales puedan hacer nada rodeados siempre por los traidores, por los canallas.

—Entonces ha sido lo que yo me figuraba, contestó Rojas, hubo traición.

—Indudablemente que la hubo. Todos los pasos estaban cubiertos y sin que hubiera combate de ninguna clase, se nos apareció el enemigo por la retaguardia. ¿Pasó por los Naranjos, por el Perico ó por el Aguila? Eso ya lo averiguaré, y si resulta cierto lo que sospecho, juro por Dios vivo que fusilaré á todos los traidores.

Siguió la conversación. Rojas le arguyó que habiendo sólo pasado una parte del ejército francés, en vez de rodar las piezas á la barranca, habría sido mejor salirle al frente y librarle una batalla ventajosa; á lo que contestó Arteaga que era casi todo el ejército el que había pasado, pues que frente á las barrancas no se habían quedado más que unas escoltas con algunas baterías entreteniéndole y que los suyos se desmoralizaron de tal suerte con el movimiento, que ellos mismos arrojaron las piezas y empezaron á destruir el armamento sin poder contenerlos, por todo lo cual el ejérci-

to republicano se convirtió desde aquel momento en una parvada de codornices.

La conversación terminó, porque el general en jefe estaba muy cansado, se quedó á poco dormido en su mismo asiento y empezó á roncar. Rojas se quedó mirándole de un modo tan particular que claramente decía para sus adentros: ¡y que se haya dado el mando de un ejército á esa masa de carne humana!

Habia, pues, en aquellos momentos en Autlan cerca de cuatro mil hombres, de los cuales cuando menos dos mil quinientos eran de combate. Entre los de Simon Gutiérrez y demás jefecillos que guarnecian diferentes pueblos del Estado, se podian completar otros mil hombres y el general Julio García habia sacado de Colima 700 de muy buena tropa. Todavía era fácil que, queriendo, se hubiera logrado reunir mas de quinientos dispersos, que recorrian en grandes grupos los campos sin saber á donde dirigirse, de modo que empleando la diligencia y energía que se necesitaban, se podian organizar rápidamente, cuando menos cinco mil hombres, que mandados por buenos jefes, podian aun recuperar algo del terreno perdido. Pero no se pensó en eso como luego veremos.

Douay entró á Colima el dia 5 de Noviembre, estuvo allí cuatro dias festejándose y salió el 10 dejando á Márquez y á Oronoz al cuidado de la plaza y el de perseguir á Julio García con 1,500 hombres. En el camino recibió el jefe francés los informes que necesitaba sobre los movimientos y concentración hecha en

LEYENDAS HISTÓRICAS.

115

Autlán de tropas del enemigo y dividió su ejército de tres mil hombres en tres columnas, que aunque marchando á grandes distancias, habian de observarse no sólo para protegerse mutuamente, sino para auxiliar á Guadalajara ó Morelia, según la dirección que tomaran los restos de Ejército del Centro.

En Colima, cumpliéndose las órdenes que recibió Márquez, salió personalmente á perseguir á Julio García. Este lo cansó veinte días en la costa acabándole su gente á fuerza de escaramuzas. Entonces Márquez entró á la vía diplomática y propuso á García que se pasara al imperio. Este le contestó mandándole unos pliegos interceptados en que se trataba del destierro que iba á sufrir el mismo Márquez para Constantinopla. El tigre aquel lloró de rabia, viendo con sus propios ojos la perfidia de que iba á ser objeto.

Entre tanto, el general Arteaga que habia dormido seis horas de un tirón tendido en un sofá, se despertó sobresaltado y dió sus órdenes. Era la media noche, hora en que celebraron los generales republicanos una junta de guerra en Autlán, en el alojamiento del general en jefe: no pensaron en dar descanso á la tropa, no pensaron en organizarse, no pensaron en el medio de recobrar la moral dando un golpe á cualquiera de las columnas enemigas que debian presumir iba á destacárseles, sino que dando por sentado que tenian un ejército encima que les venia pisando los talones, se resolvieron por el

plan más descabellado, por el de abandonar á Jalisco y huír para Michoacan, en donde el terreno les era á los jefes principales más familiar para hacer la guerra de guerrillas, sin darse por entendidos de que en la travesía perderían lo que les quedaba.

Así fué como en la madrugada se pusieron en marcha escoltados por Rojas, alegre de que se fueran, pues quería mejor estar solo que mal acompañado; así fué, como en Guadalupe se alarmaron creyendo que iba á ser atacada la ciudad, lo cual podrían haber hecho impunemente aunque no tuvieran otro resultado que la noticia que se diera sobre el suceso; así fué como hicieron prisionero un destacamento de 80 franceses que se encontraron por el camino y así fué como por fin fueron alcanzados por la columna del coronel Clinchant en Jiquilpan, en donde exhaustos de hambre y de cansancio sufrieron la más completa derrota, pereciendo los valientes generales Riosco y Ornelas el 22 de Noviembre, habiendo hecho perseguidores y perseguidos jornadas increíbles.

6. Rojas se volvió á tiempo á sus madrigueras y tuvo que pasar por entre las columnas francesas haciendo maniobras dignas de un general de primer orden.

CAPITULO XII.

GUADALAJARA.

¿Por qué se veía cerrada la barbería de la calle de la Merced, en Guadalajara por aquellos días, en que las campanas se venían abajo á cada momento á puros repiques; en que había bailes, serenatas, banquetes y toda clase de regocijos públicos por las continuadas derrotas que sufrían los republicanos y cuando tanto coloradeaban en las calles los pantalones de los zuavos? Era porque el alegre barberillo estaba preso en la Penitenciaría en virtud de haber sido denunciado por Don Modesto Guzman como cómplice de los *rojeños* y de la *simona*.

Pero el alegre barberillo de la calle de la Merced no había perdido su buen humor: á tira y más tira, logró conseguir un permiso para que le dejaran entrar una guitarra y en medio de los ochocientos presos que estaban acumulados en la oscura galería común,

en donde aquellos desgraciados eran tratados peor que si fueran cerdos, se ponía á cantar en el centro de todos y acompañado de su alegre instrumento la canción que él compuso y que decía en un metro, como se ve, de los mas endiablados:

Ya no recorro los bosques,
No tengo lanza y caballo,
Y en la cárcel donde me hallo
Solo se oye mi triste cantar;
Pero si tu recordares
De nuestra historia aquel sueño,
Sabe que aquí está tu dueño
Consignado á la Corte Marcial.

El aspecto de la ciudad de Guadalajara habia cambiado completamente. Mientras que á la llegada de Bazaíne no se habian encontrado mas que treinta y un imperialistas, que fueron los que acudieron cuando se estuvo citando á doscientos cincuenta notables, hoy ya parecia que toda la poblacion era no solo imperialista, sino intervencionista. El baron de Neigre, tanto por su título como por sus demás prendas, era disputado en las principales casas aristocráticas, y en las casas de menos pelo eran recibidos con gusto y hasta con entusiasmo los capitanes, los tenientes y los sargentos franceses. Contar con un sargento como contertuliano en una casa decente, era disfrutar de un honor que envidiaban los vecinos y vecinas.

Aquel fué el momento de las grandes conquistas

LEYENDAS HISTÓRICAS.

119

para los oficiales franceses, cualquiera que fuera su edad ó su figura, pues que las bellas damas y con mas entusiasmo las cotorronas, se los disputaban á todos, y así fué como dejaron tan mezclada la raza no sólo allí sino en varios lugares, viniendo á arrancar hasta en nuestros días inspiraciones aduladoras en calá 14 de Julio.

Se comprenden muy bien las causas del retraimiento primero y luego de la expansion. Mientras estuvo en pié el poderoso Ejército del Centro, mientras no se sabía de cierto lo que conseguirian los Gómez Farias y Caserta con Uruga, mientras fueron oidos los tiroteos de las guerrillas en las garitas, ¡quien sabe si de un momento á otro podia cambiar de aspecto la situacion! quien sabe si los imperialistas serian derrotados! quien sabe si Arteaga se presentaria á atacar la plaza sobrándole los elementos para hacerlo! pero tan luego como desapareció aquel fantasma, tan luego como se supo que no quedaban en el Sur mas que guerrillas insignificantes, y que desde Guadalajara hasta San Blas y hasta el Manzanillo, todo pertenecia á los franceses, ¿qué miedo habia? Ya se podia sacar la cara impunemente. Sobre todo cuando vieron la proclama previniendo que todos los que quedaban con las armas en la mano fueran sumariamente juzgados por las Cortes Marciales como bandidos, y cuando se vió el decreto en que se ponía fuera de la ley á Rojas y á Simon Gutierrez ofreciéndose un precio por sus cabezas, se exhumaron todas las momias y salieron á luz los antiguos y los nuevos conservadores, declarando que estaban dispuestos á sacrificarse

por la monarquía. Entonces fué cuando llovieron abogados llenos de polvo, es decir, ya muy empolvados, dispuestos á servir los empleos de la curia; cuando los acaudalados manifestaron que tenían lista la bolsa para sostener al nuevo gobierno, y cuando los liberales moderados, que fueron los mas sagaces para apoderarse de la situación, dijeron á una voz: ¡Hasta que se hizo otra vez la nuestra!

Desde entonces los negocios se animaron, los tribunales se vieron mas concurridos, el comercio adquirió nueva vida, las retretas en la plaza de armas, principalmente cuando tocaba la música francesa, aparecían brillantes y los oficiales que formaban la Corte Marcial pudieron despachar una multitud de infelices muy tranquilamente para la eternidad. Ya nada le tenia miedo de nada: el Imperio estaba consolidado.

—¡La campana del correo!

Había en la Catedral una campanita de timbre penetrante que se oía á muy grandes distancias, especialmente de noche, cuyo sonido era muy familiar á todos los *tapatios*, la cual existe de seguro aún pero ya muda por fortuna como anuncio de calamidades, y á esa campana se refirió la anterior exclamación lanzada á la vez en muchísimas casas:

—¡La campana del correo!

A las tres campanadas (de ordinario se daban cuarenta ó cincuenta muy pausadamente) ya todos los hombres habían tomado su sombrero para salir á informarse á la imprenta del gobierno de las noticias y las

señoras se asomaban á las ventanas para preguntar al primer conocido si sabia alguna cosa. En ese tiempo la campana del correo sonaba todos los días [y algunas veces á mañana y tarde] anunciando solo las derrotas de los republicanos. Luego que acababan de dar las campanadas de reglamento, se oía el repique general y al poco rato salía húmedo todavía de las prensas, el alcance al periódico del Imperio con el parte telegráfico de la derrota, muy conciso, eso sí, pero con una vehemente introduccion llena de dicterios y de admiraciones y con una cola en que por fuerza se decía que aquel triunfo habia acabado hasta con la sombra de Juárez y de todos los suyos, asegurándose la estabilidad del gobierno imperial.

—¡La campana del correo!

Esta exclamacion la lanzaban tambien los pocos amigos de la República que se habian quedado en Guadalajara, unos escondidos, otros cabizbajos y los mas vacilantes respecto de la conducta que habian de observar, los cuales sentian dolor de estómago cada vez que oían los sonidos de la campana.

Las mujeres eran entonces las más intrépidas, esto es, las mujeres que tenian personas de su familia ó amigos en la revolucion y eran las que solian permitirse estas conversaciones de balcon á balcon ó de ventana á ventana:

—Oyó vd., vecina, la campana del correo? ya otra vez la están tocando.

—Sí; dizque derrotaron á Corona y á Rosales en Sinaloa.

—¡Ah! pues con razón están metiendo tanto escándalo.

—Sí, dicen que el repique va á durar dos horas.

—¿Y vd. cree que ha habido tal derrota, vecina?

—¡Quién sabe! Como los pobres republicanos están muy de malas.

La otra vecina lanzó una carcajada y dijo al tiempo de meterse:

—Si á fuerza de mentiras y repiques quieren tener imperio, ¡ya Rojas les dará su imperio!

Veamos el reverso de la medalla.

Es la casa del Secretario de la Prefectura. El secretario es un abogadazo de mucha nombradía, de esos cuyo solo nombre es una aureola. Precisamente por eso se buscó con linterna, y se le puso al Prefecto para que lo dirigiera, porque el Prefecto es un animal.

El secretario no está en casa porque los negocios le detienen en la oficina, pero no obstante eso, la sala se ha llenado de visitantes, porque al fin y al cabo ha de volver y dará la noticia con todos sus pormenores.

Allí hay dos capitanes alojados que se rien del mítote que ha metido la campanita del correo y bromean como si nada pasara de importante, con cuatro ó cinco señoritas que se los comen de ojo, porque son muy guapos. Los dos son rubios, los dos se visten bien, los dos empiezan á hablar tal cual el castellano, y ninguno de los dos cumple cuarenta años de edad. Los treinta y tantos años los llevan tan bien como si no pasaran de los veinticinco.

Pero entre las concurrentes á la tertulia hay dos jamonas que pretenden, á fuerza de metérseles en me-

LEYENDAS HISTÓRICAS.

123

dio á las muchachas, agarrarse de los capitanes que les gustan mucho, y una de ellas, la mas gorda y la mas ridícula, dice al mas rubio:

—Vamos, Monsieur Lebrant, díganos vd. la noticia, vd. la ha de saber.

—¡Oh, madama! parole de honor que no savoir nada.

—Entonces vd., monsieur Rosellon.

—¡Pardon! contesta Rosellot, no se palabra de esas nouvelles.

Cuando mas se discutia el punto en la concurrencia llegó el jóven Villa, uno de los que se presentaban como imperialistas mas furibundos, quien la soltó así:

— Se han recibido dos telegramas á la vez: uno es del señor general Lozada, avisando que ha concluido en una brillante jornada con todos los revoltosos de Sinaloa que le salieron al encuentro en el camino del Rosario, y otra es del señor general Mejía en que dá cuenta de la pacificacion completa de los tres Estados fronterizos: Tamaulipas, Nuevo Leon y Coahuila, habiendo acabado con las últimas gavillas de bandideros, mandadas por Canales y Méndez. Era lo único que faltaba por pacificar, de modo que ahora el ejército francés no tiene mas mision aquí que darle mayor respetabilidad al gobierno.

Todos aplaudieron el discurso de Villa. Llegó el secretario que confirmó las noticias, haciendo gestos de desden cuando tenia que nombrar á los republicanos, y luego la señora de la casa mandó sacar los pas-

teles y el vino, y se brindó, se tocó el piano, se cantó y se bailó, disolviéndose la venturosa tertulia después de las doce de la noche.

En el secreto de la Prefectura las cosas andaban de otra manera: si bien eran ciertas muchas de las derrotas de los republicanos, Bazaine se quejaba de que no se caminaba de demasiado aprisa, de que los combates eran muy repetidos por más que todos fueran favorables, lo cual demostraba que no se cesaba de pelear y que la pacificación del país estaba aun muy lejos, por todo lo cual urgía al jefe de la plaza para que bajo su responsabilidad limpiara de gavillas toda la comarca. En ese instante Neigre dictó á su vez las órdenes más oportunas para que se persiguiera sin descanso á Rojas, Simon Gutierrez, Julio Garcia y cuantos más habían quedado con las armas en la mano en el Sur de Jalisco.

Las contraguerrillas se organizaron bajo un pie mejor que el que habían tenido antes, sobre todo, en punto á caballada, que toda fué escogida. Todas esas contraguerrillas que iban á operar sobre Rojas, estaban sometidas á Berthelin que conocía ya muy bien el terreno y que sabía como se había de hacer aquella guerra de encrucijadas.

Estaba Berthelin ya disponiéndose para salir, muy satisfecho de la gente que se le había dado, de las armas, de las provisiones de boca y guerra y de los caballos, cuando se le presentó un individuo vestido de charro solicitando hablarle secretamente. Berthelin se sentó junto á la mesa en que estaban sus pistolas y mandó que entrara.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

125

—Me llamo Diego Barrientos, dijo el charro sin ceremonia, soy jefe de los exploradores de Rojas y deseo entregarlo.

—¡Vamos! ¡vamos! esto ya tiene interés. ¿Y por qué quieres entregar á tu jefe?

—Entré á su servicio para matarlo, pero no lo he conseguido porque nunca me ha dejado estar cerca de él en ningún combate.

—¡Ah, diablo! Explícate, muchacho.

—Rojas, cuando era coronel entró á mi pueblo que se llama Hostotipaquillo, deshonoró á mi hermana, y, á mi hermano Juan, que reclamó el ultraje, le mandó sacar los ojos por medio de don Pedro Leos, que era á la vez su secretario y su verdugo.

—Me das pruebas de eso?

—Aquí están.

El charro sacó de una bolsita de cuero que traía en el seno unos papeles muy arrugados y llenos de grasa en que constaban los hechos que acababa de referir certificados por el cura y por las autoridades del lugar.

—Está bueno, está bueno. Ahora respóndeme esto: ¿en que consiste que siendo jefe de los exploradores de Rojas has podido llegar hasta aquí sin que te fusilen?

—Nosotros nos sabemos disfrazar de carboneros ó vestarnos de mujeres cuando queremos y así entramos á todas partes y sabemos todo lo que queremos saber.

—Y si yo no te creyera nada de eso que me has contado y te mandara fusilar?

El charro se encogió de hombros y contestó:

—Allí acabaría todo! Me ha de fusilar Rojas el día que me descubra. Me es igual antes ó después.....Lo único que sentiría sería morir sin ser vengado.

—Pues si yo puedo ayudar á tu venganza, tú te vengarás.

—Gracias, señor comandante.

—¿Qué pides en cambio?

—No pido nada, sino que se me deje vivir tranquilo en mi pueblo despues de cumplido ese deber.

—Entonces estamos arreglados. Yo salgo mañana con los suficientes hombres para vencer á Rojas, pero de todas maneras me ayudarás mucho si me avisas el día en que esté más descuidado en la hacienda de Potrerillos, donde acostumbra detenerse.

Diego Barrientos se sonrió al comprender que Berthelin estaba algo enterado de las costumbres de Rojas y se despidió haciendo un terrible juramento respecto de que cumpliría su palabra.

CAPITULO XIII

LA FIERA RABIOSA

—Resueltamente, amigo, mañana te casas: ya eres coronel, pronto tendremos por aquí cualquier general en jefe ó cualquier gobernador que confirme tu nombramiento, de modo que ya cuentas con un porvenir que poder ofrecer á tu esposa.

El general Rojas fué el que dijo estas palabras á Daniel, el cual le contestó:

—Es mi mayor deseo, general, casarme con Aurora, pero no mientras estemos en revolucion.

—Lo que es esta no tiene trazas de concluir nunca. Nosotros no tenemos suficientes elementos para acabar con los franceses, y aunque ellos sí los tienen, no es fácil que acaben con nosotros porque no nos dejamos, de modo que esto continuará lo mismo mientras no acabemos unos y otros con todo el pais.

—Pues yo me someto á lo que usted ordene, mi general, pero temo mucho que ni Aurora ni don Emeterio consientan.

—Encárgate tú de Aurora que yo me encargaré de don Emeterio.

Y como se dijo se hizo. Rojas mandó llamar al cura que llegó á donde él estaba temblando y al cual le dijo de plano:

—Ahora mismo me casa usted á estos muchachos.

Por supuesto que Rojas fué el padrino, la madre de Aurora la madrina, y como regalo de bodas el padrino ordenó que se entregaran á los desposados los últimos dos mil pesos en oro que habia dado á guardar.

—Todo esto me parece un sueño, decia por la noche Daniel á su Aurora en medio de los dulces goces de un amor satisfecho. En primer lugar que estemos ya casados y las circunstancias tan extrañas en que se ha efectuado nuestro matrimonio; en segundo lugar que tu familia haya consentido en esto tan dócilmente, y en tercer lugar, la incomprensible generosidad de Rojas, quien segun todos los que le conocen á fondo, es un avaro de primera fuerza.

Aurora correspondió delirante á las tiernas caricias de su fogoso marido y entre beso y beso le hizo entender que todos abrigaban la sospecha de que fuera hijo natural de Rojas.

Daniel se ruborizó, hizo memoria de que no habia conocido á su padre, de que su madre vivia en Teocuitatlan con un pequeño rancho y no volvió á hablar

LEYENDAS HISTÓRICAS.

129.

del asunto entregándose por completo á su primera noche de bodas.

¡Ay! cuán poco tenia que durar esta ventura. Al día siguiente debia ponerse en marcha toda la fuerza, tanto porque llegaron noticias seguras de que los franceses se habian movido de Guadalajara en varios trozos, saliendo por distintos caminos, cuanto porque Rojas habia recibido una carta de don Julio García en que le invitaba á que se reunieran para emprender operaciones militares de gran importancia.

—Julio tiene dinero, es amigo mio, trae buena tropa y es valiente como pocos, de modo que por todos conceptos nos conviene esta reunion, había dicho Rojas á los suyos, vamos, pues á donde nos llama.

Aquí fueron los apuros de Daniel: ¿qué hacia con su mujercita?

—Pues llévala contigo, le dijo Rojas, y todos la cuidaremos.

—¡Imposible! exclamó Daniel, yo no la expondré á los peligros ni á las privaciones y fatigas de la campaña.

—Pues entonces envíala á tu madre á Teocuitlan y allí irás á verla siempre que puedas.

Este fué el partido que adoptó Daniel y que puso luego en planta.

La incorporacion de las fuerzas de García y Rojas se verificó en Miraflores á veinte leguas de Colima, y esto fué lo que salvó de pronto al segundo que estaba ya sentenciado á ser envuelto y destruido cualquiera que fuera el rincon en que se metiera.

Los movimientos de los franceses fueron paralizados ante una fuerza ya respetable, que contaba con unos dos mil hombres, limitándose á poner destacamentos en los pocos pueblos que les dejaban libres en los caminos de Tepic y Colima para sostener la comunicacion con aquellas plazas. Y por el contrario, los republicanos cobraron bríos, siendo muestra de ello el golpe que dieron al puerto del Manzanillo, en donde se hicieron de buenos recursos.

Pero entre tanto, el patriota Arteaga que se negó con tesón á volver á ponerse al frente de los elementos con que se contaba en el Sur de Jalisco, que no eran despreciables, sufría su quinta derrota en Uruapan, y en ella perdía la vida, lo mismo que Salazar y otros valientes, lo cual hizo que regresaran muchos jaliscienses dispersos, entre los cuales venían los generales Herrera y Cairo, Neri, Toro Manuel, y cuadros enteros de oficiales, á todos los que invitaron Rojas y Garcia para que fueran á reunirse con ellos á la hacienda de Zacate Grullo poco distante de Aultlan de la Grana.

Nos encontramos despues de mil y mil peripecias que omitimos, por no extendernos demasiado, en la sala de la casa principal de la hacienda, y allí veremos reunidos á los generales Rojas y Garcia, y al gobernador de Jalisco, general Anacleto Herrera y Cairo, asistiéndolos como persona de letras don Aristeo Moreno que fungia de secretario del último despues de haberlo sido del primero.

Los cuatro personajes están sentados en torno de una mesa que deja ver encima recado de escribir y

LEYENDAS HISTÓRICAS.

131

papeles en desorden. Rojas tiene ambos codos elevados en dicha mesa y de cuando en cuando se queja de los dolores que le causa la herida mal cerrada porque la mañana ha sido bastante húmeda. Es aquel uno de los malos días de Rojas.

Herrera y Cairo está inquieto y pensativo, la atmósfera para él es muy pesada y rodeado de aquellos hombres se ve del todo fuera de su elemento.

Julio Garcia casi demuestra indiferencia mientras no se conmueven sus antiguos hábitos de hombre brutal.

Moreno era el Mefistófeles de la reunion en la que se encontraban ya mas de dos diablos, pero este tercer diablo representaba ademas de la perversidad, la inteligencia.

—Pues yo soy del mismo parecer de Aristeo, exclamó Rojas, debemos dejar las medias tintas y hacer prevalecer el terror. ¿Por qué los franceses han adelantado tanto en tan poco tiempo, por qué se les sirve al pensamiento y se les recibe bien en todas partes? Porque todo el mundo les tiene miedo, porque imponen fuertes multas, incendian las poblaciones, fusilan á los sospechosos y no perdonan á los vencidos. Pues lo mismo debemos hacer nosotros para que se nos tema. Si ellos estiran y nosotros aflojamos les damos la ventaja declarándonos cobardes y tontos.

—Yo tambien estoy por la energía, replicó Herrera y Cairo, pero por la energía de los hechos y no por la energía de las palabras. De nada nos servirán las proclamas y los decretos terroríficos, si no tenemos los medios para ejecutarlos.

—¡Que no tenemos los medios para ejecutarlos! exclamó Rojas exaltado, pues entonces ¿no valen nada esos dos mil patriotas que están allí fuera esperando con ansia saber cuál es la resolución que aquí tomamos? Todos saben que nos hemos reunido para hacer aquí un plan salvador y yo juro que no saldré de aquí para darles *una batea de babas*.

—Yo opino como Rojas, dijo García. A lo menos á todos los míos les he dicho que íbamos á arreglar ahora la unidad del mando, la organización de las tropas, la conducta futura que hemos de observar y el plan de las operaciones militares, y verían todos con desagrado que dos gobernadores y un general no acordaban cosa alguna de provecho y les iban saliendo *con una pata*.

—Yo también deseo que nos organicemos militarmente y con gusto pongo mi pobres elementos á las órdenes de ustedes, pero creo que ese convenio redactado por Aristeo va á producir gran escándalo sin necesidad, puesto que podremos hacer lo mismo que dice sin que haya para qué causar alarmas á las poblaciones.

Aristeo que se había quedado callado componiendo á la descuidada la redacción de su proyecto, dijo á su turno:

—Precisamente, esa es la idea del general Rojas: causar honda impresión á las poblaciones para estrecharlas á que nos ayuden y asustar á los tibios para que sepan que tienen muy fuertes castigos por su culpable indiferencia, haciéndoles comprender que no hay

LEYENDAS HISTÓRICAS.

133

mexicano alguno exento de la obligación de defender á su patria.

—Esto es, agregó Rojas, ¿cómo vamos á aplicar una ley de rigor que no hemos dado á conocer primero? Después de conocida la ley, ¡desgraciado del que no cumpla con sus disposiciones y de los culpables que nos caigan en las manos!

El proyecto Moreno se componía de unos veinte artículos que habían de expedirse como ley, aunque llevaban el nombre de convenio entre los jefes y oficiales de las Brigadas Unidas: de aquellos veinte artículos se suprimieron por virtud de la discusión los más terribles, quedando los más suaves, de los que damos como muestra el extracto de una media docena:

—Todos los presentes y los ausentes se obligaban bajo juramento á defender la independencia nacional y los que no cumplieran el convenio, los que desertaran y se mostraran tibios para pelear con los franceses merecerían la pena de muerte.

—Los que censuraran aquel pacto serían considerados como traidores y pasados por las armas. En la misma pena incurrian todos los que de cualquiera manera fueran infieles á la República y ayudaran directa ó indirectamente al imperio.

—Las poblaciones que no dieran alojamiento, que recibieran con frialdad á las tropas republicanas ó que de cualquier modo se manifestaran hostiles, serían arrasadas. Los habitantes serían puestos de soldados-rasos ó pasados por las armas, según su culpabilidad, y cualquiera que fuera su condición.

—En los combates se procuraria matar á todos los enemigos para que no hubiera prisioneros.

—Toda la propiedad seria de las Brigadas Unidas bajo pena de muerte á los que se resistieran á entregarles lo que necesitaran.

—Los que no cumplieran el convenio entre los presentes y los que desertaran, lo mismo que los que lo reprobaran entre los ausentes, sufririan la última pena sin apelacion.

Aprobado en estos ó parecidos términos aquel que se llamó ¡Pacto de sangre! fué leído por la noche á los oficiales obligándoseles á firmarlo. Al efecto, la hacienda fué circunvalada por los galeanos para que nadie se escapara.

Al dia siguiente Rojas, sumamente complacido de su obra salió para Autlan, dando en el camino diferentes órdenes para que el pacto comenzara á surtir sus efectos. Mandó incendiar pequeñas poblaciones que creia eran desafectas á la causa, y mandó hacer una recolección por todas partes de hombres, armas, caballos, semillas y reses.

Tambien mandó poner preso al general Neri, para juzgarlo y sentenciarlo por sospechas de traicion á la patria. Esta víctima fué arrancada sin embargo de entre las garras del tigre por gentes humanas que iban en aquellas bárbaras legiones. En cambio, no se le escaparon otros muchos desgraciados, pues desde aquel momento tomó mas á pechos su papel de aterrorizador y fusiló á cuantos le parecieron faltos de

LEYENDAS HISTÓRICAS.

135

amor á la patria, dejando la senda que recorrió desde Autlan hasta Ciudad Guzman regada de cadáveres.

En esta última poblacion, sobre todo, se mostró feroz hasta el delirio.

Llegó allí por la tarde al frente de buenas tropas que ofrecian ya un aspecto marcial merced á los buenos coroneles que las mandaban y fué recibido, segun sus deseos, con músicas, repiques y cohetes.

Pero á poco sintió fuertes dolores en la herida los cuales le ponian de muy mal humor, y entonces era intratable. Se sentó vestido en paños menores debajo de un portalito frente á la plaza y allí empezó á dictar medidas atroces.

Al único miembro del Ayuntamiento que logró encontrar, le hizo esta prevencion:

—Necesito dentro de dos horas, veinte mil pesos y de no entregármeme, mando prender fuego á todas las casas de comercio.

Al primer vecino que se le presentó le dijo:

—Todos ustedes son unos traidores miserables.

—Señor..... nosotros..... balbuceó el vecino.

—Sí, yo mismo he visto salir de aquí un destacamento frances que han ido persiguiendo mis galeanos... ¿por qué admitieron aquí á los franceses?

—Señor, ellos entraron y.....

—Y ustedes los han agasajado, les han dicho misas de gracias.... Señor ayudante, agregó, retorciéndose de rabia, diga vd. al coronel Rodriguez que me proce-

se al cura, y que mañana mismo lo he ver ó plenamente justificado ó colgado de un árbol.

Llegó la diligencia de Guadalajara y gritó delirante:

—¿Cómo se atreve á entrar viniendo de lugares ocupados por el enemigo? Que se queme la diligencia en medio de la plaza con todo y caballos y pasajeros y conductores.

Grandes trabajos tuvieron las gentes humanas que allí habia para salvar á los pasajeros, los caballos y la correspondencia. Los cocheros fueron fusilados y la diligencia estuvo ardiendo toda la noche en medio de la plaza.

A las nueve llegó Simon Gutierrez con seiscientos bandoleros, que convirtieron para la ciudad aquella noche, en la noche triste. ¡Cuántos robos, cuántas violencias, cuántos crímenes se cometieron en ocho horas en medio de la más profunda oscuridad! Una parte de la plaza estaba alumbrada por la diligencia que estaba ardiendo, pero ante su roja luz no se veian mas que los cadáveres colgados de los árboles, el crimen impune, el crimen cobarde, el crimen atroz se estaba cometiendo dentro de las casas que se abrían á hachazos ó á balazos dados sobre las cerraduras. ¿Qué más? Hasta los caballos y las monturas del gobernador de Jalisco y del general García y sus oficiales fueron robados.

Cuando todos ellos fueron en cuerpo á llevar la queja á Rojas, éste les contestó:

LEYENDAS HISTORICAS.

137

—Dejen á los muchachos que retocen: es el primer rato de descanso que tienen despues de tantos meses de fatigas y privaciones. ¿A quiénes hacen daño? A los traidores y á los indiferentes. Pues que paguen su culpa.

—Es que á nosotros tambien nos han robado.

—A ustedes se les volverá lo suyo. Yo respondo.

Al dia siguiente se repitieron las mismas escenas en Sayula y al cuarto dia se completaron cuatro mil hombres armados que se pusieron en marcha para apoderarse de Colima. De aquellos cuatro mil hombres dos mil lo menos eran bandidos.

Esa marcha notable y funesta se hizo en medio de cadáveres que quedaban sembrados á uno y otro lado del camino, en medio del pillaje y el incendio.

CAPITULO XIV.

—
IR POR LANA.....

Aquella tromba humana que iba devastando, sembrando la desolacion, incendiando graneros, destruyendo ranherías, matando cientos de reses y cientos de hombres, ocupando algunas leguas en que dejaba limpios los lugares por donde pasaba como una nube de langosta, atravesó las barrancas, pasó como exhalacion por San Márcos y por Tonila, y fué á detenerse en un punto llamado el Trapiche, á menos de una legua de Colima, en donde, ¡cosa increíble! nadie sabía que estuvieran tan cerca aquellas legiones, que cualquiera persona imparcial hubiera podido llamar sin escrúpulo, de demonios. A ser una fuerza bien organizada ó á haberse podido emplear solamente los dos mil hombres de infantería que formaban muy buenos batallones, aunque no llevaban ni una pieza

LEYENDAS HISTÓRICAS.

139

de artillería, hubiera ocupado la plaza con la mano en la cintura. Pero iban allí los de caballería, los ladrones que mandaban Rojas, Rochin, Simón Gutierrez y todos los capitanes de bandoleros que habían querido incorporárseles y estos servían solo de estorbo, y de muy grande estorbo, á las tropas organizadas.

Mezclados los batallones y los escuadrones, con las cargas de dinero, con los equipajes, con el parque, con las mujeres, con los caballos de mano, con los estados mayores y con otras muchas gentes que se habían agregado al olor del pillage, y ocupando aquella masa informe una estension como si fuera un ejército de veinte mil hombres, empezaron á llegar á aquel punto á intervalos y en pelotones, inconsciente cada cual de lo que se trataba.

Allí se reunieron los jefes principales, para acordar el plan de operaciones, que se redujo á algunas insolencias mezcladas con augurios de saqueo, sin que se oyera el juicio de Herrera y Cairo, de Neri, de Toro Manuel, de Delgadillo, de Merino, de Casimiro Paz de Rodríguez, de Villalobos y de tantos otros generales y coroneles entendidos que iban allí y que tanto hubieran hecho si se les hubiera dejado organizar en forma el asedio de la plaza. Pero las cosas fueron arregladas al gusto solamente de Rojas, García, Gutierrez y Gómez (Rochin) que eran los que mas número de fuerza mandaban, que eran los superiores, pues los otros eran auxiliares, simples acompañantes y subalternos, y aquellos, los jefes principales, dispusieron que don Julio se adelantara con la caballería mientras Ro-

jas llegaba después con la infantería, dando así tiempo á la plaza para que preparara la defensa.

Cuando se empezó á verificar aquel movimiento acordado entre los tragos de aguardiente y las insolencias y blasfemias, el campamento presentaba un aspecto infernal. Los cuerpos que habían llegado descansaban sobre las armas en el camino, los de caballería atravesaban por entre la infantería desorganizándola, pues abrían las filas ó atropellaban á los que no querían moverse, y los grupos de hombres montados de á diez, de á veinte, de á cincuenta y de mayor número, vagaban de aquí para allá en encontradas direcciones. Todos mandaban, todos gritaban y nadie obedecía. De cuando en cuando se oía un disparo ó se veía á un oficial atravesar con la espada á un soldado porque se resistía á entregarle lo que llevaba ó porque le daba alguna muestra de insubordinación, pasándose dos horas por lo menos en un espantoso desorden, que los *gefes principales* veían con alta indiferencia.

Don Julio García se puso á caballo diciendo únicamente á Simon Gutierrez y á Rochin que habían sido puestos á sus órdenes con sus fuerzas de caballería:

—Síguenme.

Y sin preocuparse más de sí lo seguían ó no, ni del orden de la marcha, ni menos del apoyo que debía darle Rojas con los cuerpos de infantería, se adelantó á la cabeza de una pequeña escolta, seguido inmediatamente de un cuerpo de caballería compuesto de 200 dragones que era el único uniformado, bien montado

LEYENDAS HISTÓRICAS.

141

y bien armado. En la demás fuerza del arma, había buenos caballos de las haciendas, que por lo regular duraban poco por el mal trato que recibían, los soldados tenían armamento muy disímulo y estaban vestidos de rancheros, algunos muy despedazados. Entre los galeanos sí había muchos bien armados, bien montados y vestidos con chaquetas de cuero y sombreros jaranos.

En la plaza de Colima mandaba el general Oronoz, jefe entendido y valiente, que ya con anticipación había mandado levantar fortificaciones, así para evitar un golpe de mano como para poder salir á expedicionar dejando una corta guarnición. A la vez había salido para el Manzanillo con ochocientos hombres, dejando solo cuatrocientos al mando de su segundo el coronel Torres. Los fortines de las calles, no todos tenían artillería, pero los cañones estaban colocados de modo que se pudiera defenderlos todos con fuegos cruzados. Ya se comprende, por lo mismo cuán inútil iba á ser aquel alarde de fuerzas de caballería por parte de los republicanos, con las cuales no podrían emprender nada formal, ni menos dar un asalto.

No obstante, la aparición primero de don Julio García con sus ginetes, logrando luego capturar un pequeño destacamento imperialista de cincuenta ó sesenta hombres que había en la garita, produjo el pánico no solo entre los habitantes pacíficos, sino en la guarnición, que creyó iba á tener que sucumbir ante el número, cuando se vieron que eran incontables los hombres montados que circunvalaban la ciudad. Es-

tos levantaban nubes de polvo por donde llegaban y como además iban y venían por los suburbios sin que hubiera quien les designara su colocación, parecían multiplicarse hasta lo infinito. Hubo grupos de valientes que llegaban á disparar sus armas por las troneras mismas de los defensores de la plaza que huían y andaban completamente desmoralizados. Tal vez con algún orden, con alguna audacia, con algo de buenas y oportunas medidas, aquellos hubieran sido los momentos de entrar á la plaza, haciendo un impulso concentrado con la infantería. Pero la infantería no llegó sino á la vez que también regresaba la vanguardia de Oronoz que volvía á marchas forzadas del Manzanillo. Cuando supo esto don Julio García, que ignoraba completamente la situación que guardaba la plaza y fué á querer impedir aquella entrada, ya no pudo capturar más que á unos cuantos rezagados y algunas mulas cargadas con equipajes, escapándose una buena parte del botín por la obscuridad de la noche.

Al volver sudoroso y jadeante de esta escursión, don Julio García, que no se había apeado del caballo en toda la tarde, buscó á Rojas en su alojamiento: éste se encontraba ya metido en el lecho, muy quebrantado. Don Julio al verlo así, mitigó ya el enojo de que iba poseído, limitándose á decirle:

—Hemos perdido dos preciosas oportunidades por el retardo de la infantería: una tomar la plaza que solo estaba guarnecida por cuatrocientos hombres; otra impedir la entrada de Oronoz que regresaba del Manzanillo con menos de mil hombres.

LEYENDAS HISTÓRICAS,

143

—Pues tu que eres el Gobernador de Colima, le contestó Rojas, debías haberme dicho lo que convenia hacerse, si acaso lo sabías.

—Desgraciadamente no sabia nada hasta que llegué á la ciudad.

—Culpa entonces á tus agentes y no á nosotros.

—Pero si hubiéramos venido en orden.....

—El orden falta porque no tenemos gefe y todos mandamos.....

—Eso es: ¿y por qué mandamos todos?

—Porque Juarez tampoco ha tenido cabeza. Primero nos puso al traidor Uraga, luego á un estúpido como Arteaga que acabó con los elementos, despues nos pondrá á un mocho como Echeagaray y para colmo de desaciertos, ha reconocido por tal gobernador de Jalisco á un hombre que raras veces está en su juicio, como Herrera y Cairo.

—Bueno, pero Juarez está lejos de aquí. A nosotros tocaba sabernos organizar convenientemente.

—¿Te pondrias tu a las ordenes de Herrera y Cairo, de Ortiz, de Neri ó de Toro Manuel, que son los generales que tenemos?

—No, pero tú ó yo debíamos tener el mando bajo nuestra sola responsabilidad.

—Pues tómalo tú, ya que yo estoy enfermo.

—Está bien, ¿y si alguno de los tuyos me desobedece?

—Te autorizo para que los fusiles á todos.

Don Julio ya no quiso oir más y salió de allí á dictar sus disposiciones.

Cambió de caballo y se fué á recorrer la línea seguido de sus ayudantes. Verdaderamente tuvo que establecerla casi de nuevo porque nada se había hecho hasta entonces. Ordenó que los cuerpos de infantería avanzaran por el centro horadando las manzanas hasta llegar á los puntos fortificados y cubrió los flancos con la caballería dejando descubierta toda la parte sur de la ciudad. El mismo estuvo vigilando los trabajos que avanzaron rápidamente hasta la madrugada en que le fué necesario retirarse para tomar algún descanso. Por supuesto que durante aquella laboriosa faena de toda la noche, nada contento había quedado de los subalternos de Rochin y Simon Gutierrez, que en su mayor parte estaban borrachos y entregados á los desórdenes de costumbre.

—No haremos nada de provecho con estos bandidos, había murmurado.

Después de dormir dos horas volvió á visitar la línea y se mostró satisfecho de encontrar á toda la infantería con calle de por medio de la defensa, de tal modo que no se necesitaba más que ordenar el asalto para que todos se encontraran, con un pequeño esfuerzo, dentro de la plaza.

—A las doce del día en punto, atacaremos, había dicho á los gefes de las columnas, entretanto puede dejarse descansar á la tropa. Una ración de armada media hora antes de las doce, será la señal de que se encuentren listos para el asalto.

Fué á buscar á Rojas y se encontró con que ya se había levantado y se había dirigido con los otros generales á la fábrica de hilados de San Cayetano á

LEYENDAS HISTÓRICAS.



Una parte de la plaza se veía alumbrada por la diligencia que estaba ardiendo.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

145

donde habían ido á desayunarse. Rojas seguía indispuerto pero había cedido por tantas instancias como se le habían hecho.

Entonces Don Julio cometió la mayor de las barbaridades que pudo habersele ocurrido: sin objeto ninguno, sin que aquello tuviera que ver nada con su plan de operaciones, cogió una pequeña escolta y se dirigió con ella á hacer un reconocimiento por el Camposanto que estaba al otro lado de la ciudad en la parte descubierta, creyendo seguramente que los sitiados se estarían mano sobre mano esperando solo á que los atacaran sin hacer diligencia alguna contra el ejército sitiador.

Cuando ya se encontraba demasiado lejos, separado completamente de sus tropas, aparecieron dos pequeñas columnas cubriéndole los flancos y al mismo tiempo se dejó oír un fuego nutrido de artillería y fusilería.

—Estamos cortados, le dijo el jefe de la escolta.

—Ya lo veo, le contestó don Julio poniéndose trémulo de rabia; pero todavía podremos llegar á tiempo.

Y retrocedió hasta salir de la población, pero grandes estorbos formados por las inmensas huertas y por los terrenos cercados, embrollaron de tal modo su marcha, que necesitó más de una hora para llegar á la retaguardia del sitio que ocupaban sus columnas, las cuales hacia veinte minutos que habían sido derrotadas.

La cosa había sido muy sencilla: dos columnas de infantería de á doscientos hombres cada una, habían

salido de la plaza por los puntos que tenían libres y habían despejado, sin encontrar resistencia, los flancos, que como ya hemos dicho, debían haber estado sostenidos por la caballería de los republicanos. Estos no solo no estaban montados sino que andaban diseminados en las casas cometiendo fechorías ó se veían tirados por donde quiera completamente ébrios. Otra columna de cuatrocientos hombres atacó por el frente y la infantería sitiadora que se encontraba sin jefes superiores y sin dirección, estuvo combatiendo en los puntos que ocupaba desesperadamente, aunque bajo la desfavorable impresión de la sorpresa. Si en aquel momento hubiera aparecido entre ellos cualquiera de los seis generales y hubiera organizado el combate, el triunfo habría sido inmediato, porque tanto los oficiales como los soldados, guiados por el solo instinto de la defensa, hicieron, aislados, prodigios de valor; pero luego que se sintieron abandonados comenzaron á ceder y en seguida á tirar las armas y á huir hasta que no quedaron mas que los cadáveres en toda la línea.

¿Qué había hecho entretanto Rojas? Luego que advirtió el tiroteo se dirigió á los corrales en donde estaban las cargas y mandó que se aparejaran las mulas y que á medida que se fueran aparejando se cargara en primer lugar el dinero y luego el parque y después los equipajes hasta donde alcanzara el tiempo, mientras se estuviera oyendo el fuego muy nutrido.

—Señor, le dijo un oficial que venía de las manzanas

LEYENDAS HISTÓRICAS.

147

en donde se sostenía el combate, vengo de parte del coronel Villalobos á pedir instrucciones sobre lo que deba hacerse mientras se presenta un jefe que dirija la acción.

—Yo no sé nada, le contestó Rojas, el general García es el que manda en jefe.

E inmediatamente ordenó al único cuerpo de caballería uniformado, perteneciente á la Brigada de don Julio, mandado por el coronel Casimiro Paz, que viniera á custodiar las cargas, al frente del cual salió de la ciudad llevándose el dinero á la vez que ya se veían por las calles grandes grupos de dispersos, no obstante que todavía seguía el fuego muy vivo en los puntos que defendían los coroneles Villalobos y Delgadillo.

Cuando salió Rojas al campo buscando un camino de retirada, pudo ver todo aquello en una grande extensión sembrado de dispersos, como si fueran una gran manada de carneros asustados. No se cuidaban de seguir sendero alguno, sino de alejarse á toda carrera sin dejar de volver la cara como si alguien los fuera persiguiendo. Y la verdad es que nadie los perseguía, porque los sitiados estaban ya mas que satisfechos con su fácil é inesperado triunfo, con el que habían salvado á la población de horribles desmanes, y porque no contaban ni con cien dragones para dar un alcance.

El único jefe que pereció de los republicanos fué Rochin que salió herido, aprehendido despues y fusilado. El botín que hicieron los vencedores consistió en mujeres y caballos, así como en muchas armas

148 · LEYENDAS HISTORICAS.

inservibles. La pérdida, sin embargo, para los republicanos fué irreparable, porque la dispersion fué espantosa.

Cuando al día siguiente se reunieron los gefes en Zapotlan echándose unos á otros la culpa de la derrota, se vió que se habia salvado el dinero, y que los restos de aquel ejército de cerca de cuatro mil hombres, apenas llegaban, estirándolos mucho, á unos quinientos muy desmoralizados.

CAPITULO XV.

LA FIERA ACORRALADA.

Así como en las prosperidades todas son alegrías, en las malas circunstancias cualquiera cosa ocasiona disgustos.

—¿Y ahora? preguntó Rojas á don Julio Garcia, al dia siguiente, despues de haber tomado una noche de reposo en Zapotlan, segun se ha referido.

—Ahora es probable que los imperialistas nos manden tropas de Guadalajara, de Colima, de Morelia y de Tepic para acorralarnos.

—Yo no pregunto de eso, porque ya sé de qué modo me les he de escapar aunque me echen encima veinte mil hombres.

—¿Pues de qué?

—Pregunto de lo que hemos de hacer con las armas, con los dispersos y con el dinero, pues como yo

voy á seguir la bola, he creído que debo llevármelo todo, y ya he dado orden de que se levanten las cargas.

—¡Cómo! exclamó el general Garcia, pálido de rabia, ¿pues quién te ha dicho que yo no voy á seguir combatiendo?

—Todos lo dicen, porque ven que tú y los tuyos están desanimados.

—Pues mienten: lo único que hemos jurado nosotros es no volvernos á juntar con bandidos.

Rojas se sonrió en vez de sacar la pistola, como lo hubiera hecho con otro, porque conocia el formidable temple de Julio, y éste contaba con la mejor gente organizada entre la que se habia salvado del desastre, así es que despues de sonreirse, contestó:

—No quiero pelear ahora, Julio, y ya que vamos á separarnos, no sea que mas adelante nos necesitemos, será mejor que quedemos de amigos. Así, pues, dime lo que te hace falta para dejártelo.

—Llevas cuarenta mil pesos: la mitad.

—Estás engañado: no son mas que diez mil pesos.

—Entonces ya ocultaste treinta; dame pues, cinco, en la inteligencia de que nada quiero para mí, sino para mis tropas.

—Bueno, y de esos cinco le darás algo á Herrera y Cairo, que tambien quiere.

La despedida no fué cordial, como se vé, segun esas y otras agrias explicaciones que tuvieron ambos jefes, por lo que Rojas se apresuró á salir de la poblacion con sus galeanos, mientras los de don Julio se ocupaban en destruir en la imprenta los ejemplares que se

LEYENDAS HISTÓRICAS.

151

habían mandado imprimir del Plan de Zacate Grullo.

Don Julio García se fué á incorporar, con cuatrocientos hombres que pudo reunir, al general Echegaray que había estado en la hacienda de las Trojes, como frío espectador de aquellos sucesos, y Rojas continuó su camino para los pueblos del Este de Jalisco, que le servían de abrigo en las malas épocas.

Infatigable este guerrillero, que es al que vamos á seguir en sus operaciones militares, sobre la marcha fué proveyéndose de los hombres, los caballos y las armas que necesitaba para reponerse, logrando á los quince días aumentar los doscientos hombres con que había salido de Zapotlan á cosa de unos quinientos, infantería y caballería, regularmente municionados.

Había un hombre entre sus fuerzas que era el que llevaba el nombre de jefe de sus exploradores, mostrándose el mas activo, el mas perspicaz y el mas arrojado para entrar primero que nadie á las poblaciones y traer las noticias de los puntos que ocupaba el enemigo, así como de aquellos en que se podían encontrar armas y caballos, que pudieran ocuparse con facilidad. A ese hombre que se multiplicaba, fielmente obedecido por una docena de hombres armados hasta los dientes y bien retribuidos con lo que ellos mismos se proporcionaban á la fuerza en los puntos que tocaban, se debió que no tuvieran encuentros peligrosos y que la brigada se fuera reponiendo rápidamente hasta hacerse temible á las guerrillas monarquistas que se habían desprendido de Mascota y Tequila hasta Autlan y los demas pueblos del dominio de Rojas.

Entonces fué cuando Diego Barrientos, seguro ya del dominio que ejercía sobre su jefe, á quien tantas pruebas habia dado de adhesion, mandó á Berthelin un emisario de confianza, con una carta en que le decia: "Procure usted llegar el 28 al medio dia á la hacienda de Potrerillos, la tropa se estará bañando y podrá dar una sorpresa de las más completas. Si no le doy aviso contrario, acérquese resueltamente."

El dia que se escribió esta carta fué el 25 de Enero de 1865: la derrota en Colima habia sido el 29 del mes y año anteriores y la separacion brusca de García y Rojas el 31 de Diciembre de 1864; de manera que Rojas llevaba justos 25 dias de andar expedicionando de aquí para allá, sin la menor intencion de hacer frente al enemigo, cuidando mas que todo de reponerse.

¶ Ese mismo dia 25 se le habia incorporado Daniel Ruiz con diez hombres bien montados y armados. ¿Qué se habia hecho durante los sucesos anteriores el jóven militar?

Rojas le habia dicho:

—Anda á pasar unos cuantos dias de luna de miel en Teocuitatlan, reponiéndote á la vez de tus heridas, nosotros vamos á atacar á Colima y no me servirás allí de nada, puesto que llevamos gente de sobra. Despues que deje á don Julio García en su gobierno te me unirás al paso para que marchemos sobre Guadalajara.

Daniel se resistió mucho; pero Rojas se le puso serio y tuvo que obedecerlo con tanto mas gusto

LEYENDAS HISTÓRICAS.

153

cuanto que iba á estar con su mujercita adorada, con la que habia solo pasado la noche de sus nupcias.

Al saber un poco tarde Daniel que Rojas habia vuelto derrotado para sus pueblos, dijo á su esposa:

—Siento mucho no haberle salido al paso, pero ahora tendré que ir á buscarlo adonde lo encuentre.

Aurora estaba reconocida á las bondades del general y consideraba que Daniel tenia dobles motivos para quererlo; pero se trataba del honor de su esposo y quiso impulsarlo para que fuera á prestar sus servicios al lado de gefes en que pudiera hacer una carrera digna.

—Si llegan á cogerte prisionero, te fusilarán como bandido, le dijo para convencerlo.

—Lo sé, Aurora, le contestó, pero tengo que ser leal con ese hombre que me ha colmado de beneficios. Le ofrecí reunirme á él cuando volviera victorioso, y con mas razon lo haré ahora que está derrotado para ayudarle á levantarse.

Se abrazaron, y como ella lloraba con fuertes sollozos, él le dijo, desprendiéndose de sus brazos y montando á caballo:

—Te prometo que haré lo posible para volver pronto á tu lado.

Rojas recibió grandísimo placer al verlo, y despues que Daniel le hubo referido que una tropa imperialista que se le habia interpuesto le habia impedido reunírsele más pronto, Rojas le estrechó con efusion la mano, diciéndole:

—Estamos mal, muy mal, amigo, la gente está muy

desmoralizada y los imperialistas nos tienen ya ocupados todos los pueblos de donde sacábamos recursos, así es que no creo nos den ya ningún reposo y por eso necesitamos estar muy alerta y rodeados de hombres fieles y cuidarnos unos á otros si no queremos que nos acaben el día menos pensado: así es que ahora tú mandarás el primer escuadrón de mis galeanos compuesto de cien hombres que son los únicos en que tengo fé para un lance. Ahora tenemos ciento once con ustedes.

—Sí, señor, respondo de mí y de los diez que me acompañan.

—Pues adelante, hijo mío, ve á ocupar tu sitio.

Estaban acampados en lugar abierto cerca de la Cañada, que les proporcionaba la ventaja de refugiarse en la vecina sierra de Tapalpa, cuando el jefe de exploradores Diego Barrientos se desprendió de allí con su gente para ir como de costumbre á inspeccionar las cercanías, aconsejando á Rojas que entretanto no dejara las precauciones, porque tenía sospechas de que una fuerza imperialista tenía el propósito de atacarlo por la retaguardia: esto lo dijo bajo la creencia segura de que era por donde menos debía temerse al enemigo, supuesto que no había senderos practicables y los que había eran escabrosos. En ese concepto, los jefes principales tuvieron sus caballos ensillados toda la noche, una parte de las mulas se quedaron cargadas con el dinero, que era lo que más se cuidaba, y de la tropa no se permitió entregarse al sueño más que á la mitad estando la otra mitad con brida en mano.

LEYENDAS HISTORICAS.

155

Aquí es conveniente decir que la tropa comenzaba á manifestar disgusto porque solamente andaba escoltando aquellas mulas cargadas de dinero, sin que se hubiera abierto una sola talega desde la salida de Zapotlan para hacer el menor reparto, y si bien la mayor parte de aquella gente estaba acostumbrada á las privaciones, era por la perspectiva del botin, de que ahora carecia, una vez que en muy pocas ocasiones entraban á las poblaciones, y si entraban no se detenian en ellas sino que siempre acampaban en puntos estratégicos y con una vigilancia extraordinaria que á todos multiplicaba las fatigas sin esperar la menor recompensa, sometidos á un escaso rancho que raras veces se les proporcionaba ó que tenian que interrumpir por las contínuas y largas marchas. Eso ocasionaba frecuentes deserciones que ponian á Rojas de un humor terrible y si el desbandamiento no se hacia en masa era porque todavia esperaban que viera el desquite, segun se los tenia ofrecido; pero si las murmuraciones iban acentuándose más y más, principalmente porque se les obligaba á escoltar aquellos caudales que no sabian para cuando se reservaban, que los embarazaban tanto, que podian provocar la codicia del enemigo acabando tal vez por caer en sus manos antes de que se hiciera reparto alguno. Volvió Diego Barrientos al dia siguiente, habló en reserva media hora con Rojas y poco despues empezaron á moverse las tropas guiadas por estos dos gefes que iban á la cabeza, habiéndose adelantado ocho de los exploradores divididos en cuatro parejas. A la media noche del dia 27 llegaron á la hacienda de

Potrerillos y desde luego ocuparon una remonta que como se sabe se había puesto allí perteneciente á los imperialistas.

El infatigable Barrientos dijo á Rojas:

—Con toda seguridad pueden descansar aquí las tropas porque yo voy á vigilar todos los caminos y á cerciorarme de los movimientos de los franceses con respecto á las noticias que tenemos. Espéreme aquí, general.

Con estas seguridades se tomaron alojamientos, cenaron los que no estaban tan fatigados que mas prefirieron dormir y solo se tomaron las precauciones ordinarias para evitar una sorpresa.

Al dia siguiente volvió Barrientos muy festejoso y dijo á Rojas:

—Hemos burlado al enemigo: todas las partidas han ido á caer sobre Tapalpa, de modo que tenemos tres dias para que se lave, descanse y coma bien la tropa. Aquí hay reses y todo lo necesario.

—Estaremos solamente dos, le contestó Rojas.

Y dió orden para que se desensillara y bañara á los caballos, para que se atendiera bien á las mulas y para que la tropa pudiera bañarse y lavarse en el arroyo despues de concluidas sus faenas. El mismo salió á eso de las once del dia para el arroyo, previniendo se le llevara ensillado uno de sus caballos luego que almorzara. En el borde del arroyo habia un árbol frondoso é hizo que al pié de él se le tendieran unos zarapes y se puso á dormir tranquilamente.

Al principio la jácara que armaban los soldados y

LEYENDAS HISTÓRICAS.

157

Las mujeres lo tuvo divertido un momento, pero el sueño y el cansancio lo vencieron y acabó por dormirse profundamente. Barrientos entre tanto se colocó con tres de los suyos teniendo los caballos de la brida á unos treinta pasos de distancia entre otro pequeño grupo de árboles.

En los alrededores de la hacienda se habían quedado unos ciento cincuenta hombres, los unos cubriendo el servicio, los otros durmiendo ó preparando el rancho y en el arroyo estaban los restantes hasta cerca de unos seiscientos de que se componía ya la fuerza, todos desnudos lavando sus ropas ó bañándose. Los oficiales tenían sus armas, pero los soldados las habían dejado en la casa de la hacienda que estaba muy inmediata. Los caballos ocupaban todas las caballerizas y los corrales. En el arroyo se veían muy pocos de los que habían llevado á bañar ó á beber agua.

También Daniel estaba en el arroyo cerca de Rojas con sus diez hombres, pero todos armados. Estos formaban ya parte del escuadrón Galeana.

Sin preceder aviso, sin la menor voz de alarma, se vió aparecer súbitamente á los franceses por todos lados, siendo el primer anuncio de su llegada una descarga casi á quema ropa hecha sobre el mayor grupo de aquellas gentes inermes.

Rojas despertó con el estruendo, cogió el rifle de repetición que tenía al lado é hizo fuego parapetado tras del árbol á la vez que los diez hombres de Daniel hicieron una descarga cerrada sobre el enemigo,

también con rifles de repetición. Apenas habían logrado detener el primer impulso de aquella brusca carga cuando se oyó un disparo seco, y Rojas cayó á tierra herido por la espalda. Daniel que observó aquello, sin hacer caso ya del enemigo, dirigió sus armas sobre Barrientos que había disparado el tiro, cayendo el traidor muerto en el acto. Quiso volver adonde estaba Rojas pero ya estaba este rodeado de franceses que se ocupaban en rematarlo.

—Por aquí, mi coronel, le dijeron sus hombres, que estaban ya montados, y desaparecieron por una hondonada pero seguidos á poco por más de cincuenta dragones que les iban haciendo un fuego nutrido.

Rojas perdió con la vida el dinero y cuanto llevaba.

EPILOGO.

Cerca de cien hombres de aquellos infelices que no hicieron mas resistencia que la que hemos dicho, porque fueron sorprendidos desarmados, quedaron heridos ó muertos, sin mas trabajo para los franceses respecto de los heridos que acabarlos de rematar, pues la orden era la de no cargar con ninguna clase de prisioneros, que siempre eran embarazosos. El botin hubiera sido muy considerable para los soldados vencedores á haberse verificado el eucuentro de otra manera, en algun camino, por ejemplo; pero como el dinero y las barras de plata y oro que cargaba Rojas estaban en la hacienda, allí tuvo que ir el interventor francés á hacer el inventario de los efectos aprehendidos, y todo se condujo al dia siguiente á Guadalajara con una escolta de doscientos hombres.

Berthelin despues de levantár el campo y de repartir

caballos, armas y lo demás que era repartible, dió las gracias á las guerrillas auxiliares de traidores y de franceses que habian concurrido á hacer aquella fácil campaña, tan bien lograda, y sin pérdida de tiempo salió de allí á ver el éxito que habian obtenido los cincuenta hombres que al mandó del teniente Jacquelin habia destacado en persecución de Daniel Ruiz, á quien mucho le interesaba aprehender por haber visto que era quien habia matado á Barrientos el principal héroe de aquella jornada. Berthelia que estaba al frente de los suyos cuando apareció en el arroyo, habia visto bien caer á Rojas herido por Barrientos y á su vez habia visto caer á este herido por Daniel, que aunque justamente era el vengador de su jefe, no por eso merecia menos un cruel castigo.

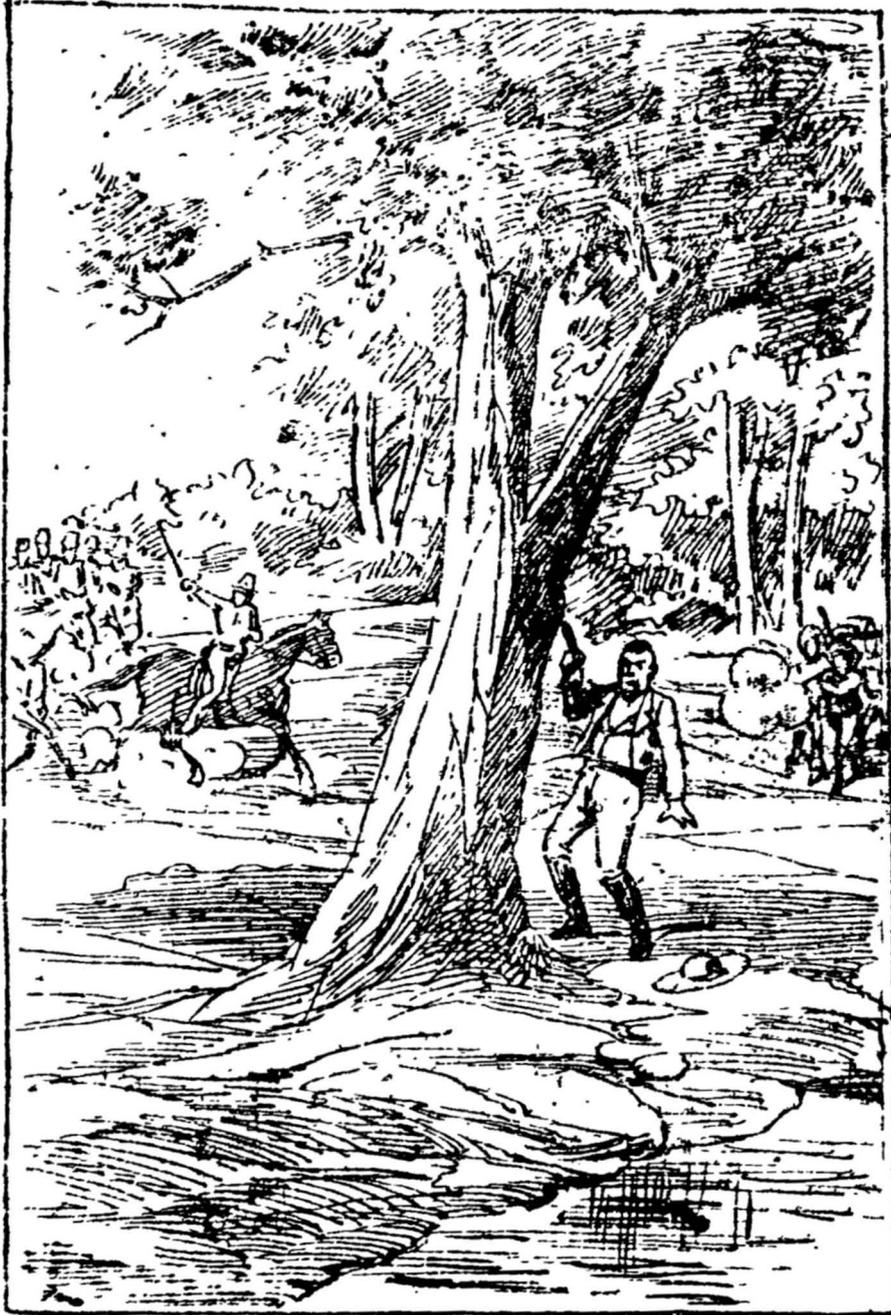
El teniente Jacquelin habia recibido esta orden seca, en el momento en que habia terminado aquel simulacro de combate con la muerte de Barrientos:

—Siga vd. con sus cincuenta hombres á ese grupo de galeanos hasta apoderarse del jefe vivo ó muerto.

Y el teniente francés, acostumbrado á la obediencia pasiva se puso luego en persecucion de aquellos diez hombres que tan diestramente se habian precipitado por una hondonada en que el terreno era bastante escabroso.

Al principio, aquella persecucion se hizo difícil y aun los fugitivos lograron hacer perder la pista á sus perseguidores; pero á poco estos descubrieron dos

LEYENDAS HISTÓRICAS.



Rojas cayó á tierra herido por la espalda.

senderos algo pendientes por los cuales salieron divididos en dos trozos y al llegar á la cima alcanzaron á ver á los primeros que llevaban ya como un cuarto de legua de ventaja. Naturalmente Ruiz y los suyos estaban bien montados, pero los caballos habían trabajado en los días anteriores mas de lo conveniente, careciendo á veces de pasturas, y empezaron á manifestarse fatigados, mientras que los de los franceses, todos grandes, cuidados con esmero y de buena sangre, soportaban el galope con viveza y brio, así es que poco á poco comenzaron á acortarse las distancias. Cuando habían corrido los primeros unas seis leguas, ya los segundos iban á unos doscientos metros de distancia.

—Si logramos sostenernos de aquí á la noche, estamos salvados, dijo Daniel á los suyos. Aflojemos el paso dos minutos para que cobren aliento nuestros caballos.

Tomaron el trote, los franceses seguían á galope casi tendido y la distancia llegó á ser de cincuenta metros. Entonces el oficial francés viéndose á punto de alcanzarlos, dijo á sus soldados:

—Nadie haga fuego sino en el caso de que opongan resistencia.

Eran las cinco de la tarde, habían corrido como unas diez leguas y los caballos estaban jadeantes, á punto algunos de caer por tierra exánimes.

Entonces Daniel ordenó:

—Vamos al paso á parapetarnos detrás de aquellos paredones.

Así lo hicieron: se parapetaron tras de los paredones que les cubrían de medio cuerpo abajo y desde

allí hicieron fuego deteniendo á la columna. Con tal maniobra los franceses se vieron obligados á practicar operaciones militares en todá forma; pero se habia ganado mas de media hora de descanso, y entonces Daniel volvió á huir con los suyos que fueron acribillados á tiros á corta distancia. Tres de ellos rodaron por tierra. El mismo Daniel se sintió herido, pero no quiso decir nada á los siete que le quedaban por no desmoralizarlos.

Por fin, llegó la noche y entonces favorecidos por la oscuridad pudieron defenderse, aprovechando las ondulaciones del camino, pero los franceses se dividieron en dos alas, teniéndolos siempre en medio como prisioneros para no dejarlos escapar. Daniel perdió otros tres hombres y los franceses contaban ya cuatro hombres muertos y ocho heridos.

Al amanecer, cuando se encontraban ya muy cerca de Teocuitatlán, Daniel cayó del caballo, desangrado por tres heridas, y perdido el conocimiento. Sus compañeros se desbandaron y los franceses pudieron acercarse á recoger lo que creían que era un cadáver.

—¡Vive! dijeron los soldados que se bajaron á reconocerlo.

Y entonces el oficial ordenó que se improvisara una camilla, y que se lo llevarán á la población.

Cuando Berthelin llegó al día siguiente con el grueso de sus tropas y recibió el parte de lo que había pasado, entró á la casa que servia de cuartel al teniente Jacquelin y se encontró á la cabecera del enfermo á una dama enlutada asistiéndolo. No le pudo ver las

LEYENDAS HISTÓRICAS.

163

facciones porque se encontraba cubierta con un velo.

—¿Qué significa esto? preguntó á Jacquelin.

Este contestó que no había encontrado inconveniente en que se le curara para que pudiera ir por su propio pié al patíbulo.

Aunque hablaban en frances, la dama se estremeció y se llevó el pañuelo á los ojos.

Iba probablemente á interrogarla Berthelin, cuando le llamaron la atención á este los pasos que con ruido de espuelas hacia una persona que entraba. Lo conoció en el acto.

—¿Vd. por aquí, don Modesto Guzman? le preguntó.

Al oír este nombre la dama lanzó un grito y el herido se incorporó horrorizado.

—Eso que veo allí me demuestra que he encontrado lo que busco, dijo Guzman gozoso. Traigo orden de aprehender á la llamada Aurora Ayala, cómplice de Rojas y de otro bandido llamado Daniel Ruiz.

Aurora se quitó el velo y tuvo fuerzas para decir:

—El que está aquí no es un bandido, es un digno oficial y es mi esposo.

Entonces don Modesto fué el que se sorprendió y dijo:

—¡Su esposo!

Berthelin se acercó á Aurora, vió su bello rostro y quedó deslumbrado.

Don Modesto Guzman le explicó en breves palabras los antecedentes de aquella persecucion.

—Todo ha cambiado, le contestó Berthelin. Rojas

está ya muerto, este individuo es mi prisionero y será fusilado mañana, así es que nada tiene usted que hacer aquí.

Aurora sollozaba, cogida á una mano de Daniel, en tanto que don Modesto decia en voz baja á Berthelin:

—Yo solo quiero á la chica, déjeme vd. llevármela y haga vd. lo que mejor le parezca con el prisionero.

Por mas bandolero que fuera Berthelin, no pudo menos que sentir que la sangre se le subia á las orejas.

—Lo que es esta chica, la guardo para mí, le dijo, vd. lárguese.

—¡Ah! pero es que no me he ocupado de otra cosa mas que de perseguirla hace seis meses, y que una vez encontrándola, no la soltaré, para eso traigo órdenes.

No sabia con quien tenia que habérselas don Modesto: mientras se buscaba los papeles en el bolsillo sintió un fuerte bofeton en la cara que fué repetido hasta tres veces, y sin darle tiempo ni para hablar, ni para defenderse, Berthelin le echó fuera de la pieza á empellones y á puntapiés.

Las palabras que dijo, una vez en el patio á los oficiales, fueron terminantes:

—Que salga ese hombre fuera de la poblacion y si vuelve á presentarse se le fusila.

Cuando volvió á la habitacion del enfermo se encontró en medio de ella á la jóven Aurora arrodillada, suplicante, llorosa, con las manos enclavijadas,

LEYENDAS HISTÓRICAS.

165

quien apenas pudo decir con frases entrecortadas:

—Gracias por haberme librado de ese monstruo...
Ahora, señor, haga usted su voluntad con nosotros.

—Vaya usted á tomar descanso, señora, despues veremos.

Hizo que la acompañaran dos oficiales sosteniéndola, porque apenas podía andar, y él se quedó con el herido. Se acercó al lecho donde se encontraba, lo estuvo examinando unos momentos y le dijo:

—Es usted un valiente, todos ustedes son muy valientes, ¡lástima que no tengan disciplina y defiendan una mala causa!

Daniel solo le clavó una mirada dulce sin poder pronunciar palabra. Lo devoraba la fiebre.

Berthelin se salió luego murmurando:

—Es un jóven simpático: es deplorable que tenga que morir dejando una viuda tan hermosa.

En seguida dictó sus disposiciones y se acostó á dormir toda la tarde para reponerse de sus fatigas anteriores.

Hacia poco que se habia levantado al comenzar la noche y estaba solo en el despacho leyendo su correspondencia á la luz de una bujía, cuando le anunciaron que Aurora queria hablarle. Su primer movimiento fué rehusarse, pero le asaltaron deseos de volver á verla y dijo que podia entrar.

La jóven estaba deslumbrante. Saludó y tomó asiento á una insinuacion de Berthelin. Despues de recogerse un momento dijo llena de timidez:

—Señor, perdóneme usted si lo importuno; pero

¿qué no estará dispuesta á hacer una mujer recién casada por su jóven esposo condenado á muerte? El es bueno, es honrado, estaba siempre arrepentido de andar con esas gentes y solo esperaba un momento favorable para separarse..... nunca ha cometido ninguna acción indigna..... así como es muy valiente, es también muy honrado y muy generoso.

—Yo no puedo hacer nada en su favor, señora, contestó Berthelin secamente.

Entonces ella, armándose de resolución, se acercó á la mesa y vació sobre ella una talega de onzas de oro, toda la dote que le había regalado Rojas, agregando con sencillez:

—Es el rescate de mi esposo.

Berthelin quedó deslumbrado: nunca había visto tanto oro reunido ni menos que pudiera pertenecerle, y contestó luego:

—Podía quedarme con ese oro y siempre fusilar á su marido, pero no soy infame. Llévase usted su dinero.

Ella se arrodilló y le bañó las manos de besos y de lágrimas. Un tigre se hubiera enternecido y el tigre se enterneció.

—Mañana salgo de aquí, le dijo, y usted puede quedarse con su marido.

—¿Vivo?

—¡Como está!

Indescriptibles fueron los trasportes de júbilo á que se entregó Aurora y mas indescriptibles cuando al día siguiente vió que Berthelin le cumplió su palabra.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

167

Perdian todo aquel dinero, pero ¿qué importaba todo el oro del mundo ante la vida de Daniel?

A fines del año siguiente de 1866, el teniente coronel Daniel Ruiz que había ido á hacer la campaña de Sinaloa al lado del general Corona, entraba triunfante en Guadalajara despues de la accion de la Coronilla en donde se distinguió y recibió ademas una herida ligera en el brazo izquierdo. A quien primero vió cerca de la iglesia de Mexicalcingo fué al barbero de la calle de la Merced que estaba echando cohetes y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la República!

—¿Y Aurora? le preguntó Daniel.

—Allí está en aquel coche con su criatura.

En efecto, Aurora tenia en los brazos al angelito que había dado á luz en Noviembre de 1865, al cual cubrió de besos Daniel despues de haber abrazado á su querida esposa que estaba hecha un mar de lágrimas, solo que en esta vez sus lágrimas eran de felicidad.

FIN.